

# «JESÚS NAZARENO»

El Evangelio según Juan

(Juan 20.19—21.25)

UNA EXPLICACIÓN Y APLICACIÓN DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS

**LA VERDAD  
PARA HOY  
UNA ESCUELA DE  
PREDICACIÓN IMPRESA**

*Tomo 24, N.º 12*

**JUAN 20.19—21.25**

**Autor:  
David Lipe**

Apariciones posteriores  
de Jesús  
(20.19–29) 3

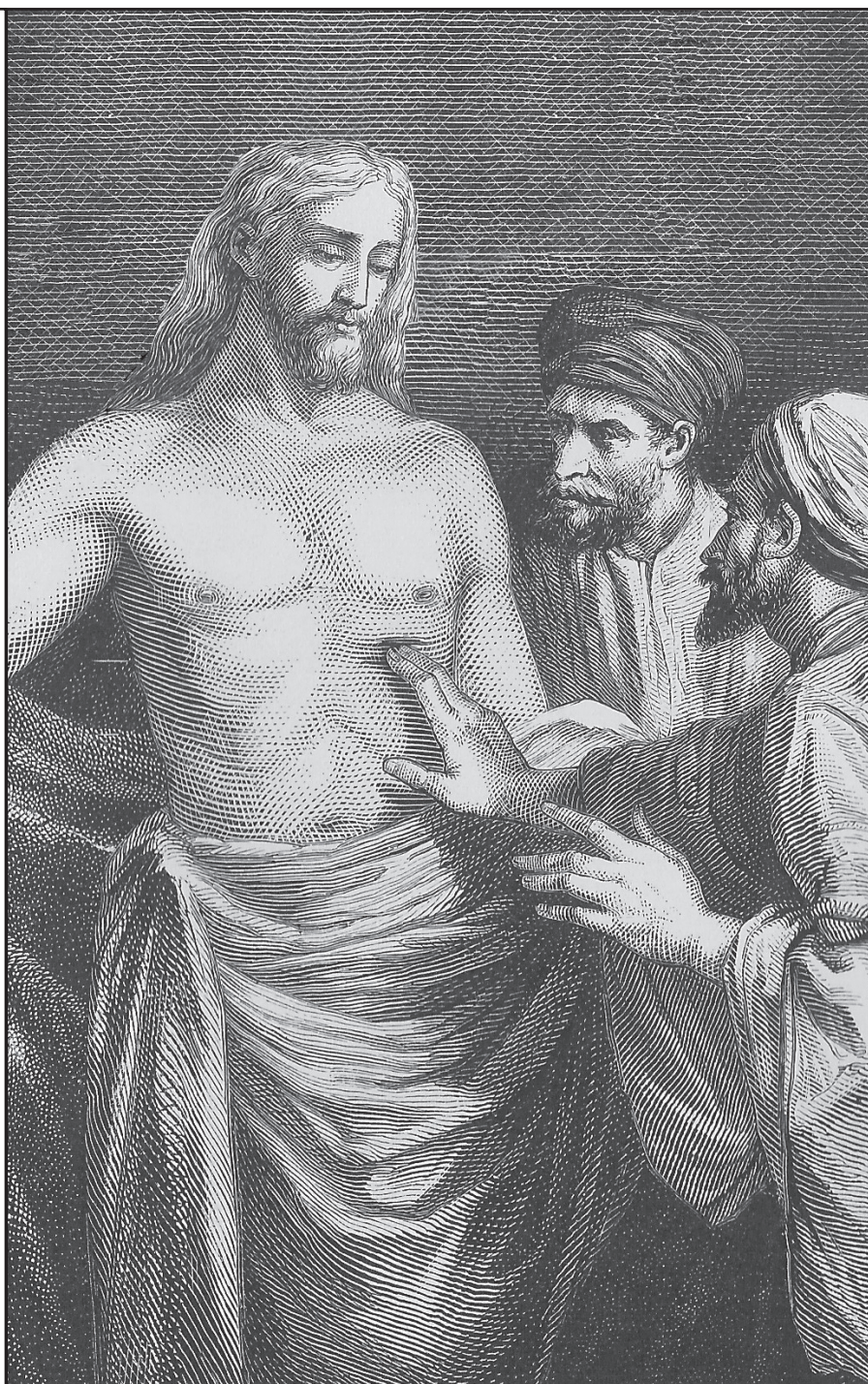
El propósito de Juan  
en escribir su relato  
del Evangelio  
(20.30, 31) 13

El encuentro de Jesús  
con Sus discípulos  
(21.1–14) 14

La conversación de Jesús  
con Pedro  
(21.15–23) 20

La confirmación  
que hace Juan  
de su relato del Evangelio  
(21.24, 25) 29

**EDDIE CLOER, editor**  
2209 Benton Street  
Searcy, AR 72143 - EE.UU.



# Declaraciones para poner en práctica<sup>1</sup>

## Cuando nos ceñimos la toalla (Cap. 13)

- A. Servir no es vergonzoso (13.3–17).
- B. Siempre es de noche cuando uno deja a Jesús (13.30).
- C. Ame siempre como Cristo amó (13.34).
- D. Busque el potencial en otras personas (13.36).
- E. El celo no debe separarse del conocimiento (13.37, 38).

## Nuestro hogar celestial (Cap. 14)

- A. Jesús vendrá de nuevo y nos llevará a estar con Él para siempre (14.3).
- B. Jesús es el Camino (14.6).
- C. Ver a Jesús es ver al Padre (14.9).
- D. Hay poder en la oración (14.13, 14).
- E. Ame y obedezca (14.15, 21, 23).
- F. No hemos sido dejados huérfanos (14.18–24).
- G. Vivimos en el mejor de los tiempos (14.26; vea 1<sup>a</sup> P 1.10–12).
- H. La muerte de Jesús no fue una derrota, sino un triunfo (14.30, 31).

## Cuando permanecemos en la Vid (Cap. 15)

- A. Dar fruto, más fruto y mucho fruto (15.2, 5, 8, 16).
- B. Manténgase conectado a Jesús (15.4–7).
- C. Ame y obedezca (15.10).
- D. Ámense los unos a los otros (15.12, 13, 17).
- E. Jesús es un amigo (15.15).
- F. No se sorprenda si el mundo le aborrece (15.18–25).

## La venida del Consolador (Cap. 16)

- A. Nuestra conciencia no siempre es una guía segura (16.2).
- B. Se puede ser sincero y aún así estar equivocado (16.2).

- C. Las supuestas revelaciones modernas son falsificaciones (16.13).
- D. Las letras negras son tan importantes como las letras rojas de nuestras Biblias (16.13, 15).
- E. Todo lo que nos distrae de Jesucristo es cuestionable (16.14).
- F. Un día nuestro dolor se convertirá en gozo (16.20–22).
- G. El Padre, no sólo el Hijo, nos ama (16.27).
- H. Aunque vendrán problemas en esta vida (el mundo no es el huerto del Edén, ni el cielo), hay disponible una paz que supera el entendimiento para todos los que están en Cristo (16.33).

## La oración del Señor (Cap. 17)

- A. Consuélese en el hecho de que Jesús oró por usted en la víspera de Su muerte.
- B. La grandeza de una oración no la determinan la postura, cuán extensa es, su gramática o la repetición.
- C. La grandeza de una oración la determinan la sinceridad, la autenticidad y la sumisión a la voluntad de Dios.
- D. La vida eterna consiste principalmente en una relación perdurable con el Padre y el Hijo (17.3).
- E. Guarde la Palabra (17.6, 8, 14, 17) y comparta la Palabra (17.20).
- F. Esté en el mundo, pero no sea del mundo (17.11, 14–16).
- G. Aquel que fue enviado por el Padre al mundo también nos ha enviado al mundo (17.18).
- H. La oración de Jesús contiene una serie de temas importantes: glorificación (17.1–5, 24); protección/preservación (17.11–15); santificación/consagración (17.17–19); unificación (17.11, 20–23).

## Auto sacrificio (Cap. 18)

- A. El arresto nos dice mucho acerca de Jesús (18.1–11).
  - 1. El coraje de Jesús

(Continúa en la página 52)

---

Traducido del inglés por Rodrigo Ulate González

Escuela Mundial de Misiones La Verdad para Hoy, es una obra no lucrativa sostenida por las iglesias de Cristo. Enviamos literatura cristiana a 150 naciones del mundo; lamentablemente, la enorme carga financiera de este esfuerzo nos imposibilita conceder peticiones de ayuda económica.

LA VERDAD PARA HOY es una publicación diseñada para alentar a predicadores, maestros y cristianos fieles a la gran tarea de estudiar y enseñar el evangelio. A menos que se indique una versión diferente, todas las citas bíblicas fueron tomadas de la traducción de Reina-Valera, revisión de 1960, © 1960 Sociedades Bíblicas Unidas. Se usan con permiso de la American Bible Society, New York, NY, [www.americanbible.org](http://www.americanbible.org). LA VERDAD PARA HOY © 2021 por TRUTH FOR TODAY, 2209 Benton Street, Searcy, AR 72143 EE.UU. [www.biblecourses.com](http://www.biblecourses.com)

# Apariciones posteriores de Jesús

## (20.19–29)

### LA APARICIÓN DE JESÚS A LOS DISCÍPULOS (20.19–23)

**<sup>19</sup>Cuando llegó la noche de aquel mismo día, el primero de la semana, estando las puertas cerradas en el lugar donde los discípulos estaban reunidos por miedo de los judíos, vino Jesús, y puesto en medio, les dijo: Paz a vosotros. <sup>20</sup>Y cuando les hubo dicho esto, les mostró las manos y el costado. Y los discípulos se regocijaron viendo al Señor. <sup>21</sup>Entonces Jesús les dijo otra vez: Paz a vosotros. Como me envió el Padre, así también yo os envío. <sup>22</sup>Y habiendo dicho esto, sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo. <sup>23</sup>A quienes remitiereis los pecados, les son remitidos; y a quienes se los retuviereis, les son retenidos.**

El presente texto se refiere a la primera de las tres apariciones de Jesús a Sus discípulos después de resucitado (20.19–23). La segunda aparición ocurrió una semana más tarde (20.24–29), seguida de una tercera aparición en el mar de Galilea (21.1–23). Independientemente de algunas diferencias en los detalles, el episodio descrito en 20.19–23 es el mismo que se registra en Lucas 24.36–43. El relato de Juan es similar a Lucas en el sentido de que ambos incluyen el saludo de paz de Jesús (20.19; Lc 24.36) y la muestra a los discípulos de Sus heridas (20.20; Lc 24.39). Sin embargo, Juan no indica que los discípulos «espantados y atemorizados, pensaban que veían un espíritu» (Lc 24.37) o que «le dieron parte de un pez asado, y un panal de miel. Y él lo tomó, y comió delante de ellos» (Lc 24.42, 43). Por otro lado, Lucas no dice nada acerca del soplo de Jesús y de decirles a los discípulos «Recibid el Espíritu Santo» (20.22) o sobre Sus instrucciones para que los discípulos remitieran o retuvieran los pecados (20.23). Los relatos son complementarios,

sin embargo, la narrativa de Juan es obviamente independiente de la de Lucas.

**Versículos 19, 20.** La aparición de Jesús a Sus discípulos fue en **la noche de aquel mismo día, el primero de la semana**. Según Lucas, tuvo lugar después del regreso de los discípulos que habían viajado a Emaús (Lc 24.13–35). Porque Jesús resucitó en «el primer día de la semana» (20.1; vea Mt 28.1; Mr 16.2; Lc 24.1), este día sería especialmente importante en el Nuevo Testamento. No sólo fue la primera aparición de Jesús a los discípulos en este día, sino que Su segunda aparición (20.24–29) también fue en este día (una semana después). Pentecostés, que tuvo lugar cincuenta días después de la pascua y diez días después de la ascensión de Jesús, fue también un domingo.<sup>1</sup> En este mismo día de la semana, los cristianos se reunieron para comer la Cena del Señor (Hch 20.7) y para dar de sus medios (1<sup>a</sup> Co 16.1, 2). Juan lo llamó «el día del Señor» (Ap 1.10).<sup>2</sup>

¿Quiénes estaban incluidos entre **los discípulos** cuando Jesús se les apareció en esta ocasión? Tomás, aunque «uno de los doce», no estaba presente cuando Jesús se apareció a los discípulos esta primera vez (20.24). ¿Se limitaba el grupo a los diez apóstoles (Judas había muerto y Tomás estaba ausente), o era un grupo más grande de discípulos? Aunque otros estuvieran presentes (vea Lc 24.33), la primera aparición de Jesús tuvo un significado especial para los apóstoles. En la

<sup>1</sup> En vista de que Pentecostés (la fiesta de las semanas) había de observarse «el día siguiente del séptimo día de reposo» (Lv 23.16), siempre tenía lugar el domingo (el primer día de la semana). En este día, se estableció la iglesia del Señor (Hch 2).

<sup>2</sup> Para más información, vea Everett Ferguson, *Early Christians Speak: Faith and Life in the First Three Centuries (Hablan los primeros cristianos: Fe y vida en los primeros tres siglos)*, 3<sup>a</sup> ed. (Abilene, Tex.: ACU Press, 1999), 65–78.

última cena, Jesús había estado con los Doce, así que ahora Su comisión se limitaba naturalmente a ellos (20.21).

Los discípulos se reunieron **estando las puertas cerradas [...] por miedo de los judíos**. La palabra «cerradas» traduce κεκλεισμένων (*kekleistēmenōn*), una forma de participio perfecta de κλείω (*kleiō*), que quiere decir «cerrada, con llave, bloqueada».<sup>3</sup> Puesto que Jesús, el líder de los discípulos, había sido muerto, naturalmente tenían miedo. Las autoridades religiosas, sin duda, extenderían su ira a ellos y sospecharían de cualquier actividad continua de parte de ellos. El énfasis de Juan en el hecho de que las puertas estaban «cerradas» («con llave»; NIV; NRSV), tanto aquí como en 20.26, subraya la naturaleza milagrosa de la aparición de Jesús entre los discípulos. Si bien las puertas estaban cerradas, **vino Jesús, y [se puso] en medio** de ellos. Ni aquí ni en ningún otro lugar de las Escrituras se dice nada de qué manera Jesús haya entrado en la habitación. Probablemente se debe asumir que no era necesario que Él abriera las puertas; simplemente se apareció de repente y se puso entre ellos. Aparentemente, de la misma manera que Su cuerpo resucitado había pasado a través de los vestidos sepulcrales, pudo atravesar las puertas cerradas. Su cuerpo ya no estaba sujeto a las limitaciones terrenales de un cuerpo físico. Según Lucas 24.37, la repentina aparición de Jesús asustó a los discípulos. Sin duda, habían escuchado informes de las apariciones de Jesús a María Magdalena (20.11–18), a las otras mujeres (Mt 28.9, 10), a los dos discípulos en el camino de Emaús (Lc 24.13–35), y a Pedro en alguna ocasión anterior (Lc 24.34). Aun así, Su aspecto bastante abrupto fue inquietante para los discípulos.

Jesús les habló a los discípulos con el saludo judío **Paz a vosotros** (vea Lc 24.36), que todavía se utiliza hoy en día. La frase se representa en hebreo como שלום (*shalom*; vea 1º S 25.6). Si bien es un saludo común, tuvo que haber tenido un significado especial en esta ocasión. Los discípulos tuvieron que haber recordado que Jesús les había dicho: «La paz os dejo; mi paz os doy...» (14.27). Ver a Jesús resucitado y escuchar este saludo de parte de Él tuvo que haber disipado cualquier temor que hubieran estado albergando. En lugar de

<sup>3</sup> Walter Bauer, *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature (Léxico griego-inglés del Nuevo Testamento y demás literatura cristiana primitiva)*, 3ª ed., rev. y ed. Frederick William Danker (Chicago: University of Chicago Press, 2000), 546.

reprenderlos por abandonarle en Su arresto, juicio y crucifixión, Jesús les dio palabras de aliento.

Después de que Jesús saludó a los discípulos, **les mostró las manos y el costado** (vea Lc 24.39; «Mirad mis manos y mis pies»). Contrariamente a la enseñanza docética posterior, Jesús les demostró a los discípulos que realmente era humano. Era su Maestro, el que había sido crucificado y había resucitado del sepulcro. Con mostrarles Sus heridas a los discípulos, Jesús los convenció de que no era un espíritu ni alguna aparición. Por mucho que se transformara, era el mismo que había estado asociándose con ellos durante unos tres años. La prueba de Su realidad constituía al mismo tiempo prueba de Su resurrección. Al ver y reconocer a Jesús, **los discípulos** ya no estaban llenos de miedo y duda, sino que ahora **se regocijaron**. Él les había prometido: «... os volveré a ver, y se gozará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestro gozo» (16.22). Esa promesa se estaba cumpliendo.

**Versículo 21.** Al igual que los Evangelios Sinópticos, Juan contiene la comisión que **Jesús** dio a Sus discípulos (vea Mt 28.18–20; 16.15, 16; Lc 24.46–49). En el prefacio de la presente comisión, Jesús repitió el saludo **Paz a vosotros**. Tal vez fue para dar énfasis. Estaba tranquilizando a Sus discípulos. Entonces dijo: **Como me envió el Padre, así también yo os envío**. La Gran Comisión, tal como se da en Juan, refleja la oración de Jesús por Sus discípulos en el aposento alto: «Como tú me enviasteis al mundo, así yo los he enviado al mundo» (17.18). La verdad de que Jesús fue enviado al mundo por el Padre con el propósito de salvar al mundo se ha enfatizado a lo largo de este relato del Evangelio (vea 1.29; 3.17). Había llegado el momento de que los discípulos, que no eran del mundo (15.19), fueran enviados al mundo como representantes de Jesús, para continuar la obra para la que había sido enviado. B. F. Westcott escribió: «La forma del cumplimiento de la misión de Cristo había de ser ahora cambiada, sin embargo, la misión en sí todavía continuaba y seguía siendo eficaz. Los apóstoles fueron comisionados para llevar a cabo la obra de Cristo, y no comenzar una nueva».<sup>4</sup> El encargo de Jesús a los apóstoles fue solemne, porque estaba relacionado con la obra de Jesús mismo. Su misión era la misión de Jesús:

<sup>4</sup> B. F. Westcott, *The Gospel According to St. John (El Evangelio según San Juan)* (Cambridge: University Press, 1881; reimp., Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1950), 294.

Jesús estaba regresando al Padre y confiándoles Su obra a ellos. Si bien los apóstoles —y sólo los apóstoles— fueron eventualmente facultados para llevar a cabo ciertas tareas en su ministerio, la instrucción general dada a los apóstoles para salir predicando al mundo no se limitó a ellos. Hechos 8.4 dice que «los que fueron esparcidos iban por todas partes anunciando el evangelio». Se podrían dar varios ejemplos para mostrar cómo varios discípulos llevaron a cabo la comisión de Jesús. Por ejemplo, Felipe predicó a Cristo al etíope (Hch 8.26–40). Mateo 28.20 dice que los apóstoles habían de enseñarles a otros «que guarden todas las cosas que os he mandado». Así como los apóstoles fueron comisionados para ir al mundo y proclamar las buenas nuevas de la gracia salvadora de Dios, todos los discípulos de Jesús han de hacer lo mismo hoy.

**Versículos 22, 23.** Las palabras **Y habiendo dicho esto** conectan 20.22 con el versículo anterior. Jesús les había encargado a Sus discípulos que fueran al mundo y proclamaran las buenas nuevas, sin embargo, no podían hacerlo por su cuenta. Necesitaban ayuda, y esta ayuda provendría del Espíritu Santo. Por lo tanto, Jesús **sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo.** Tanto eruditos como estudiantes han tenido dificultades para entender la conexión entre este versículo y la experiencia de los apóstoles en Hechos 2. Ha surgido mucho debate porque el relato de Juan parece mostrar a los discípulos recibiendo el Espíritu Santo *antes* de la ascensión de Jesús, mientras que el relato de Hechos 2 dice que los discípulos recibieron el Espíritu Santo *después* de la ascensión. Se han dado varias interpretaciones como soluciones propuestas al problema.

1. Algunos comentaristas han sugerido, sobre la base de la ausencia del artículo definido antes de «Espíritu Santo», que «no es el Espíritu Santo personal quien está a la vista, sino el aliento impersonal de Dios, emblemático del poder o del don espiritual».<sup>5</sup> La presencia o ausencia del artículo no es un criterio suficiente para determinar si la referencia es al Espíritu Santo como Persona o a algún don espiritual. Cuando Jesús habló del Espíritu en 7.39, usó el artículo en la primera ocurrencia, pero no en la última parte del versículo;

---

<sup>5</sup> D. A. Carson, *The Gospel According to John (El Evangelio según Juan)*, The Pillar New Testament Commentary (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1991), 649-50.

no obstante, se estaba refiriendo al Espíritu Santo en ambos casos.

2. Otros han sostenido que lo que Jesús hizo en el relato de Juan fue sólo una concesión parcial del Espíritu Santo, mientras que en Hechos 2 Jesús dio el Espíritu de manera completa. John Calvin sugirió que «el Espíritu fue dado a los apóstoles [en esta ocasión] de manera que sólo fueron rociados con Su gracia y no saturados con pleno poder».<sup>6</sup> Westcott sostuvo que «el poder de la nueva vida» fue dado a los discípulos en Juan, mientras que «todo el poder» para su ministerio fue dado en Hechos 2.<sup>7</sup>

La opinión de que se trataba de una entrega parcial del Espíritu ignora el hecho de que la promesa del Espíritu por parte de Jesús, tal como se hace en el Evangelio de Juan, dependía de la glorificación de Jesús, lo que incluía Su ascensión a la diestra del Padre (16.7). Sea lo que fuera que Jesús hizo aquí involucrando a los apóstoles y al Espíritu no podía querer decir que el Espíritu fue dado en ese momento, al menos que el intérprete concluya que Jesús ascendió dos veces, lo cual no es consecuente con las Escrituras.

3. George R. Beasley-Murray y otros han sostenido que la narrativa de Juan era teológica y no cronológica, y que este versículo sirve como la versión de Juan de lo que sucedió el día de Pentecostés.<sup>8</sup> La idea es que, así como el derramamiento del Espíritu está vinculado con la exaltación de Jesús en Hechos 2.32, 33, la visión teológica de Juan vincula el descenso del Espíritu Santo con la glorificación de Jesús, incluyendo Su muerte y ascensión al Padre (vea 7.39; 16.7). Beasley-Murray dijo que la decisión de Juan de colocar el incidente aquí se basó en el hecho de que «escribió un solo volumen, no dos, como Lucas».<sup>9</sup>

Identificar el relato de Juan con el de Hechos 2 parece ignorar nuevamente que el Espíritu no podía ser dado hasta que Jesús fuera glorificado, lo que quería decir que Él primero tenía que regresar al Padre. Es probable que el Espíritu no fuera dado a los discípulos en ese momento, ya

---

<sup>6</sup> John Calvin, *The Gospel according to St John 11—21 and The First Epistle of John (El Evangelio según San Juan 11—21 y La Primera Epístola de Juan)*, trad. T. H. L. Parker, ed. David W. Torrance y Thomas F. Torrance, Calvin's Commentaries (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1959), 205.

<sup>7</sup> Westcott, 295.

<sup>8</sup> George R. Beasley-Murray, *John (Juan)*, Word Biblical Commentary, vol. 36 (Waco, Tex.: Word Books, 1987), 382.

<sup>9</sup> *Ibíd.*

que no se produjeron cambios significativos en comportamiento en sus vidas. Después de esto, los discípulos todavía estaban reuniéndose a puerta cerrada (20.26), presumiblemente todavía «por miedo de los judíos» (20.19). Pedro decidió ir a pescar, y otros seis discípulos decidieron ir con él (21.2, 3). El Libro de Hechos nos dice que el descenso del Espíritu Santo fue seguido inmediatamente por una predicación eficaz (Hch 2.14–41; 3.12–26), manifestaciones milagrosas (Hch 3.1–10), posturas valientes (Hch 4.19, 20, 31; 5.29) y sufrimientos gozosos (Hch 5.41). Jesús vinculó al Espíritu con el perdón y la retención de los pecados (20.23), apuntando a la predicación de los apóstoles del mensaje de «arrepentimiento y el perdón de pecados» (Lc 24.47). Sin embargo, Jesús les instruyó que se quedaran en Jerusalén y esperaran el cumplimiento de la promesa del Padre, a saber, el bautismo del Espíritu Santo, antes de que comenzaran a proclamar el mensaje (Lc 24.49; Hch 1.4, 5).

4. La acción de Jesús de soplar seguida de Sus palabras «Recibid el Espíritu Santo» debe entenderse como símbolo de la promesa de la venida del Espíritu. Este acontecimiento había sido profetizado por Joel y fue concedido a los apóstoles en Pentecostés (Hch 2.14–33; vea Joel 2.28–32). Esta interpretación fue defendida por Teodoro de Mopsuestia, sin embargo, condenada en el Segundo Concilio de Constantinopla (el quinto concilio ecuménico) en el año 553 d.C.<sup>10</sup> Aunque su punto de vista ha sido rechazado por muchos y llamado «simplemente un subterfugio»,<sup>11</sup> parece ser la explicación más razonable para armonizar el relato de Juan con Hechos 2.

La palabra «sopló» traduce el verbo aoristo ἐνεφύσησεν (*enephusēsen*). La forma léxica es ἐμφυσάω (*emphusaō*); esta palabra ocurre sólo aquí en todo el Nuevo Testamento. El tiempo aoristo complementa el participio aoristo εἰπόν (*eipōn*, literalmente, «habiendo dicho») que le precedió. Una traducción más precisa de la primera parte del versículo sería «Y después de decir esto, sopló y les dijo...». El verbo es absoluto y no tiene un objeto.<sup>12</sup> Por lo tanto, el texto griego no dice que Jesús «sopló sobre ellos», sino simplemente que

«sopló». D. A. Carson aclaró este difícil versículo diciendo: «Lo que no puede debatirse [...] es que el verbo *emphusaō* en sí, cuando no está gravado por alguna expresión auxiliar que especifique la persona o cosa sobre la cual o en quien se hace el soplo, simplemente quiere decir “soplar”».<sup>13</sup> La misma palabra se utiliza en la LXX en Génesis 2.7, en referencia a Dios soplando el aliento de vida en el hombre (vea Ez 37.9). Puesto que la palabra literalmente quiere decir «respirar», puede referirse a nada más que la inhalación y exhalación de la respiración; sin embargo, seguramente la acción de Jesús en esta ocasión significó más que esto. ¿Qué podría querer decir? Simbólicamente, así como a Adán le fue dada la vida mediante el aliento de Dios, así en esta ocasión en la que comisionó a los discípulos, la acción de Jesús de soplar ejemplificaba una nueva vida espiritual en previsión del derramamiento del Espíritu después de la glorificación de Jesús (vea 7.39).

Jesús amonestó a los discípulos a «[recibir] el Espíritu Santo». El imperativo «recibid» (λάβετε, *labete*) indica una acción por parte de aquellos a quienes se ofrece algo. El sustantivo acusativo πνεῦμα (*pneuma*) debe traducirse como «Espíritu», especialmente con el adjetivo «Santo» (ἅγιον, *hagion*) estando presente. Sin embargo, el juego de palabras sobre el doble significado de *pneuma*—que puede traducirse como «espíritu» o «viento», dependiendo del contexto, no debe perderse. El mismo juego de palabras es evidente en Juan 3.3–8. Cuando llegó el momento de que el Espíritu fuera derramado, los apóstoles tenían que estar preparados en disposición para aceptar la promesa del Padre. Por lo tanto, el acto de soplar de Jesús y Su mandato «Recibid el Espíritu Santo» se entienden mejor como simbólicos, algo que sigue mirando al futuro, cuando los apóstoles recibirían el derramamiento del Espíritu en Pentecostés.

Jesús había dado a los discípulos la *tarea* de ir al mundo y continuar Su obra de salvación (20.21). Había dado una promesa simbólica de que el Espíritu había de ser conferido más adelante, proveyéndoles a los discípulos el *recurso* necesario para ayudarles en la tarea de predicar el Evangelio. A continuación, les dio *autoridad* para declararles a algunas personas que sus pecados **les [serían] remitidos**, pero a otras que sus pecados **les [serían] retenidos**. Esta autoridad ha sido objeto de controversia, y algunos sostienen que fue confiada

<sup>10</sup> Frederick G. McLeod, *Theodore of Mopsuestia (Teodoro de Mopsuestia)*, 2ª ed., The Early Church Fathers, ed. Carol Harrison (New York: Routledge, 2009), 174.

<sup>11</sup> Edwyn Clement Hoskyns, *The Fourth Gospel (El cuarto evangelio)*, 2ª ed. (London: Faber and Faber, 1947), 547.

<sup>12</sup> Bauer, 326.

<sup>13</sup> Carson, 652.

exclusivamente a los apóstoles.

En relación con Mateo 16.18, 19 y 18.18, se ha entendido que Juan 20.23 «sitúa ese poder supremamente en el papado y en segundo lugar en los obispos como sucesores de los apóstoles».<sup>14</sup> La idea es falsa, porque sólo Dios puede verdaderamente perdonar o retener pecados (vea Mr 2.10). La responsabilidad de decir que los pecados son remitidos o retenidos no fue sólo para los apóstoles, sino para todos los que eventualmente predicarían el Evangelio (2ª Ti 2.2). La intención de Jesús nunca fue que Sus palabras se entendieran como una concesión de poder para remitir o retener pecados en las manos de un grupo especializado de hombres, como un clero. Esta clara interpretación del pasaje se basa en los tiempos usados en las frases, «les son remitidos» y «les son retenidos», los cuales suponen actividad divina. La remisión de pecados y la retención de pecados es *el resultado de la predicación del evangelio*. El evangelio es poder de Dios para salvación (Ro 1.16); cuando se predica, las personas pueden responder a él sea aceptando el mensaje (y teniendo sus pecados remitidos) o rechazando el mensaje (y reteniendo sus pecados). La respuesta del individuo determina si sus pecados son perdonados o retenidos. Los proclamadores del evangelio tienen la responsabilidad de declarar con precisión las condiciones del perdón y de exhortar a su audiencia a aceptar las buenas nuevas.

### JESÚS SE APARECE A TOMÁS (20.24–29)

<sup>24</sup>Pero Tomás, uno de los doce, llamado Dídimo, no estaba con ellos cuando Jesús vino.

<sup>25</sup>Le dijeron, pues, los otros discípulos: **Al Señor hemos visto. El les dijo: Si no viere en sus manos la señal de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré.**

<sup>26</sup>Ocho días después, estaban otra vez sus discípulos dentro, y con ellos Tomás. Llegó Jesús, estando las puertas cerradas, y se puso en medio y les dijo: **Paz a vosotros.** <sup>27</sup>Luego dijo a Tomás: **Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.** <sup>28</sup>Entonces Tomás respondió y le dijo: **¡Señor mío, y Dios mío!** <sup>29</sup>Jesús le dijo: **Porque me has visto, Tomás, créiste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron.**

<sup>14</sup> Frank Pack, *The Gospel According to John, Part II (El Evangelio según Juan, 2ª parte)*, The Living Word Commentary (Austin, Tex.: Sweet Publishing Co., 1977), 156.

**Versículos 24, 25.** La segunda aparición de Jesús a los discípulos fue principalmente en beneficio de **Tomás**, quien, aunque era **uno de los doce**, había estado ausente cuando Jesús se apareció a los apóstoles el día de Su resurrección (20.19–23). Juan dio aquí, como en 11.16 y 21.2, los nombres arameos y griegos de este discípulo (ambos quieren decir «gemelo»). Aunque a Tomás, o **Dídimo**, se le menciona por nombre en los Evangelios Sinópticos, sólo Juan da una idea de su carácter. Se le describe como un discípulo leal, pero pesimista, de Jesús (11.16). Era un poco lento en entender, aunque estaba listo para admitirlo (14.5). No se revela la razón por la que Tomás no estuvo presente con los discípulos en la reunión el día de la resurrección; dado su pesimismo, su ausencia podría haber sido por desesperación. Tal vez era el tipo de persona que prefiere lidiar con el dolor solo en lugar de estar en compañía de los demás. Sin embargo, tal vez de manera providencial, estuvo con los discípulos en el próximo encuentro que tuvieron con Jesús.

**Le dijeron** (ἔλεγον [*elegon*] quiere decir literalmente «seguir diciendo»), **pues, los otros discípulos** a Tomás: **Al Señor hemos visto.** Tomás es un ejemplo de aquellos que no creerán sobre la base del testimonio de los demás. A pesar de lo que dijo su condiscípulo, se mantuvo escéptico. Para estar convencido de que Jesús había surgido del sepulcro, estaría satisfecho tanto con la vista como por el tacto. Sus requisitos para creer estaban más allá de toda razón; aparentemente, reflejan la actitud que Jesús condenó en 4.48. Sin embargo, Tomás dijo que *absoluta y positivamente no creería* a menos que tuviera pruebas empíricas. Para énfasis se utiliza el doble negativo οὐ μὴ (*ou mē*). Tenía que [ver] por sí mismo **la señal de los clavos** en las **manos** de Jesús. Además, tenía que [meter] [su] **dedo en el lugar de los clavos** y [meter] [su] **mano en [el] costado** de Jesús. Tal incredulidad ha contribuido a que este discípulo se le conozca como «Tomás el incrédulo». Para ser justos con él, no era más incrédulo que los demás discípulos. Si hubiera estado con ellos para la primera aparición de Jesús, habría creído, como quedó evidente por su confesión una semana después (20.28).

**Versículos 26–28. Ocho días después** —es decir, al siguiente domingo, calculando el tiempo de manera inclusiva (contando el primero y el último día del período)— **Jesús** se apareció a **sus discípulos** (20.26) como lo había hecho antes. Ninguna evidencia sugiere que Jesús había aparecido desde el domingo anterior. Se levantó del sepulcro

el domingo, apareció por primera vez durante una reunión de los discípulos ese domingo (20.19–23), y apareció por segunda vez en una reunión similar de los discípulos el domingo siguiente (20.24–29). Este precedente para las reuniones regulares de los primeros cristianos el domingo los llevó a reivindicar este día como «el día del Señor» (Ap 1.10), el día para celebrar la resurrección de Jesús (vea comentarios sobre 20.19, 20). En este día, los discípulos, todavía en Jerusalén, se reunirían una vez más a **puertas** cerradas, presumiblemente «por miedo de los judíos» (20.19). Esta vez **Tomás** estaba **con ellos**. Al igual que con Su primera aparición a los discípulos reunidos, Jesús se apareció de repente en medio de ellos y los saludó (vea comentarios sobre 20.19, 20).

Después de decir: **Paz a vosotros**, Jesús desafió a **Tomás** con prácticamente las mismas palabras que había utilizado él para expresar su duda (20.25). Jesús dijo: **Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado** (20.27). Estaba poniendo en práctica las mismas pruebas que Tomás había aseverado que serían necesarias para él creer que Jesús se había levantado del sepulcro. La invitación de Jesús demostraba Su conocimiento sobrenatural, mostrando que sabía lo que Tomás estaba pensando y las palabras que había dicho a los demás (vea 2.25). Jesús concluyó Su desafío a **Tomás** diciendo: **... y no seas incrédulo, sino creyente** (μη γίνου ἄπιστος ἀλλὰ πιστός, *mē ginou apistos alla pistos*). El imperativo presente con un negativo, *mē ginou*, puede utilizarse para sugerir que algo que ya está ocurriendo debe detenerse (vea comentarios sobre 20.17). Jesús estaba instruyéndole a Tomás cambiar su actitud escéptica a una de creencia. No era un incrédulo, sin embargo, parecía estar dando pasos en dirección a la incredulidad.

Tomás no aceptó el desafío inicial que Jesús le ofreció, en la medida en que pueda determinarse por el texto. Parecía innecesario una vez que había visto y oído a su Señor. Más que probable, nunca extendió el dedo y la mano como se le invitó a hacer, en vista de que Jesús dijo que él creía porque le había *visto* (20.29). Al igual que María Magdalena, que había declarado: «¡Raboni!» con un gozo abrumador (20.16), Tomás exclamó: **¡Señor mío, y Dios mío!** (20.28). Puede que Tomás haya sido más terco que los demás discípulos y más indeciso en cuanto a llegar a tener fe en el Jesús resucitado; sin embargo, él, como ellos, creyó al ver a Jesús. Cuando llegó a la fe, la forma como

la expresó trascendió la de todos los demás. La confesión de Natanael, «Rabí, Tú eres el Hijo de Dios; tú eres el rey de Israel» (1.49), había extraído la alabanza de Jesús al comienzo de Su ministerio público; sin embargo, no expresó la verdad sublime pronunciada por Tomás. Su confesión personal reconocía a Jesús como Dios, corroborando la afirmación de Juan al comienzo de su Evangelio, «el Verbo era Dios» (1.1).

Juan no contiene ningún registro de que ningún otro discípulo reconociera la deidad de Cristo de la manera como lo hizo Tomás. Lejos de ser «*Tomás el incrédulo*», al discípulo se le debería considerar como «*Tomás el creyente*». La forma como había reconocido a Jesús fue personal, no general; dijo: «¡Señor *mío*, y Dios *mío!*» (énfasis añadido).<sup>15</sup> La palabra «Señor», aunque a veces usada como una forma de trato respetuoso, se utilizó aquí en su forma más elevada, reconociendo a Jesús como el Señor (vea comentarios sobre 4.1–3). La frase «Dios mío» no había sido utilizada en referencia a Jesús por ninguna otra persona, por lo que sabemos de la narrativa de Juan. Para Tomás, ver a Jesús vivo nuevamente constituía una prueba de que Jesús no era sólo un hombre; porque los meros humanos no se levantan del sepulcro. Jesús era más —¡Era Dios!

**Versículo 29.** En consonancia con los textos griegos de Westcott-Hort, Nestle y las Sociedades Bíblicas Unidas, la NASB consigna las palabras iniciales de Jesús en este versículo como una pregunta: «Porque me has visto, ¿has creído?» (vea RSV; NRSV; ESV). Al comparar este lenguaje con 1.50 y 16.31, Barnabas Lindars llegó a la conclusión de que la respuesta de Jesús debía entenderse como una pregunta.<sup>16</sup> Sin embargo, el contexto actual difiere de los pasajes a los que llamó la atención. Por lo tanto, la respuesta de Jesús debe traducirse como una afirmación, la forma como la presenta la Reina-Valera, **Porque me has visto, Tomás, creíste** (vea KJV; ASV; NEB). Tomás había llegado a una fe profunda y perdurable, y su confesión de fe muestra que ya no tenía ninguna duda sobre el Jesús resucitado. «En este solemne e impresionante pronunciamiento, Jesús no hace preguntas, sino que declara la verdad».<sup>17</sup> Tomás fue convencido

<sup>15</sup> María se refirió a Jesús como «mi Señor» en 20.13.

<sup>16</sup> Barnabas Lindars, *The Gospel of John (El Evangelio de Juan)*, The New Century Bible Commentary (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1972), 616.

<sup>17</sup> C. K. Barrett, *The Gospel According to St. John (El Evangelio según San Juan)*, 2ª ed. (Philadelphia: Westminster Press, 1978), 573.



por el Jesús resucitado, porque él, al igual que los discípulos y otros, le había visto. Para cuando Juan escribió su Evangelio, Jesús había ascendido hace mucho tiempo al cielo. Después de la ascensión de Jesús, nadie llegaría a la fe viéndole (con la excepción de Saulo de Tarso, que le vio en el camino a Damasco; vea Hch 9; 22; 26). La fe tendría que venir sin vista (2ª Co 5.7; 1ª P 1.8).

Después de hacer Su declaración a Tomás, Jesús pronunció una bienaventuranza: **bienaventurados los que no vieron, y creyeron**. Aunque en los Evangelios Sinópticos se encuentran una serie de bienaventuranzas, Juan contiene sólo dos: aquí y en 13.17. Algunos han interpretado esta bienaventuranza como una reprimenda a Tomás de parte de Jesús; si es así, se le tiene que considerar como una leve reprimenda. Si se afirma que Tomás simplemente creyó sobre la base de lo que había visto, no es menos cierto para todos los demás que se mencionan en Juan. Algunos podrían haber creído una semana antes que lo hiciera Tomás, sin embargo, seguía siendo una creencia sobre la base de lo que habían visto. Se dice del discípulo amado que «vio, y creyó» (20.8), aunque la evidencia que lo llevó a la fe no fue realmente ver a Jesús, sino ver las ropas sepulcrales que quedaron en el sepulcro. Jesús dijo que otros no tendrían el privilegio de Tomás; la fe de ellos no sería por vista.

Después de la ascensión de Jesús, el Espíritu Santo fue derramado sobre los apóstoles. Esos apóstoles pusieron sus manos sobre varias personas, impartiendo dones espirituales; y los apóstoles y profetas eventualmente pusieron por escrito la revelación de Dios. Para futuros creyentes, la fe tendría que ser engendrada por lo que oyeran o leyeran. Para todas las personas hoy, la fe se basa exclusivamente en la Palabra porque todos los apóstoles y aquellos sobre quienes pusieron sus manos han muerto. «Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios» (Ro 10.17). Fue por esta razón que Juan escribió su relato del Evangelio, como dijo en los dos últimos versículos del presente capítulo.

## APLICACIÓN

### «¡Señor mío, y Dios mío!» (20.28)

¿Quién fue Jesucristo? ¿Fue un simple hombre? ¿Fue un gran maestro? ¿Fue un charlatán que engañaba a las masas realizando trucos y haciéndolas pensar que podía hacer milagros? ¿Fue una figura carismática que atrajo a seguidores, enojó

a autoridades y terminó siendo crucificado, con el resultado de que la gente inventó historias sobre Él después de Su muerte, afirmando que había realizado milagros? ¿Fue un profeta o más que un profeta? ¿Fue más que un hombre?

El Evangelio de Juan afirma que Jesús fue más que un hombre, y alcanza su clímax en Juan 20, cuando Sus seguidores se enfrentaron al hecho ineludible de Su muerte. ¿Qué harían ahora, ya que Aquel en el que habían depositado sus esperanzas había desaparecido? El capítulo 20 responde a las preguntas acerca de Jesús con una exclamación. Tomás clamó: «¡Señor mío, y Dios mío!» (20.28). Juan obviamente quería que sus lectores llegaran a esa misma conclusión acerca de quién fue (y es) Jesús.

¿Qué nos hará aceptar el hecho de que Jesús es «Señor [nuestro], y Dios [nuestro]»? Lo mismo que llevó a la conclusión de Tomás, a saber: la resurrección de Jesús, como lo demostró el sepulcro vacío y Sus apariciones después de ser resucitado.

*La gran verdad* (20.1–10). La realidad de que Jesús fue resucitado de entre los muertos se demuestra por el hecho de que Su sepulcro fue hallado vacío. Juan 20.1–10 dice:

El primer día de la semana, María Magdalena fue de mañana, siendo aún oscuro, al sepulcro; y vio quitada la piedra del sepulcro. Entonces corrió, y fue a Simón Pedro y al otro discípulo, aquel al que amaba Jesús, y les dijo: Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde le han puesto. Y salieron Pedro y el otro discípulo, y fueron al sepulcro. Corrían los dos juntos; pero el otro discípulo corrió más aprisa que Pedro, y llegó primero al sepulcro. Y bajándose a mirar, vio los lienzos puestos allí, pero no entró. Luego llegó Simón Pedro tras él, y entró en el sepulcro, y vio los lienzos puestos allí, y el sudario, que había estado sobre la cabeza de Jesús, no puesto con los lienzos, sino enrollado en un lugar aparte. Entonces entró también el otro discípulo, que había venido primero al sepulcro; y vio, y creyó. Porque aún no habían entendido la Escritura, que era necesario que él resucitase de los muertos. Y volvieron los discípulos a los suyos.

María Magdalena, que había estado junto a la cruz de Jesús y había observado cuando Jesús fue sepultado (19.25; Mr 15.47), fue al sepulcro temprano el primer día de la semana y lo encontró vacío. Luego corrió y les dijo a Pedro y a Juan (quien habló de sí mismo como «el otro discípulo») que el cuerpo del Señor había sido trasladado a un lugar desconocido.

Pedro y Juan corrieron a ver por sí mismos lo

que había sucedido. Juan se adelantó a Pedro, así que miró en el sepulcro primero; pero, no entró. Cuando Pedro llegó, entró en el sepulcro vacío. «Vio los lienzos puestos allí, y el sudario, que había estado sobre la cabeza de Jesús» (20.6, 7). Entonces Juan «entró también [...] y vio, y creyó» (20.8).

¿Por qué creyó Juan? Primero, creyó porque el sepulcro estaba vacío. Sin embargo, había otras posibles explicaciones para el sepulcro vacío. Una era que el cuerpo había sido realmente quitado, la conclusión a la que María Magdalena había llegado (20.2, 13, 15).<sup>18</sup> Lo que convenció a Juan no fue sólo el sepulcro vacío, sino el hecho de que los lienzos seguían allí. El sudario estaba bien doblado. Si alguien hubiera tomado el cuerpo de Jesús para volver a sepultarlo, no habría dejado los lienzos. Ciertamente, si algunas personas se hubieran robado el cuerpo (una explicación fabricada por los enemigos de Jesús; Mt 28.11–15), no habrían doblado cuidadosamente el sudario ni lo habrían dejado puesto allí. Esos envoltorios y el sudario que permanecían en sepulcro vacío convencieron a Juan de que Jesús había resucitado de entre los muertos.

El sepulcro vacío era una poderosa prueba de la resurrección de Jesús. Hizo que Juan creyera. Sin embargo, Pedro seguía sin entender la verdad sobre la resurrección. Los hombres regresaron a sus casas y se tomaron un tiempo para pensar en lo que habían visto (20.9, 10).

El sepulcro vacío sigue siendo un poderoso argumento para la resurrección de Jesús. No hay duda de que el sepulcro estaba vacío. Si no hubiera estado vacío, los enemigos de Cristo podrían simplemente haber mostrado el cuerpo de Jesús. Esto habría detenido la predicación de la resurrección por parte de los apóstoles y detenido el progreso del movimiento cristiano. ¿Por qué no lo hicieron? Porque el cuerpo no estaba disponible; ¡el sepulcro estaba vacío!

¿Por qué estaba vacío el sepulcro? Otras explicaciones que se han propuesto no tienen sentido. No es razonable creer que las mujeres fueron al sepulcro equivocado, ya que estaban allí cuando Jesús fue sepultado (Mr 15.47; Lc 23.55). Es poco probable que el cuerpo haya sido robado. Los amigos de Jesús no tenían ninguna razón para robarlo

<sup>18</sup> Puede que el sepulcro de José haya sido pensado sólo como un lugar de sepultura temporal para el cuerpo de Jesús: «Allí, pues, por causa de la preparación de la pascua de los judíos, y porque aquel sepulcro estaba cerca, pusieron a Jesús» (19.42).

(contrariamente a la historia que más tarde circuló entre los judíos). A pesar de las enseñanzas de Jesús, no estaban esperando que resucitara. Además, si los apóstoles hubieran robado el cuerpo de Jesús, quiere decir que estaban viviendo y muriendo por una mentira en los años posteriores. La mayoría de ellos fueron martirizados por su fe, y es difícil creer que habrían muerto por algo que sabían era una mentira.

*La evidencia que lo confirma* (20.11–29). ¿Qué demostró definitivamente que Jesús había resucitado? El hecho de que la gente posteriormente le vio vivo. Jesús tenía que aparecerse vivo nuevamente después de Su muerte para convencer a Sus discípulos de que había resucitado de entre los muertos. Tres de estas apariciones están registradas en Juan 20.

1. Su aparición a María Magdalena (20.11–18). Juan 20.11–18 cuenta cómo Jesús se apareció a María Magdalena:

Pero María estaba fuera llorando junto al sepulcro; y mientras lloraba, se inclinó para mirar dentro del sepulcro; y vio a dos ángeles con vestiduras blancas, que estaban sentados el uno a la cabecera, y el otro a los pies, donde el cuerpo de Jesús había sido puesto. Y le dijeron: Mujer, ¿por qué lloras? Les dijo: Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto. Cuando había dicho esto, se volvió, y vio a Jesús que estaba allí; mas no sabía que era Jesús. Jesús le dijo: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella, pensando que era el hortelano, le dijo: Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo lo llevaré. Jesús le dijo: ¡María! Volviéndose ella, le dijo: ¡Raboni! (que quiere decir, Maestro). Jesús le dijo: No me toques, porque aún no he subido a mi Padre; mas ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios. Fue entonces María Magdalena para dar a los discípulos las nuevas de que había visto al Señor, y que él le había dicho estas cosas.

María había descubierto que el sepulcro estaba vacío y había ido a decírselo a los apóstoles. Después de que investigaron el informe, encontraron el sepulcro vacío y se fueron a casa, María permaneció en el sepulcro. Durante un tiempo, lloró fuera del sepulcro; sin embargo, luego entró. Allí vio a dos ángeles vestidos de blanco. Le preguntaron por qué lloraba, y ella respondió: «Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto» (20.13).

Entonces se volvió y vio a Jesús, pero no le reconoció. Ella pensó que era el hortelano y le preguntó si había tomado el cuerpo de Jesús.

Cuando Él dijo su nombre, ella supo quién era. Ella le llamó «Raboni», o «Maestro». Él le dijo que dejara de aferrarse a Él y le instruyó que fuera y les dijera a Sus discípulos que pronto ascendería a Su Padre. María se apresuró y les dijo a los apóstoles «que había visto al Señor» (20.18).

2. Su aparición a los diez apóstoles (20.19–25). Juan registró una segunda aparición de Jesús que ocurrió esa misma noche, cuando Jesús se puso en medio de los apóstoles:

Cuando llegó la noche de aquel mismo día, el primero de la semana, estando las puertas cerradas en el lugar donde los discípulos estaban reunidos por miedo de los judíos, vino Jesús, y puesto en medio, les dijo: Paz a vosotros. Y cuando les hubo dicho esto, les mostró las manos y el costado. Y los discípulos se regocijaron viendo al Señor [...].

Pero Tomás, uno de los doce, llamado Dídimo, no estaba con ellos cuando Jesús vino (20.19, 20, 24).

Jesús se acercó a Sus apóstoles de una manera que les recordó días anteriores, diciendo: «Paz a vosotros» (20.19). Les mostró las heridas en Su cuerpo para probar que era Él; en consecuencia, ellos se regocijaron por Su resurrección. Luego les dio lo que podríamos pensar como una breve versión de la Gran Comisión, diciendo: «Como me envió el Padre, así también yo os envío» (20.21). También les instruyó que recibieran el Espíritu Santo (20.22). Entonces les dijo que la labor de ellos resultaría en el perdón de los pecados: «A quienes remitieris los pecados, les son remitidos; y a quienes se los retuviereis, les son retenidos» (20.23).

Jesús no estaba dándoles a los apóstoles el poder de perdonar pecados de manera arbitraria. Más bien, después de recibir el Espíritu Santo en Pentecostés, predicarían lo que el Espíritu Santo les dio para predicar (Hch 2). Los pecados de sus oyentes podrían ser perdonados, dependiendo de cómo respondieran al mensaje de los apóstoles. Si alguien aceptaba y obedecía ese mensaje, sus pecados serían perdonados. Si rechazaba el mensaje de los apóstoles, sus pecados serían «retenidos»; permanecerían en su alma, no perdonados.

Uno de los apóstoles, Tomás, no estaba con los demás esa noche. Cuando posteriormente le dijeron que habían visto a Jesús con vida, él respondió: «Si no viere en sus manos la señal de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré» (20.25).

3. Su aparición a Tomás y a los demás apóstoles (20.26–29). Juan describió una tercera aparición de

Jesús, una semana después. Esta vez, Tomás estuvo presente con el resto de los apóstoles (20.26).

Tomás había dicho que no creería hasta que él mismo viera personalmente que Jesús estaba viviendo nuevamente en el mismo cuerpo en el que había sido crucificado. Jesús cumplió con esta condición, apareciéndosele a él y diciendo: «Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente» (20.27). El texto no nos dice si Tomás realmente tocó las heridas de Jesús, sin embargo, afirma claramente que Tomás fue convencido por la aparición de Jesús, pues leemos: «Tomás respondió y le dijo: ¡Señor mío, y Dios mío!» (20.28).

Jesús respondió: «Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron» (20.29). Con estas palabras, Jesús pronunció una bendición sobre todos, incluso usted y yo, los que no han visto a Jesús en persona, pero han llegado a la misma fe que tenía Tomás. Cuando estamos de acuerdo con Tomás y decimos de Jesús: «¡Señor mío, y Dios mío!», ¡somos bendecidos por Jesús!

*El impacto de la evidencia.*

1. La naturaleza de Su resurrección. Juan reveló la naturaleza de la resurrección. Para Jesús, la resurrección no significaba simplemente que Su espíritu o alma sobreviviera después de Su muerte.<sup>19</sup> Más bien, el cuerpo físico de Jesús fue levantado, el mismo cuerpo que había tenido clavos en él, el mismo cuerpo que había sido perforado con una lanza cuando Jesús estaba colgando de la cruz. Algunas personas en los días de Juan podrían haber cuestionado si Jesús había tenido o no un verdadero cuerpo humano de carne y hueso; si es así, Juan refutó tal doctrina a lo largo de su libro. Hizo hincapié en la verdad de que, incluso después de Su muerte, cuando Jesús fue resucitado de entre los muertos, ocupó un cuerpo real.

Lo que eso quiere decir para nosotros es que la resurrección que anticipamos no es sólo vida continua para nuestros espíritus. Dios también ha prometido levantar y transformar nuestro cuerpo (vea 1ª Co 15.35–57).

2. La certeza de Su resurrección. Juan también hizo hincapié en la certeza de la resurrección. Después de Su resurrección, Jesús se apareció

---

<sup>19</sup> La resurrección de Jesús no involucró ser transferido directamente al cielo. Enoc y Elías fueron «transportados»; es decir, fueron llevados al cielo sin experimentar la muerte (Gn 5.24; 2º R 2.11).

primero a María Magdalena. María no esperaba que Jesús fuera resucitado; cuando encontró el sepulcro vacío, pensó que alguien se había llevado el cuerpo. Ni siquiera reconoció a Jesús inmediatamente cuando le vio. Cuando le reconoció, ella estaba completamente convencida de que era realmente Jesús, el Cristo, en quien ella creía. Su testimonio debe convencer a cualquiera de que Jesús fue resucitado de entre los muertos.

Si la experiencia de María fuera descartada como el delirio de una discípula afligida cuyo corazón roto la llevó a creer que Jesús vivía nuevamente, todavía habría que explicar el hecho de que Jesús se apareció a los apóstoles cuando estaban juntos. Les habló de una manera que les diera seguridad de que era su Señor. Les mostró evidencia de las heridas en Su cuerpo. Como consecuencia, creyeron y se regocijaron. (¡Llegar a la fe en Jesús siempre debe ser una ocasión para regocijarse!)

La fe no les llegó a los apóstoles de uno en uno. No oyeron que uno de su grupo había visto a Jesús, con el resultado de que otros más adelante tuvieron la misma visión, hasta que todos llegaron a aceptar la idea de la resurrección. No, diez de ellos estaban juntos y vieron al Señor. Jesús estaba realmente allí; no sólo estaban viendo una visión. Diez personas no ven la misma alucinación al mismo tiempo.

La certeza de la resurrección fue finalmente probada por la aparición de Jesús a Tomás. Se le ha llamado «Tomás el incrédulo», porque dijo que no creería hasta que viera la evidencia por sí mismo, hasta que tocara las heridas de Jesús con sus propios dedos. Tal vez no deberíamos criticarlo por su escepticismo. No hay nada de malo en decir, en efecto, «Quiero ver por mí mismo. Quiero examinar la evidencia, no sólo aceptar la palabra de otra persona de que algo es cierto». Jesús pasó la prueba del escéptico. Se mostró a Tomás, y Tomás se convenció completamente. Llegó a la única conclusión lógica: Jesús había resucitado de entre los muertos, ¡y ese hecho quería decir que era divino!

Cualquier escéptico sincero hoy debe ser invitado a examinar cuidadosa y honestamente la evidencia concerniente a la resurrección de Jesús. Si lo hace, él, como Tomás, seguramente se convencerá de que Jesús realmente resucitó de los muertos.

3. El significado de Sus apariciones posteriores a la resurrección. Juan presentó la importancia de la resurrección. Cuando Tomás se convenció de que

Jesús verdaderamente había resucitado, exclamó: «¡Señor mío, y Dios mío!». Esa exclamación es el punto principal del relato; es la conclusión que exigen el sepulcro vacío y las apariciones. Puesto que Jesús fue resucitado de entre los muertos, es Señor y Dios. Señorea sobre todo, uno con el Creador, partícipe de la Deidad. ¡Es el Hijo de Dios y es uno con el Padre! Cuando consideramos Su muerte y Su resurrección, tenemos que llegar a la misma conclusión. ¡Tenemos que venir a ser partícipes de la fe de Tomás —creer que Jesús es Señor y Dios— si esperamos ser salvos!

*Conclusión* (20.30, 31). Juan 20.30, 31 proporciona una conclusión perfecta no sólo para una lección o para el presente capítulo, sino también para todo el Evangelio:

Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre.

Estos dos versículos resumen el relato del Evangelio haciendo hincapié en cuatro palabras que se enfatizan en el libro. «*Señales*» es la palabra que Juan usó para los milagros de Jesús. Jesús realizó muchos milagros que Juan no registró, sin embargo, las señales que registró son suficientes para producir fe. La palabra «*Creáis*» (o «creencia» o «fe») resume cómo debemos responder a los milagros de Jesús y al relato que hace Juan de ellos. Todo el Evangelio de Juan enfatiza la necesidad de la fe, y los milagros registrados en el libro deben producir fe en sus lectores. «*Hijo*» es una palabra clave porque prácticamente todo lo que Juan registró fue escrito para convencernos de que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios. La frase «*tengáis vida*» es la bendición última que resulta de creyendo en y siguiendo a Jesús. Aquellos que creen que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y se entregan con fe a Él, pueden tener vida, vida abundante ahora y vida eterna cuando esta existencia terrenal haya terminado.

¿Qué cree usted de Jesús? ¿Cree que Él es el Cristo, el Hijo de Dios? Cuando lea acerca del sepulcro vacío y del Cristo resucitado, ¿está listo para exclamar con Tomás: «¡Señor mío, y Dios mío!»? Si lo está, entonces es necesario demostrar su fe en Él viniendo a Él y obedeciendo Sus mandamientos para que Él pueda bendecirle con vida eterna.

Coy Roper

---

# El propósito de Juan en escribir su relato del Evangelio

(20.30, 31)

<sup>30</sup>Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. <sup>31</sup>Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre.

**Versículos 30, 31.** Después de registrar la declaración de Jesús en cuanto a que los que creen sin ver son bienaventurados (20.29), Juan aplicó el concepto a sus lectores. La fe de estos no provendría de ver personalmente y tocar al Señor resucitado, sino de leer el testimonio de Juan —un testigo ocular— acerca de Jesús.

El apóstol explicó que **Jesús [hizo] muchas otras señales durante Su ministerio, las cuales no están escritas en este libro** (vea 21.25). Juan había seleccionado cuidadosamente entre los numerosos milagros de Jesús, a los que se refirió como «señales» (vea comentarios sobre 2.11). En comparación con los Evangelios Sinópticos, el relato de Juan contiene mucho menos milagros. Su escritura incluye las siete señales registradas en «El libro de las señales» (capítulos 1—12), así como la señal más grande de todas: la muerte y resurrección de Jesús. Las «muchas otras señales» fueron realizadas **en presencia de sus discípulos**; ellos mismos las habían presenciado.

El propósito de Juan al escribir acerca de las señales era **para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios**. De todos los escritores del Evangelio, Juan fue el único que dio una declaración de propósito tan clara. Por muy evidente que sea su declaración, se ha encontrado, sin embargo, con opiniones contradictorias sobre cómo debe interpretarse. ¿Estaba Juan diciendo que su propósito era *edificar* a los cristianos o *evangelizar* a los no cristianos? Al igual que en 19.35, donde tiene lugar la misma idea y la misma variante textual, la evidencia manuscrita se divide en cuanto a cómo deba entenderse el verbo «creáis» —sea como πιστεύητε (*pisteuēte*) un subjuntivo presente, o como πιστεύσητε (*pisteusēte*) un subjuntivo aor-

isto. El primero indica que el propósito de Juan era *edificar* a los cristianos que ya creen en Jesús, mientras que el segundo indica que su propósito era *evangelizar* a los no cristianos para que llegaran a la fe en Jesús.

Este es un caso en el que los significados alternativos no deben tomarse como mutuamente excluyentes. Si bien el impulso del Evangelio de Juan es ciertamente evangelístico, la narración también subraya la importancia de la fidelidad, de estar y permanecer en Jesús. ¿Cómo habrían entendido los primeros lectores las palabras de Juan? Para los incrédulos, sus palabras habrían tenido un objetivo evangelístico de llevarlos a la fe en Jesucristo; sin embargo, también podrían ser utilizadas para fortalecer la fe de aquellos que ya creen. Juan quería que la gente llegara a la fe, y quería que la gente permaneciera fiel. Su Evangelio muestra que a Dios le interesan todas las personas y ha actuado para la salvación de la humanidad. Este interés y acción son evidentes en el hecho de que Jesús se hizo carne. Juan quería que la gente creyera y siguiera creyendo. Específicamente, cuando Juan habló de «creer», quiso decir tener fe en que «Jesús es el Cristo» (vea comentarios sobre 1.41) y que Jesús es «el Hijo de Dios» (vea comentarios sobre 1.49). Estas dos expresiones son prácticamente sinónimas, pese a que los judíos habrían encontrado el concepto de Su papel como «el Cristo» más significativo que como «el Hijo de Dios». No habrían creído en la estrecha relación del Mesías con el Padre como describió Juan.

Las señales no eran fines en sí mismas; apuntaban a Jesús. Los que respondan a las señales en fe tendrán **vida en su nombre**. Así como una señal no es un fin en sí misma, tampoco lo es la fe. La fe es el medio por el que las personas podrían tener vida (vea comentarios sobre 1.4; 3.17; 5.24). Jesús vino a dar vida, y a darla en abundancia (10.10). Juan registró de manera suficiente lo que Jesús dijo e hizo durante Su ministerio terrenal para ayudarles a las personas a creer que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y así «[tener] vida en su nombre».

# El encuentro de Jesús con Sus discípulos (21.1-14)

El capítulo 21 está rodeado de mucha controversia, con respecto a si se le debe o no ver como parte del Evangelio de Juan. Ha sido descrito por varios intérpretes como un apéndice, un epílogo, una posdata y un suplemento. Algunos ven el capítulo como independiente del relato original del Evangelio, añadido en una fecha posterior por alguien que no es Juan. Otros ven el capítulo 20 (especialmente a la luz de los versículos 30 y 31) como un final suficiente para un registro cuyo propósito era mostrar que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y el capítulo 21 como el epílogo, mostrando el equilibrio para el prólogo en 1.1-18. Los argumentos que dicen que Juan 21 no era parte del autógrafo original son dos: Juan 20.30, 31 parece ser un final; y en el capítulo 21 se encuentran palabras únicas, que no aparecen en ninguna otra parte del libro.

En primer lugar, 20.30, 31 es, sin duda, el punto culminante del relato. Jesús había resucitado, se había aparecido a los discípulos y a los demás, había afirmado simbólicamente la promesa del Espíritu Santo y les había dado a Sus discípulos su comisión. Estas acciones indican que el relato del ministerio de Jesús había llegado a su fin culminante. Sin embargo, lo que un lector podría esperar que sea el final de una narrativa podría no ser considerado como el final según el escritor. Una ilustración es 1ª Juan 5.13, que se parece mucho a Juan 20.30, 31: «Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna, y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios». Lo anterior parece ser un buen final para 1ª Juan. Sin embargo, las palabras no concluyeron la primera epístola de Juan; tenía más que decir. Del mismo modo, Juan tenía más que decir en el capítulo 21 de su relato del Evangelio. La aparición final de Jesús no tenía

por objeto generar más fe en Su resurrección de entre los muertos, sino describir la comisión de los discípulos al mundo como el medio de salvación para los seres humanos. Edwyn Clement Hoskyns hizo notar lo siguiente:

... un evangelio cristiano termina apropiadamente, no con la aparición del Señor resucitado a Sus discípulos, y su creencia en Él, sino con una declaración confiada de que esta misión al mundo, emprendida bajo Su mandato y con Su autoridad, será el medio por el que muchos son salvos.<sup>1</sup>

Hoskyns dijo además que todos los Evangelios Sinópticos incluyen esta comisión cerca del final. Juan es consistente con este patrón sólo si el capítulo 21 está incluido en la narrativa original.<sup>2</sup>

En segundo lugar, los eruditos han identificado veintiocho palabras griegas que aparecen en el capítulo 21, pero que no se encuentran en ningún otro lugar en Juan.<sup>3</sup> Sin embargo, muchas de estas palabras constituyen el vocabulario especial necesario para el tema analizado, especialmente en los versículos 1 al 14. Además, el capítulo 21 posee características de lenguaje y estilo característicos de los capítulos anteriores de Juan. Como se ha señalado, el autor tendía a usar sinónimos en lugar de volver a escribir palabras (vea 21.15-17). Este capítulo también utiliza la doble afirmación ἀμήν ἀμήν (*amēn amēn*, «de cierto, de cierto») en el versículo 18 (vea comentarios sobre 1.50, 51), así como otras palabras que se ven en Juan («Simón Pedro», «Tomás, llamado Dídimo», «Natanael», «brasas»

<sup>1</sup> Edwyn Clement Hoskyns, *The Fourth Gospel (El cuarto evangelio)*, 2ª ed. (London: Faber and Faber, 1947), 550.

<sup>2</sup> *Ibíd.*

<sup>3</sup> C. K. Barrett, *The Gospel According to St. John (El Evangelio según San Juan)*, 2ª ed. (Philadelphia: Westminster Press, 1978), 576.

[«un fuego»; 18.18]). También se ha llamado la atención sobre la construcción del versículo 19, «Esto dijo, dando a entender con qué muerte había de glorificar [Pedro] a Dios. Y dicho esto, añadió: Sígueme», que es muy similar a 12.33: «Y decía esto dando a entender de qué muerte iba a morir». A. Plummer mencionó numerosas características en vocabulario y gramática para apoyar la conclusión de que este capítulo fue escrito por el mismo autor que el resto del relato del Evangelio.<sup>4</sup> Tales observaciones han llevado a eruditos —incluso algunos que piensan que el capítulo 21 fue escrito por un autor que no es Juan— a concluir que «las consideraciones lingüísticas y estilísticas [...] no son en sí mismas suficientes para establecer la creencia de que [el capítulo] 21 fue escrito por un autor diferente».<sup>5</sup>

Si bien la evidencia lingüística es inadecuada para establecer la autoría del capítulo 21, se combina con otras pruebas para justificar la conclusión de que el capítulo es parte integral del relato del Evangelio. 1) Ninguna prueba textual sugiere que el registro de Juan fue publicado sin la inclusión del capítulo 21. Si el capítulo fue añadido en una fecha posterior, cabría esperar que hubiera alguna evidencia textual a tal efecto; sin embargo, no hay ninguna. 2) Así como el Prólogo preparó a los lectores para los grandes temas que vendrían en los capítulos 1 al 20, el Epílogo proveyó el cierre del relato del Evangelio indicando que la obra para la que Jesús había sido enviado por el Padre a realizar había de continuar por medio de Sus discípulos. 3) Pedro fue reincorporado como discípulo de Jesús después de su triple negación y recibió la comisión de seguir a Jesús. El diálogo de 21.15–23 resolvió algunos asuntos pendientes y proporcionó un ejemplo para futuros creyentes. 4) Se resolvió el misterio de la identidad del discípulo amado como autor del libro, así como cualquier malentendido en cuanto a su existencia hasta el regreso de Jesús. Por estas razones, se debe aceptar el Epílogo como parte original del Evangelio de Juan.

Al final del capítulo 20, Juan había cumplido su propósito de proporcionar evidencia para la fe en Jesús como el Cristo, el Hijo de Dios. El capítulo 21 debe verse como un estímulo para que aquellos que han llegado a la fe continúen siguiendo a Jesús.

<sup>4</sup> A. Plummer, *The Gospel According to S. John (El Evangelio según San Juan)*, The Cambridge Bible for Schools and Colleges (Cambridge: University Press, 1886), 367–78.

<sup>5</sup> Barrett, 577.

## LA APARICIÓN DE JESÚS A SIETE DISCÍPULOS (21.1–3)

**<sup>1</sup>Después de esto, Jesús se manifestó otra vez a sus discípulos junto al mar de Tiberias; y se manifestó de esta manera: <sup>2</sup>Estaban juntos Simón Pedro, Tomás llamado el Dídimo, Natanael el de Caná de Galilea, los hijos de Zebedeo, y otros dos de sus discípulos. <sup>3</sup>Simón Pedro les dijo: Voy a pescar. Ellos le dijeron: Vamos nosotros también contigo. Fueron, y entraron en una barca; y aquella noche no pescaron nada.**

**Versículos 1–3.** Juan había informado de la aparición de Jesús a Sus discípulos en dos ocasiones diferentes (además de Su aparición a María Magdalena en 20.11–18). La primera aparición a los discípulos fue a diez de los Doce (20.19–23). La segunda fue cuando Tomás estuvo presente (20.24–29). El capítulo final de Juan inicia con la tercera y última aparición de Jesús registrada en el libro, esta vez a siete de Sus discípulos (21.1–14). Es el registro más largo de cualquier aparición posterior a la resurrección de Jesús en Galilea. **Después de esto** (21.1) es un conectivo utilizado varias veces en Juan (vea comentarios sobre 2.12). La NASB consigna «Después de estas cosas». La frase constituye una nota de tiempo general, indicando que lo que Juan estaba a punto de registrar siguió a eventos anteriores después de una cantidad de tiempo no especificada.

Los discípulos habían salido de Jerusalén unos días después de la fiesta de los panes sin levadura para regresar a Galilea. Aquí **Jesús se manifestó** (ἐφανερώσεν ἑαυτὸν, *ephanērōsen heauton*) —que literalmente quiere decir que se reveló a Sí mismo— **otra vez a sus discípulos junto al mar de Tiberias**. La frase «otra vez» (πάλιν, *palin*) marca el relato como otra aparición posterior a la resurrección a Sus discípulos. El término «mar de Tiberias» es otro nombre para el mar de Galilea (vea comentarios sobre 6.1, 2). El verbo «manifestó» (φανερώω, *phanerōō*), usado dos veces en este versículo, ocurre nueve veces en Juan en referencia a las acciones de Jesús. El término se utiliza tres veces en Marcos, mientras que Mateo y Lucas no lo contienen en absoluto. «Tiene la connotación general de surgir de la oscuridad, y para Juan implica una revelación concreta de lo celestial sobre la tierra».<sup>6</sup>

<sup>6</sup> Raymond E. Brown, *The Gospel According to John (xiii–xxi) (El Evangelio según Juan [xiii–xxi])*, The Anchor Bible, vol. 29A (Garden City, N.Y.: Doubleday & Co., 1970), 1067.

Esta aparición posterior a la resurrección, al igual que las demás en este relato del Evangelio, fue de acuerdo con la voluntad de Jesús y fue un acto de revelación de Su parte.

A Pedro no se le ha mencionado por nombre desde la declaración de que entró en el sepulcro y vio los lienzos en 20.6. Como es habitual en tal circunstancia, el nombre completo **Simón Pedro** se da al reaparecer en la narración en 21.2 (vea comentarios sobre 18.15, 16). Como era de esperar, a Pedro se le menciona de primero. **Tomás** es incluido después, y una vez más se dice que era **llamado el Dídimos** (vea comentarios sobre 11.16; 20.24, 25). El tercer y último discípulo en ser nombrado es **Natanael**, que no ha sido mencionado desde 1.45–51. Por primera vez, se dice que es **de Caná**, donde Jesús realizó Sus dos primeras señales (2.1–11; 4.46–54). A continuación, se presentan **los hijos de Zebedeo**, a quienes no se les ha referido previamente de esta manera en Juan. De acuerdo con el resto del libro, a estos hijos no se les identifica por nombre; sin embargo, eran Jacobo y Juan (Mt 4.21), «compañeros de Simón» en el negocio de la pesca (Lc 5.10). **Otros dos de sus discípulos** completan la lista, aunque no se dan sus nombres. Con frecuencia se ha sugerido que estos discípulos anónimos eran Felipe y Andrés, que están vinculados en otras partes del texto (vea 6.7–9; 12.22). Si este es el caso —y suponiendo que Natanael y Bartolomé eran la misma persona (vea comentarios sobre 1.45), esta lista de siete discípulos corresponde a los primeros siete discípulos mencionados en Mateo 10.2–4. Según este punto de vista, los discípulos restantes que no estaban presentes en esta aparición eran Mateo, Jacobo hijo de Alfeo, Simón el Zelote y Tadeo (que también era conocido como «Judas hermano de Jacobo»; Lc 6.16). Estos discípulos **estaban juntos**, revelando que todavía tenían una camaradería después de la muerte de Jesús y permanecían juntos en Galilea.

De acuerdo con su naturaleza, **Pedro** tomó la iniciativa y dijo: **Voy a pescar** (21.3). Los otros seis discípulos decidieron ir con él. Los intérpretes están divididos en cuanto a si Pedro y sus asociados hicieron mal con ir a pescar. Algunos sostienen una interpretación *negativa* de su regreso a la pesca. C. K. Barrett dijo: «El hecho de que Pedro y sus hermanos discípulos contemplan un regreso a su antigua ocupación después de los acontecimientos del [capítulo] 20 es impensable».<sup>7</sup> Raymond E.

<sup>7</sup> Barrett, 579.

Brown fue más moderado en sus palabras; dijo que la escena «es más bien una actividad sin rumbo emprendida por desesperación».<sup>8</sup>

Algunos abogan por un punto de vista más *positivo* del regreso de los discípulos a la pesca. F. F. Bruce, sosteniendo que Pedro no había abandonado su comisión para regresar a su oficio, dijo: «Era mejor que empleara su tiempo de una manera útil que permanecer inactivo».<sup>9</sup> De manera similar, George R. Beasley-Murray dijo: «¡Si bien Jesús fue crucificado y resucitó de entre los muertos, los discípulos todavía necesitan *comer!*».<sup>10</sup>

Una interpretación positiva describe con mayor precisión el comportamiento de los discípulos. No regresaron a Galilea con el propósito de pescar; regresaron porque Jesús les había mandado hacerlo (Mt 28.10; Mr 16.7). Al llegar allí, esperaban más instrucciones de parte de Jesús. Estos hombres eran pescadores, y la pesca era una manera de pasar el tiempo. Además, necesitaban comida y dinero para proveer para su sustento. Si bien sin duda están extrañando a su Señor y Maestro, los discípulos no se hundieron en una profunda desesperación ni renunciaron a toda esperanza. Después de todo, ya habían visto a Jesús (Lc 24.34; 1ª Co 15.5). El hecho de que Pedro saltara al agua cuando se le dijo que la persona en la orilla era su Señor resucitado (21.7) indica su creencia en que era en realidad Jesús y muestra su afán por estar con Él.

El incidente ofrece más pruebas contra la idea de que los discípulos habían recibido el derramamiento del Espíritu Santo en 20.22. No es razonable pensar que Pedro y los discípulos habrían vuelto a la pesca si hubieran recibido poderes de parte del Espíritu.

Los discípulos **entraron en una barca**, como habían hecho muchas veces antes; sin embargo, **aquella noche no pescaron nada**. La noche era el mejor momento para pescar. El hecho de que «no pescaron nada» podría haber sido inusual para ellos, dado el pronombre enfático ἐκεῖνη (*ekeinē*) usado para llamar la atención a «aquella noche». La narración se desarrolla de una manera familiar que recuerda otra escena en la que Pedro y sus compañeros dijeron: «toda la noche hemos estado trabajando, y nada hemos pescado» (Lc 5.5).

<sup>8</sup> Brown, 1096.

<sup>9</sup> F. F. Bruce, *The Gospel of John (El Evangelio de Juan)* Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1983), 399.

<sup>10</sup> George R. Beasley-Murray, *John (Juan)*, Word Biblical Commentary, vol. 36 (Waco, Tex.: Word Books, 1987), 399.



## UNA CAPTURA MILAGROSA DE PECES (21.4–8)

**<sup>4</sup> Cuando ya iba amaneciendo, se presentó Jesús en la playa; mas los discípulos no sabían que era Jesús. <sup>5</sup> Y les dijo: Hijitos, ¿tenéis algo de comer? Le respondieron: No. <sup>6</sup> El les dijo: Echad la red a la derecha de la barca, y hallaréis. Entonces la echaron, y ya no la podían sacar, por la gran cantidad de peces. <sup>7</sup> Entonces aquel discípulo a quien Jesús amaba dijo a Pedro: ¡Es el Señor! Simón Pedro, cuando oyó que era el Señor, se ciñó la ropa (porque se había despojado de ella), y se echó al mar. <sup>8</sup> Y los otros discípulos vinieron con la barca, arrastrando la red de peces, pues no distaban de tierra sino como doscientos codos.**

**Versículos 4–6.** En la primera parte de la mañana, **Cuando ya iba amaneciendo** (πρωί, *prōi*), los discípulos vieron a alguien de pie **en la playa** (21.4). Ellos **no sabían** que la figura era el **Jesús** resucitado. No quiere decir que no hubieran visto a Jesús desde la resurrección, porque lo habían hecho; esta era Su tercera aparición a ellos. Tal vez, como en otros casos en que los «ojos» de los discípulos fueron «velados, para que no le conociesen» (Lc 24.16) en Su cuerpo resucitado, el Jesús transformado no fue reconocible en esta ocasión (vea 20.14). Dada la temprana hora de la mañana y la distancia de la barca hasta la orilla, es posible que los discípulos simplemente no pudieran ver a Jesús claramente.

En 21.5 se utiliza la forma poco común de dirigirse a **Hijitos** (παῖδια, *paidia*), en lugar de la palabra más habitual para «hijitos», τεκνία (*teknia*). Esta última aparece una vez en el discurso de despedida de Jesús (13.33). La primera constituye una expresión coloquial muy similar a «chicos» o «muchachos». A veces *teknia* se considera como una forma más tierna de trato que indica una asociación íntima, sin embargo, los dos términos pueden utilizarse indistintamente.<sup>11</sup> Algunos piensan que para que Jesús se dirigiera a los discípulos como *teknia* habría revelado inmediatamente Su identidad y que en su lugar empleó un lenguaje que podría haber sido utilizado por cualquier hombre en la orilla. Sin embargo, como Brown señaló, «para apoyar tal distinción habría que encontrar contrapartes arameas exactas» para

<sup>11</sup> La forma de trato *paidia* («hijitos») aparece en 1<sup>a</sup> Juan 2.13[14], que está en el mismo contexto que *teknia* («hijitos») en 1<sup>a</sup> Juan 2.1, 12.

estas palabras griegas.<sup>12</sup>

Después de llamarles, Jesús les preguntó a los discípulos si tenían **algo de comer**. La palabra utilizada aquí para «comer» (προσφάγιον, *prosphagion*), no se encuentra en otra parte del Nuevo Testamento; originalmente se refería a «“algún deleite” comido [con] pan».<sup>13</sup> La palabra llegó a significar «pez» y en algunos contextos era el equivalente de ὀψάριον (*opsarion*), el término utilizado para el «pez» que Jesús había colocado sobre un fuego de carbón (21.9, 10). El término generalmente se refiere a algo para comer. Jesús tenía en mente peces, y así es como los discípulos entendieron Su pregunta. Jesús enmarcó la pregunta a la espera de una respuesta negativa: «No han atrapado nada para comer, ¿verdad?». La respuesta de ellos fue **No**.

Entonces Jesús instruyó a los discípulos que **[echaran] la red a la derecha de la barca** y les aseguró que allí **hallaréis** (21.6). Jesús sabía que habría un cardumen de peces a la derecha de la barca. Demostró Su conocimiento sobrenatural tanto del hecho de que los discípulos no atraparon nada durante la noche, así como de dónde encontrar peces.

Los pescadores hicieron lo que se les dijo. Si hubieran sabido que era Jesús, su obediencia habría tenido sentido (vea Lc 5.1–11); sin embargo, ¿por qué seguirían las instrucciones de un supuesto extraño? Tal vez pensaron que el extraño en la playa podía ver algunos peces que no eran visibles desde su posición. Después de no haber atrapado nada durante toda la noche y estar cansados, puede que hayan decidido que valía la pena intentarlo. De todos modos, hicieron lo que se les dijo y lanzaron su red. Entonces **ya no la podían sacar, por la gran cantidad de peces**. El hecho de que la cantidad de peces (153 en número; 21.11) era tan grande que no pudieron subir la captura es indicativo de un milagro.

**Versículos 7, 8.** La gran captura de peces probablemente les hizo recordar una experiencia similar unos tres años atrás, cuando Jesús había llamado a Sus primeros discípulos para ser «pescadores de hombres» (Lc 5.1–11). Al menos, este parece haber sido el caso en la mente del **discípulo**

<sup>12</sup> Brown, 1070.

<sup>13</sup> Walter Bauer, *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature* (Léxico griego-inglés del Nuevo Testamento y demás literatura cristiana primitiva), 3<sup>a</sup> ed., rev. y ed. Frederick William Danker (Chicago: University of Chicago Press, 2000), 886.

a quien Jesús amaba, quien clamó a Pedro: ¡Es el Señor! Su anuncio fue similar a las confesiones en 20.18, 25 y 28. Esta comprensión era característica del discípulo amado, quien mostraba tener una rápida comprensión espiritual. Así como las ropas sepulcrales en el sepulcro vacío le habían convencido de que Jesús había resucitado de la tumba (20.7, 8), la captura milagrosa de los peces le permitió ver a su Señor más allá de la señal.

Mientras que el discípulo amado exhibió una comprensión espiritual, Pedro típicamente era dado a actuar de manera impulsiva. Tan pronto como escuchó la exclamación de Juan con respecto a la identidad del extraño en la playa, **se ciñó la ropa (porque se había despojado de ella), y se echó al mar.** La cláusula «porque se había despojado» (γυμνός, *gumnos*) puede querer decir que Pedro estaba desnudo o que estaba ligeramente vestido. El verbo διαζώννυμι (*diazōnnumi*), que se traduce como «se ciñó la ropa» puede querer decir «atar [ropa] alrededor de uno»<sup>14</sup> o «más correctamente [...] recogerla y atarla con un cinto para poder tener libertad de movimiento para hacer algo».<sup>15</sup> El mismo verbo, que sólo se encuentra en Juan, se utilizó de Jesús atándose una toalla alrededor de Su cintura antes de lavar los pies de los discípulos (13.4, 5). Pedro no llevaba nada en absoluto o sólo un taparrabos. Se puso su «ropa» exterior (ἐπενδύτης, *ependutēs*), aunque sería un impedimento para nadar, con el fin de aparecer ante su Maestro con el atuendo adecuado. Parece razonable llegar a la conclusión de que, teniendo sólo su prenda exterior puesta, metió la parte inferior en su cintura o cinturón para nadar mejor. Luego saltó al agua.

Pedro nadó hasta la orilla mientras que **los otros discípulos vinieron con la barca, arrastrando la red de peces.** La distancia era **como doscientos codos** (un codo equivale a casi 46 centímetros). En el incidente similar en Lucas 5.1–11, los numerosos peces habían sido llevados a bordo, casi causando que las redes se rompieran y la barca se hundiera. Esta vez los discípulos estaban arrastrando la red detrás del barco.

#### UNA COMIDA CON EL SEÑOR RESUCITADO (21.9–14)

<sup>9</sup>Al descender a tierra, vieron brasas puestas, y un pez encima de ellas, y pan. <sup>10</sup>Jesús les

<sup>14</sup> *Ibíd.*, 228.

<sup>15</sup> Brown, 1072.

dijo: Traed de los peces que acabáis de pescar. <sup>11</sup>Subió Simón Pedro, y sacó la red a tierra, llena de grandes peces, ciento cincuenta y tres; y aun siendo tantos, la red no se rompió. <sup>12</sup>Les dijo Jesús: Venid, comed. Y ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: ¿Tú, quién eres? sabiendo que era el Señor. <sup>13</sup>Vino, pues, Jesús, y tomó el pan y les dio, y asimismo del pescado. <sup>14</sup>Esta era ya la tercera vez que Jesús se manifestaba a sus discípulos, después de haber resucitado de los muertos.

**Versículos 9–11.** Al llegar a la orilla, los discípulos vieron **brasas** [ἀνθρακιά, *anthrakia*; vea comentarios sobre 18.17, 18] **puestas, y un pez encima de ellas, y pan** (21.9). Jesús había tomado la iniciativa y preparado un desayuno para Sus discípulos, que estaban cansados después de una noche de trabajo. Jesús pidió que los discípulos complementaran la comida con algunos **de los peces** que acababan de pescar. El término «pez» (ὄψαριον, *opsarion*) se produce en singular en el versículo 9, tal vez sugiriendo que había un pez en el fuego. Sin embargo, puede ser un sustantivo colectivo, al igual que nuestra palabra «pescado». En 21.10, donde se invitó a los discípulos a traer algunos de sus peces, la palabra se produce en forma plural distintiva del Evangelio de Juan (vea 6.9, 11).

En respuesta a la petición de Jesús, **Pedro**, rápido en acción, **subió** [«subido a bordo»; NIV1984] **y sacó la red a tierra** (21.11). Esto no debe interpretarse en el sentido de que Pedro, por sí mismo, sacó la pesada red. Los otros discípulos no habían podido transportar la red debido a la gran cantidad de peces (21.6); sin embargo, con la ayuda de Pedro (que aparentemente era muy fuerte físicamente), la red fue arrastrada a la playa. Juan dijo, además, con respecto a la captura, que los **peces** eran **grandes** y que eran **ciento cincuenta y tres**.

Como se ha señalado, Juan era dado a la exactitud en la presentación de detalles. Decir el número de peces que los discípulos habían capturado no es una excepción. En el nivel más simple, el registro del número de peces podría querer decir nada más que los peces fueron contados. Presumiblemente, los discípulos los dividieron entre sí. A los pescadores generalmente les interesa el tamaño y el número de los peces que han atrapado. Dado el tamaño de esta pesca, no es de extrañar que uno o más de los discípulos quisieran saber cuántos peces había en la red. Sin embargo, los intérpretes

no han quedado satisfechos con este punto de vista y han intentado encontrar el simbolismo en la red llena y el número «153».

Uno de los significados propuestos más populares es el defendido por Jerónimo. Este afirmó que, según el naturalista del siglo segundo Opiano, existían 153 tipos de peces en el mundo, por lo que este número podría representar la misión de los apóstoles y la iglesia de llegar a toda la humanidad.<sup>16</sup> Brown dijo: «El estado sin romper de la red quiere decir que a la comunidad cristiana no la desgarran los cismas...».<sup>17</sup> J. Ramsey Michaels sostuvo que la red sin romper sugiere la finalización de la misión de Jesús mediante la evangelización.<sup>18</sup> Otros han recurrido a la gematria (la práctica de calcular valores numéricos para letras hebreas o griegas) para inventar interpretaciones. Con este enfoque, parece que no hay fin para los «significados» que pueden extraerse del número. También se podría buscar algún tipo de significado esotérico en los doscientos codos que Pedro nadó en 21.8.<sup>19</sup> Si Juan tenía algún simbolismo en mente relacionado con el número «153», el contexto bíblico no lo sugiere. Juan simplemente registró el increíble milagro realizado por Jesús. Parte del milagro fue que, **aun siendo tantos [peces], la red no se rompió.**

**Versículos 12, 13.** La invitación de Jesús a los discípulos a [venir] y [comer] fue Su tercera invitación registrada en Juan. Su primera invitación fue a dos discípulos de Juan el Bautista, cuando dijo: «Venid y ved» (1.39). La segunda fue el último día de la fiesta de los tabernáculos: «venga a mí y beba» (7.37). Después de que los discípulos pasaran la noche en su labor de pesca, la invitación de Jesús a desayunar tuvo que haber sido bien recibida por ellos. En el siglo primero, las personas normalmente tenían dos comidas

---

<sup>16</sup> Jerónimo *Comentario sobre Ezequiel* 14.47. Leon Morris consideraba las palabras de Jerónimo como «un intento por encontrar un significado edificante para el número en Juan en lugar de una declaración objetivo de una creencia generalizada». Señaló además que «Jerónimo no cita otra autoridad que no sea Opiano, y nadie más parece haber encontrado la declaración en este autor» (Leon Morris, *The Gospel according to John [El Evangelio según Juan]*, rev. ed., The New International Commentary on the New Testament [Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1995], 765, n. 28).

<sup>17</sup> Brown, 1097.

<sup>18</sup> J. Ramsey Michaels, *John (Juan)*, New International Biblical Commentary (Peabody, Mass.: Hendrickson Publishers, 1989), 354–55.

<sup>19</sup> Frank Pack, *The Gospel According to John, Part II (El Evangelio según Juan, 2ª parte)*, The Living Word Commentary (Austin, Tex.: Sweet Publishing Co., 1977), 167.

cada día (vea Lc 14.12). La comida de la mañana era conocida como ἄριστον (*ariston*, «desayuno» o «almuerzo»). Se podía comer temprano en el día (vea 21.4), antes de que las personas comenzaran sus labores, sin embargo, más a menudo era un almuerzo temprano (vea Lc 11.37, 38; 14.12). Otra comida, conocida como δεῖπνον (*deipnon*, «cena»), era considerada como la comida principal del día (Lc 14.12; Jn 13.2).<sup>20</sup> El hecho de que Jesús les dijo a los discípulos «Venid» sugiere que tuvo que haber habido cierta distancia entre Él y ellos. El siguiente versículo dice «Vino, pues, Jesús» (21.13), tal vez porque no respondieron inmediatamente a Su petición.

La segunda mitad de 21.12 es una curiosidad, pues dice: **Y ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: ¿Tú, quién eres? sabiendo que era el Señor.** Si los discípulos sabían que era el Señor, ¿por qué considerarían siquiera preguntarle, «¿Tú, quién eres?»? La familiaridad de los días pasados había pasado; los discípulos sabían que era Jesús hablándoles, sin embargo, algo era diferente. Tal vez la diferencia se mostraba en la apariencia de Jesús. En la primera aparición de Jesús después de la resurrección, María Magdalena no le había reconocido. La aparición de Jesús a estos discípulos también recuerda Su encuentro con los dos discípulos en el camino a Emaús, a quienes se les impidió reconocerle hasta que partió el pan con ellos (Lc 24.16, 31). Aquí los discípulos supieron la identidad de Jesús antes de que los invitara a comer, sin embargo, parecen haber tenido reservas acerca de estar con Él. Sea que fuera o no debido a Su apariencia, los discípulos exhibieron una aprensión mientras se sentaban a desayunar. Nadie «se atrevía a preguntarle» (vea 4.27), sin embargo, el grupo seguía sin duda preguntándose: «¿Podría ser este realmente Jesús?».

La aprensión se esfumó cuando **Jesús [...] tomó el pan y les dio, y asimismo del pescado** (21.13). Jesús hizo el papel del anfitrión amable en una comida, sin embargo, no era una comida ordinaria. El desayuno quedó en segundo plano debido a la presencia de Jesús y la tranquilidad que proporcionaba Su resurrección.

Algunos han visto en esta comida una referencia a la Cena del Señor debido a su supuesta relación  
(Continúa en la página 28)

---

<sup>20</sup> James F. Ross, «Meals» («Comidas»), en *The Interpreter's Dictionary of the Bible (Diccionario de la Biblia del intérprete)*, ed. George Arthur Buttrick (Nashville: Abingdon Press, 1962), 3:316.

# La conversación de Jesús con Pedro

## (21.15–23)

### RESTAURACIÓN DE PEDRO POR PARTE DE JESÚS (21.15–19)

<sup>15</sup>Cuando hubieron comido, Jesús dijo a Simón Pedro: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos? Le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo. El le dijo: Apacienta mis corderos. <sup>16</sup>Volvió a decirle la segunda vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo. Le dijo: Pastorea mis ovejas. <sup>17</sup>Le dijo la tercera vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro se entristeció de que le dijese la tercera vez: ¿Me amas? y le respondió: Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo. Jesús le dijo: Apacienta mis ovejas. <sup>18</sup>De cierto, de cierto te digo: Cuando eras más joven, te ceñías, e ibas a donde querías; mas cuando ya seas viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará a donde no quieras. <sup>19</sup>Esto dijo, dando a entender con qué muerte había de glorificar a Dios. Y dicho esto, añadió: Sígueme.

**Versículos 15–17.** Después de que hubieron comido, Jesús habló con Pedro, sea de manera pública o privada. De lo que se recoge de 21.20, parece que después del desayuno de peces, Jesús y Pedro dieron un corto paseo; porque «les seguía el discípulo a quien amaba Jesús», lo cual no nos sorprende, dada la relación del discípulo amado (que se cree que es Juan) con Jesús y su cercanía con Pedro. Puede que algunos de los otros discípulos hayan estado siguiendo de cerca también, sin embargo, el fraseo parece indicar una conversación privada. En contraste, la pregunta inicial de Jesús, **Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos?** (21.15), parece indicar una conversación pública. Jesús sin duda le había expresado perdón a Pedro cuando se le apareció en privado (vea Lc 24.34; 1ª Co 15.5). Dado que la negación de Pedro a Jesús había

sido de naturaleza pública, parece apropiado que su restauración fuera igualmente pública. Si bien los detalles de la situación son inciertos, parece que Jesús y Pedro estaban conversando, en su mayor parte, en privado, a pesar de que Juan y tal vez los demás discípulos estaban lo suficientemente cerca como para escuchar.

Jesús se dirigió a Pedro por su nombre personal, «Simón, hijo de Jonás», aunque Jesús había dado el nombre «Pedro» a Simón (1.42). En Lucas 22.34, Jesús se dirigió a Simón como «Pedro» (vea Mt 16.18; Mr 16.7). Por lo general, se le llama «Pedro» en los Evangelios Sinópticos, y con frecuencia se le conoce como «Simón Pedro» en Juan.

La primera de tres preguntas de Jesús contenía la frase ambigua «más que éstos», que ha sido interpretada de tres maneras: 1) «¿Me amas más de lo que amas a estos hombres?»; 2) «¿Me amas más que estas cosas [refiriéndose a las barcas, las redes y todo lo que involucraba una vida de pesca]?»; y 3) «¿Me amas más de lo que éstos me aman?». La última explicación es la más razonable. En la noche de la traición, Pedro dijo con jactancia: «Mi vida pondré por ti» (13.37). Había comparado su devoción con la de sus compañeros discípulos, diciendo: «Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré» (Mt 26.33). No obstante, esa noche, había sido incapaz de afirmar con hechos el valor físico que había afirmado con palabras. Cuando fue confrontado por los inquisidores, había negado públicamente a su Señor y Maestro. Si había de ser de alguna utilidad en el reino, no sólo tendría que ser restaurado por Jesús y reinstalado entre los discípulos, también necesitaría renovar su confianza.

El cuestionamiento de Jesús se relacionaba con un solo asunto, a saber: si Pedro amaba o no a Jesús. El amor por Jesús sería esencial para su

restauración y su ministerio. Las interpretaciones de estos versículos dependen de la distinción que se hace entre los dos verbos griegos más comunes para «amor»: ἀγαπάω (*agapaō*) y φιλέω (*phileō*). Las dos primeras veces que Jesús hizo la pregunta ¿me amas? (21.15, 16), usó el verbo *agapaō*. La tercera vez que Jesús hizo Su pregunta, usó *phileō*. Pedro respondió con **te amo** [*phileō*] las tres veces. Comúnmente se sostiene que *agapaō* denota un tipo de amor más elevado y más fuerte, mientras que *phileō*, denota un tipo de amor más bajo y débil. Basándose en este entendimiento, la idea es que Pedro no se atrevió a afirmar el amor más profundo por Jesús. En el mejor de los casos, afirmaría un amor más débil, un hecho al que Jesús llamó la atención en Su tercera pregunta cuando cambió a *phileō*, la misma palabra utilizada por Pedro. Aunque este contraste es de interés para algunos, la evidencia indica que no se puede mantener tal distinción. Lo anterior es cierto por varias razones.

En primer lugar, como señaló Bruce, eruditos griegos de distinción no comparten ningún consenso de opinión sobre el significado de los dos verbos. De acuerdo a B. F. Westcott, *agapaō*, la palabra utilizada por Jesús en Sus dos primeras preguntas, indicaba «ese amor superior [...] que había de ser la fuente de la vida cristiana», mientras que Pedro, al usar *phileō*, expresaba «sólo [...] el sentimiento de amor natural [...] del que podría estar seguro». Cuando en la tercera pregunta Jesús usó *phileō*, Pedro se entristeció porque Jesús parecía «plantear una duda de si podía afirmar con razón ese amor modificado que había profesado».<sup>1</sup> Por otro lado, Richard Chenevix Trench insistió: «En este momento, cuando todas las pulsaciones del corazón del ahora penitente apóstol están latiendo con un afecto apasionado para con su Señor, esta palabra [*agapaō*] en los labios de ese Señor suena demasiado fría». Trench creía que Pedro usó *phileō* para comunicar «la calidez de su afecto» y «un amor más personal», y triunfó cuando Jesús usó la misma palabra en Su tercera pregunta.<sup>2</sup> F. F. Bruce dijo:

Cuando dos de tan distinguidos eruditos griegos (ambos, además, inclinándose a presen-

tar argumentos desde los estándares del griego clásico) ven el significado de los sinónimos de manera tan diferente, podríamos preguntarnos si realmente se supone que veamos un significado tan distinto.<sup>3</sup>

En segundo lugar, no se hace distinción en la LXX entre los dos verbos. Ambos se utilizan indistintamente para una misma palabra hebrea. Por ejemplo, en Génesis 37.3 el amor de Jacob por José es expresado con *agapaō*, mientras que el siguiente versículo usa *phileō*. De manera similar, la forma sustantiva de ἀγάπη (*agapē*) ocurre para el amor sexual de Amnón por su hermana (2° S 13.15), mientras que la forma sustantiva φιλία (*philia*) se utiliza en las palabras de una ramera en Proverbios 7.18.

En tercer lugar, «tanto dentro como fuera de la literatura bíblica, *agapaō* era el término más utilizado para el amor en el griego tardío, expresando toda la gama de significados asociados con nuestra palabra amor».<sup>4</sup> Contrariamente a lo que algunos sostienen, el verbo no supone necesariamente un mayor o más fuerte sentido de amor. Se utilizó para expresar el desafortunado amor que Demas tuvo por «este mundo» (2ª Ti 4.10), así como el amor de los hombres por las tinieblas en lugar de la luz (3.19). El verbo se aplica no sólo al amor incestuoso de Amnón por Tamar (2° S 13.1, 4), sino también al amor insensato de Sansón por Dalila (Jue 16.4).

Cuarto, y quizás lo más importante para el presente análisis, es el hecho de que los dos verbos se utilizan indistintamente en todo el Evangelio de Juan. Varias veces se utiliza *agapaō* en la frase el «discípulo a quien Jesús amaba» (13.23; 19.26; 21.7, 20), mientras que *phileō* se utiliza para la misma expresión en 20.2. Ambos se utilizan para decir «el Padre ama al Hijo» (*agapaō* en 3.35; *phileō* en 5.20; vea comentarios sobre 3.35, 36; 5.20). Además, el amor que Jesús tenía por Lázaro es expresado con ambos verbos (*agapaō* en 11.5; *phileō* en 11.36).

Quinto, los versículos bajo análisis dan razones adicionales para tratar los dos verbos como sinónimos. 1) Jesús usó *agapaō* en 21.15, 16 y *phileō* en 21.17, sin embargo, Su pregunta en 21.17 fue

<sup>1</sup> B. F. Westcott, *The Gospel According to St. John (El Evangelio según San Juan)* (Cambridge: University Press, 1881; reimp., Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1950), 303.

<sup>2</sup> Richard Chenevix Trench, *Synonyms of the New Testament (Sinónimos del Nuevo Testamento)* (Marshallton, Del.: National Foundation for Christian Education, s.f.), 40.

<sup>3</sup> F. F. Bruce, *The Gospel of John (El Evangelio de Juan)* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1983), 405.

<sup>4</sup> James L. Gardner, «Simon, Do You Love Me? (John 21:15–17)» («Simón, me amas? [Juan 21.15–17]»), *Freed-Hardeman University Lectures (Conferencias de la Universidad Freed-Hardeman)* (2008): 140.

precedida por la declaración **Le dijo la tercera vez**. (La **segunda vez** fue en 21.16.) Esto «parece dejar claro que los verbos han de interpretarse como idénticos en significado, y para excluir la idea de que un *nuevo* pensamiento es introducido»<sup>5</sup> por el verbo *phileō*. 2) Además, la respuesta de Pedro a la pregunta de Jesús, «Sí, Señor» (21.16), no suena como una corrección. Esto desafía la idea de que Pedro no afirmarí un amor más elevado por Jesús y que sólo se comprometería a un amor más bajo o débil por Él. J. H. Bernard preguntó: «¿Por qué debería decir “Sí”, si quiere decir “No”?».<sup>6</sup> 3) La afición de Juan por las variaciones de palabras como una cuestión de estilo es evidente en otros pares de palabras en el pasaje bajo consideración, además de las dos palabras para «amor». Dos verbos, *βόσκω* (*boskō*) y *ποιμαίνω* (*poimainō*, se traducen como **Apacienta** y **Pastorea** en referencia a las ovejas; y tanto *ἀρνία* (*arnia*) como *πρόβατα* (*probata*) se consignan como **corderos** y **ovejas**. En 21.17, tanto *οἶδα* (*oida*) como *γινώσκω* (*ginōskō*) se traducen como «sabes». Aunque puede que existan ligeras variaciones de énfasis en estos pares, no hay diferencia real en significado; los términos podrían considerarse sinónimos. Puesto que este es el caso con estos pares de palabras, no parece haber ninguna razón para que las palabras para «amor» deban considerarse como más que sinónimos.

Pedro había negado a Jesús tres veces mientras Jesús estaba siendo enjuiciado (13.36–38; 18.15–18, 25–27), y la pregunta que le hizo Jesús antes de su restauración fue pronunciada tres veces. En Su cuestionamiento, Jesús no dijo nada sobre el fracaso de Pedro en la noche de la traición; era innecesario. Pedro se entristeció porque Jesús le preguntó tres veces si le amaba (21.17), y sin duda recordó las tres ocasiones en las que había negado a Jesús.

Lo importante en estos pasajes es que Pedro reafirmó su amor por Jesús. La única preocupación de Jesús en el contexto era si Pedro le amaba o no. La respuesta de Pedro no comparó su propia fuerza con la de sus compañeros discípulos. Su llamamiento se basaba exclusivamente en el conocimiento de Jesús: **Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo** (21.17). En honor a la verdad, Pedro había fracasado mucho con negar a Jesús, sin embargo, en esa ocasión declaró humildemente que

<sup>5</sup> J. H. Bernard, *A Critical and Exegetical Commentary on the Gospel According to St. John (Comentario crítico y exegetico del Evangelio según san Juan)*, The International Critical Commentary (Edinburgh: T. & T. Clark, 1928), 2:703.

<sup>6</sup> *Ibid.*, 2:704.

le amaba. Jesús aceptó su declaración y lo restauró al ministerio encargándole: **Apacienta mis ovejas**. Cuando llamó a Pedro para que dejara su medio de sustento y fuera un discípulo, Jesús le había dicho que sería un pescador de hombres (Mr 1.17; Lc 5.10). En esta conversación, Jesús amplió Su comisión para responsabilidades pastorales. Pedro emprendió esta tarea informalmente nutriendo a los demás y formalmente sirviendo como anciano en la iglesia (1ª P 5.1–4).

Algunos encuentran en el presente texto apoyo a la primacía de Pedro como el primer pontífice.<sup>7</sup> Martin K. Barrack declaró el alegato de la Iglesia Católica de la siguiente manera:

Jesús había dicho anteriormente [en Jn 10.11.] «Yo soy el buen pastor». Al dirigir que Pedro se convirtiera en el buen pastor, Jesús le dio a Pedro las llaves del reino, ordenando su oficio y primacía. Pedro se convirtió en el vicario de Cristo, o representante personal, en la tierra.<sup>8</sup>

La exégesis apropiada de 21.15–17, así como de Mateo 16.13–20, no muestra que Pedro ocupara una posición de supremacía sobre los demás. El propósito por el que Jesús dio «las llaves» a Pedro incluía la autoridad que dio a todos los apóstoles: la autoridad de darles a las personas el medio de entrada a la iglesia. Pedro fue sólo el primero en ejercer el uso de estas llaves. Su predicación abrió el reino a los judíos en Hechos 2 y luego a los gentiles en Hechos 10. Cada vez que los demás apóstoles predicaron el evangelio, ejercieron la misma autoridad que Pedro. Lo mismo no es menos cierto cuando el evangelio es predicado hoy en día. Si bien 21.15–17 describe la figura de un pastor que ejerce cierta autoridad, esa autoridad no se limitó a Pedro. Todos los pastores, no sólo Pedro, deben ejercer su autoridad dada por Dios (vea Hch 20.28; 1ª P 5.1–4). Nada en el registro de Juan sugiere alguna autoridad especial para Pedro. Aquellos que abogan por la primacía de Pedro basándose en Juan 21.15–17 no recuerdan que el pasaje se refería a la restauración de Pedro, no a su papado.

**Versículos 18, 19.** Después de haber restaurado a Pedro y haberle encargado que alimentara a Sus ovejas, Jesús siguió Su comisión con un anuncio. Presentó la declaración con el solemne pronun-

<sup>7</sup> Esta idea es refutada en David L. Lipe, «Was Peter the First Pope?» («¿Fue Pedro el Primer Papa?»), *Spiritual Sword* 36 (julio de 2005): 17–21.

<sup>8</sup> Martin K. Barrack, *Second Exodus (Segundo Éxodo)* (Houston: Magnificat Institute Press, 1999), 61.

ciamiento **De cierto, de cierto**. En una primera lectura, las palabras de la profecía de Jesús podrían interpretarse simplemente como en referencia a los desafíos de la vejez, cuando una persona ya no es capaz de vestirse a sí misma. Desde este punto de vista, se entiende que la frase **extenderás tus manos** «se refiere simplemente al anciano que extiende sus manos para que otros puedan ayudarle a ponerse sus ropas». <sup>9</sup> Sin embargo, 21.19 aclara que Jesús estaba refiriéndose a **qué muerte** moriría Pedro. La forma como murió Pedro la entendieron generalmente los primeros escritores cristianos como por crucifixión. Si bien Clemente de Roma (aprox. 96 d.C.) habló de la muerte de Pedro, no especificó cómo fue. <sup>10</sup> Tertuliano (aprox. 212 d.C.) fue en realidad el primero en decir, en referencia a 21.18, que a Pedro «[le] ceñirá otro», como Jesús había anunciando, siendo atado a la cruz. <sup>11</sup> Algunos han encontrado lo anterior improbable, basado en el orden de las cláusulas en el versículo 18. Si lo que se está insinuando es la crucifixión, entonces se esperaría que el ceñir tuviera lugar antes de la extensión de las manos. Sin embargo, otros han hecho notar que ocurría una extensión de las manos cuando el que iba a ser crucificado era atado al travesaño y luego era obligado a llevarlo sobre el cuello y los hombros, con los brazos atados al mismo, hasta el lugar de la crucifixión. Es evidente que Jesús estaba afirmando que Pedro sufriría la muerte de un mártir, y más específicamente que su martirio sería mediante crucifixión, el mismo tipo de muerte sufrida por Jesús mismo.

El versículo 19 explica que Jesús hizo Su anuncio para indicar **con qué muerte había de glorificar [Pedro] a Dios**. Sus palabras recordaron lo que le había dicho a Pedro en el aposento alto: «A donde yo voy, no me puedes seguir ahora; mas me seguirás después» (13.36). Pedro siguió a Jesús no sólo en el tipo de muerte que sufrió (vea 12.33; 18.32), sino también en llevar gloria a Dios con su muerte. El comentario de Jesús también fue muy similar a 12.23, 27, 28; 13.31, 32; y 17.1. Para cuando Juan escribió su relato del Evangelio, Pedro había cumplido el anuncio de Jesús sufriendo el martirio, lo que probablemente había ocurrido durante los últimos días del reinado de Nerón (aprox. 64–66 d.C.).

Las tradiciones dicen que Pedro pidió ser

<sup>9</sup> Bernard, 2:708.

<sup>10</sup> *1ª Clemente* 5.4.

<sup>11</sup> Tertuliano *Scorpiace* 15.

crucificado boca abajo porque se sentía indigno de morir como murió Jesús, <sup>12</sup> sin embargo, son generalmente consideradas como poco confiables por los eruditos. Pedro, como todos los cristianos que han puesto su vida por Jesús, glorificó a Dios en su muerte (vea 1ª P 4.16). Las últimas palabras de Jesús a Pedro: **Sígueme**, fueron las mismas palabras que había pronunciado a Felipe al llamarle para que se hiciera discípulo (vea 1.43).

Las palabras de Jesús fueron un recordatorio para Pedro de que ya no tenía razón para jactarse y que sólo debía hacer lo que era capaz de hacer, siguiendo a Jesús. Su uso del tiempo presente (*ἀκολουθεί*, *akolouthēi*) sugiere una acción continua: «Manténgase siguiéndome». Si bien Pedro no había seguido continuamente a Jesús en el pasado, Jesús se centró en el futuro de Pedro y lo desafió a perseverar en el discipulado hasta el día en que enfrentara la muerte por su Señor y Maestro.

### JESÚS Y EL DISCÍPULO AMADO (21.20–23)

<sup>20</sup>Volviéndose Pedro, vio que les seguía el discípulo a quien amaba Jesús, el mismo que en la cena se había recostado al lado de él, y le había dicho: Señor, ¿quién es el que te ha de entregar? <sup>21</sup>Cuando Pedro le vio, dijo a Jesús: Señor, ¿y qué de éste? <sup>22</sup>Jesús le dijo: Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti? Sígueme tú. <sup>23</sup>Este dicho se extendió entonces entre los hermanos, que aquel discípulo no moriría. Pero Jesús no le dijo que no moriría, sino: Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti?

**Versículos 20–22.** Si bien Jesús y Pedro probablemente estaban hablando en privado (vea comentarios sobre 21.15–17), puede que Juan y los demás discípulos hayan estado lo suficientemente cerca como para escucharlos. Parece que en el curso de la conversación entre Jesús y Pedro, la conversación se volvió aún más privada. Tal vez los dos caminaban a lo largo de la orilla mientras hablaban; no obstante, **les seguía el discípulo a quien amaba Jesús** (21.20). Su presencia fue mencionada en 21.7 con un fraseo similar. La descripción de este discípulo que se da aquí es casi idéntica, sin

<sup>12</sup> *Acts of Peter and Paul (Hechos de Pedro y Pablo)* (*Ante-Nicene Fathers: The Writings of the Fathers Down to A.D. 325 [Los padres prenicenos: Los escritos de los padres hasta el 325 d.C.]*, ed. Alexander Roberts y James Donaldson [S.L.: Christian Literature Publishing Co., 1886; reimp., Peabody, Mass.: Hendrickson Publishers, 1994], 8:484).

embargo, más completa que la que se encuentra en 13.25. Fue **el mismo que en la cena se había recostado al lado de Jesús** durante la cena en el aposento alto. Esta detallada descripción le recuerda al lector la relación especial que existía entre el discípulo y Jesús, así como la relación especial entre el discípulo y Pedro. La cercanía de Juan con Jesús ayuda a autenticar el relato del Evangelio, y su asociación con Pedro hace que la pregunta de Pedro sea más comprensible.

Pedro tal vez se envalentonó puesto que había sido restaurado y comisionado como siervo de Jesús. Al ver al discípulo amado siguiéndoles, preguntó: **Señor, ¿y qué de éste?** (21.21). En el texto griego, la pregunta constituye una elipsis, careciendo de un verbo. Literalmente, se consigna: «Y este hombre, ¿qué?». Es sólo en el siguiente versículo que se revela que Pedro estaba preguntando sobre el destino de su compañero discípulo. Era natural que Pedro, después de enterarse de su propio destino, preguntara sobre el de su amigo cercano. La respuesta de Jesús fue corta tanto en palabras como en tono, y son las últimas palabras de Jesús registradas en este relato del Evangelio: **Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti? Sígueme tú** (21.22). Jesús le dejó claro a Pedro que el estado del otro discípulo en la vida no era algo por lo que debía preocuparse. Sea que el discípulo amado sufriera la muerte de un mártir, como le sucedería a Pedro, o permaneciera vivo hasta el regreso de Jesús, no era asunto de Pedro. Sólo una cosa importaría en los días y años venideros, y fue resumido en el mandamiento enfático «Sígueme tú».

**Versículo 23.** El verbo en la frase de Jesús, **se extendió** [de ἐξέρχομαι, *exerchomai*] **entonces entre los hermanos**, se utiliza en Hechos a veces para referirse a la actividad de los primeros cristianos. Basándose en la declaración de Jesús a Pedro, surgió la idea equivocada en la iglesia primitiva de que el discípulo amado nunca moriría. Algunos creían que viviría hasta el momento del regreso de Jesús. Tras la muerte del discípulo amado, los enemigos de la fe se burlaron de la idea de la segunda venida de Jesús. Por esta razón, Juan revisó lo que Jesús había dicho, así como lo que no había dicho. Jesús no había hecho ninguna promesa de que el **discípulo amado no moriría**; sin embargo, había comentado: **Si quiero que él quede** [...]. Algunos han llegado a la conclusión de que el discípulo amado había muerto para cuando se escribió 21.23, y que fue su muerte lo que llevó a

la necesidad de incluir el capítulo 21. Este punto de vista tiene que suponer obviamente que Juan (el discípulo amado) no escribió el capítulo 21, lo cual es cuestionable. Además, si Juan había muerto, los cristianos no habrían seguido pensando que jamás moriría. Por el contrario, Leon Morris concluyó: «El hecho de que se pida una explicación muestra que el Discípulo Amado seguía vivo, aunque posiblemente bastante viejo».<sup>13</sup>

## APLICACIÓN

### «El discípulo a quien amaba Jesús» (21.20)

Al final de su relato del Evangelio, Juan registró otra aparición de Jesús después de Su resurrección. Fue la tercera aparición de Jesús a Sus apóstoles (vea 20.19–25, 26–29).

Siete de los apóstoles, dirigidos por Pedro, habían decidido ir a pescar. Después de pescar toda la noche en una barca en el mar de Galilea, no habían capturado nada. Jesús apareció a la mañana siguiente, de pie en la playa a casi cien metros de distancia. Llamó y les preguntó si habían pescado algo. Cuando dijeron que no, Él les dijo que lanzaran su red a la derecha de la barca. Hicieron lo que dijo y capturaron un número tan grande de peces que no pudieron sacar la red del agua y meterla en la barca. En ese momento, se dieron cuenta de que el Hombre en la orilla era Jesús. Pedro saltó al agua y nadó hasta la orilla; los demás trajeron la barca, tirando de la red llena de peces. Una vez en la orilla, descubrieron que Jesús ya había encendido un fuego; y los invitó a desayunar con Él.

Después del desayuno, Jesús le habló directamente a Pedro, preguntándole: «¿me amas...?». Pedro dijo que sí, y Jesús dijo: «Apacienta mis corderos». Repitió la pregunta y Pedro respondió de la misma manera. Jesús dijo: «Pastorea mis ovejas». Lo mismo sucedió una tercera vez, y Jesús dijo: «Apacienta mis ovejas» (21.17). Nuestro enfoque principal en esta lección será en la conversación que siguió, entre Jesús y Pedro:

De cierto, de cierto te digo: Cuando eras más joven, te ceñías, e ibas a donde querías; mas cuando ya seas viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará a donde no quieras. Esto dijo, dando a entender con qué muerte

<sup>13</sup> Leon Morris, *The Gospel according to John (El Evangelio según Juan)*, rev. ed., The New International Commentary on the New Testament (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1995), 775.



había de glorificar a Dios. Y dicho esto, añadió: Sígueme.

Volviéndose Pedro, vio que les seguía el discípulo a quien amaba Jesús, el mismo que en la cena se había recostado al lado de él, y le había dicho: Señor, ¿quién es el que te ha de entregar? Cuando Pedro le vio, dijo a Jesús: Señor, ¿y qué de éste? Jesús le dijo: Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti? Sígueme tú (21.18–22).

Volvamos a mirar las palabras de 21.20: «Volviéndose Pedro, vio que les seguía el discípulo a quien amaba Jesús, el mismo que en la cena se había recostado al lado de él». No cabe duda de que «el discípulo a quien Jesús amaba» era el autor del presente relato del Evangelio, el apóstol Juan. En lugar de llamarse a sí mismo por su nombre, cinco veces en el libro, Juan se refirió a sí mismo como «el discípulo a quien Jesús amaba».<sup>14</sup> Esa expresión nos dice que Juan tuvo una relación especial con Jesús. Jesús amó a todos, sin embargo, amaba al apóstol Juan de una manera especial. ¿Por qué? Tal vez considerando los cinco pasajes donde Juan es llamado «el discípulo a quien Jesús amaba» (13.23; 19.26; 20.2; 21.7, 20), podemos nosotros descubrir las características de Juan que hicieron que Jesús le amara de esa manera especial, para tener esa relación especial con él. Si es así, entonces podemos aprender cómo podemos también tener esa relación con nuestro Señor.

Al estudiar el Evangelio de Juan, hemos pasado la mayor parte de nuestro tiempo mirando a Jesús a través de los ojos de Juan; en la presente lección, queremos mirar a Juan a través de los ojos de Jesús y ver lo que Jesús vio que hizo especial a Juan.

*Un intercesor dispuesto.* La primera referencia de Juan a sí mismo como discípulo a quien Jesús amaba está en 13.21–26:

... Jesús [...] se conmovió en espíritu, y declaró y dijo: De cierto, de cierto os digo, que uno de vosotros me va a entregar. Entonces los discípulos se miraban unos a otros, dudando de quién hablaba. Y uno de sus discípulos, al cual Jesús amaba, estaba recostado al lado de Jesús. A éste, pues, hizo señas Simón Pedro, para que preguntase quién era aquel de quien hablaba. Él entonces, recostado cerca del pecho

<sup>14</sup> Juan también se identificó sin usar la frase «el discípulo a quien Jesús amaba» en varios lugares. Probablemente, fue uno de los discípulos de los que se habló en Juan 1.35–40, y es probable que sea «el otro discípulo» con Pedro en 18.15, 16. Juan dio testimonio de manera personal en cuanto a la sangre y el agua que brotaron del costado de Jesús después de morir (19.34, 35). Juan se refirió de nuevo a sí mismo en 21.24, 25, como testigo de las obras de Jesús.

de Jesús, le dijo: Señor, ¿quién es? Respondió Jesús: A quien yo diere el pan mojado, aquél es. Y mojado el pan, lo dio a Judas Iscariote hijo de Simón.

Para entender lo que sucedió en esta ocasión, tenemos que imaginar a Jesús y a los discípulos en la última cena. Habrían estado sobre cojines alrededor de una mesa baja, cada uno apoyándose sobre un codo y comiendo de un plato compartido con su mano libre.

Juan estaba reclinado al lado y algo delante de Jesús. Pedro le pidió que le hiciera una pregunta a Jesús. Juan se habría inclinado hacia atrás en dirección a Jesús para hablarle. Jesús respondió a la pregunta de Juan dando un bocado de pan a Judas. Aparentemente, los demás apóstoles no escucharon lo que Jesús dijo. Tampoco comprendieron el significado de Judas abandonando la cena inmediatamente después (vea 13.29).

En cuanto a la proximidad física, Juan estaba aparentemente más cerca de Jesús en esta ocasión, un hecho que simbolizaba su estrecha relación con el Maestro. Pedro reconoció esa estrecha relación pidiéndole a Juan que hiciera una pregunta a Jesús por él. Juan accedió con gusto hacerlo. Estaba cerca de Jesús y a la vez dispuesto a interceder por otros que no estaban tan cerca del Señor.

Es ciertamente significativo que Juan se refirió a sí mismo como «el discípulo a quien Jesús amaba» sólo en la última parte de su relato del Evangelio, de hecho, sólo al hablar de la última semana de la vida de Jesús y de Sus apariciones después de la resurrección. Antes, en el ministerio de Jesús, tal descripción podría no haber sido tan apropiada.

Juan, su hermano Jacobo y otros dos hermanos, Pedro y Andrés, eran pescadores en Galilea cuando Jesús los llamó a estar entre Sus apóstoles (Mt 4.18–22; Mr 1.16–20; Lc 5.10, 11).<sup>15</sup> Al principio de Su ministerio de tres años, Jesús apodó a Jacobo y Juan «Boanerges», o «Hijos del trueno» (Mr 3.17). Parece probable que el apodo tuviera algo que ver con el temperamento de ellos. En al menos dos ocasiones, parecían ser temperamentales y dispuestos a condenar a los demás. Una vez vieron a un hombre echando fuera demonios en el nombre de Jesús que no era del grupo de ellos, y

<sup>15</sup> Puede que Juan haya sido uno de los dos discípulos de Juan el Bautista que se mencionan en Juan 1.35–40. Estos dos comenzaron a seguir a Jesús cuando oyeron a Juan decir de él: «He aquí, el Cordero de Dios» (1.36). Las listas de los apóstoles que incluyen el nombre de Juan se encuentran en Mateo 10.2–4; Marcos 3.16–19; Lucas 6.13–16; Hechos 1.13.

trataron de impedirselo. Jesús los reprendió y les dijo: «el que no es contra nosotros, por nosotros es» (Lc 9.49, 50). Cuando un pueblo de Samaria no recibió a Jesús, le preguntaron a Jesús si quería que hicieran bajar fuego del cielo para consumir a los aldeanos. Jesús volvió a mostrar Su desaprobación de la actitud de ellos diciendo: «el Hijo del Hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarla» (Lc 9.52–56). Estos incidentes parecen sugerir que Jacobo y Juan merecían su apodo.

No obstante, tal vez no deberíamos ser demasiado duros con estos dos «Hijos del trueno». Después de todo, fue el amor por el Señor y el celo por Su causa lo que los motivó en ambos casos. El problema era que actuaban o hablaban por impulso, sin pensar. Como resultado, su celo superaba su sabiduría; su preocupación por la causa de Cristo los cegaba a su necesidad de compasión hacia las personas.

¿Qué les pasó a esos «Hijos del trueno»? Uno de ellos, Juan, se convirtió en el apóstol a quien Jesús amaba y, finalmente, el apóstol del amor (vea 1ª Jn 4.7–21). ¿Qué cambió a Juan? Asociarse con Jesús y escuchar Sus enseñanzas. Podemos creer que, después de casi tres años de seguir a Cristo, Juan se volvió más sabio, más moderado y más misericordioso. Jesús lo había transformado. Consecuentemente, se convirtió en «el discípulo a quien Jesús amaba».

Si lo que deseamos es llegar a ser como Juan, necesitamos estar cerca de Cristo. Para hacerlo, debemos leer de Él, estudiar acerca de Él y aprender acerca de Él. Debemos siempre tratar de imitarle en nuestro diario vivir. Si nos asociamos estrechamente con Él a diario, Jesús puede transformarnos así como transformó a los «Hijos del trueno». Nosotros también, como discípulos que son amados por el Señor, podemos llegar a ser personas que verdaderamente aman a los demás. Además, si estamos cerca de Jesús, tenemos que estar dispuestos a apelar a Él por otros. Santiago, el hermano de Jesús, nos dijo: «orad unos por otros» (Stg 5.16).

*Un amigo de confianza.* La segunda vez que Juan habló de sí mismo como «el discípulo a quien [Jesús] amaba» se registra en 19.25–27:

Estaban junto a la cruz de Jesús su madre, y la hermana de su madre, María mujer de Cleofas, y María Magdalena. Cuando vio Jesús a su madre, y al discípulo a quien él amaba, que estaba presente, dijo a su madre: Mujer, he

ahí tu hijo. Después dijo al discípulo: He ahí tu madre. Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa.

Desde la cruz, Jesús confió el cuidado de Su madre a Su amado discípulo Juan. Juan aceptó la asignación de su Maestro; a partir de ese momento, llevó a la madre de Jesús, María, a su casa y la cuidó como si fuera su propia madre.

¿Qué vio Jesús en Juan que lo impulsó a elegir a Juan como el único discípulo con esa responsabilidad especial? ¡Lo más importante, sin duda, es el hecho de que Juan estuvo allí! Estuvo en la cruz, junto con las mujeres que nombró en este texto. Aparentemente, ningún otro apóstol estuvo allí. Tal vez ese hecho sugiera que, así como Jesús amó a Sus discípulos «hasta el fin» (13.1), Juan le siguió «hasta el fin» (vea 18.15, 16<sup>16</sup>). De ser así, Juan manifestó su lealtad de una manera que podría haber movido a Jesús a poner a Su madre al cuidado de Juan.

En cualquier caso, sabemos que Jesús vio en Juan a un discípulo leal y digno de confianza. Nos recuerda a un amigo o pariente fiel, uno en el que sabemos que podemos confiar que cumplirá sus promesas y satisfará nuestras necesidades, sean cuales sean.

Para llegar a ser seguidores de Cristo y tener una relación especial con Él como la tuvo Juan, también necesitamos llegar a ser Sus discípulos y amigos fieles y en quienes se puede confiar. ¿Hemos demostrado ser dignos de confianza llevando a cabo fielmente las tareas que Cristo nos ha dado para hacer? ¿Hemos mostrado nuestra lealtad siguiéndole dondequiera que nos lleve nuestro servicio a Él? ¿Estamos dispuestos a abogar por Él aun cuando las circunstancias sean difíciles? ¿Aceptaremos las responsabilidades que nos da? ¿Puede Él confiar en que haremos lo que nos ha dicho que hagamos (15.14)?

*Un aprendiz rápido.* En Juan 20, encontramos la tercera vez que el apóstol se refirió a sí mismo como el «discípulo a quien Jesús amaba». María Magdalena había ido al sepulcro y lo había encontrado vacío. Perturbada por ese hecho, corrió a contarles a los discípulos de Jesús. El texto dice:

Entonces corrió, y fue a Simón Pedro y al otro discípulo, aquel al que amaba Jesús, y les

---

<sup>16</sup> Además de Pedro, se cree que Juan es el otro discípulo que había seguido a Jesús después de Su arresto. Por ser conocido por el sumo sacerdote, este discípulo había podido entrar en su patio.

dijo: Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde le han puesto. Y salieron Pedro y el otro discípulo, y fueron al sepulcro. Corrían los dos juntos; pero el otro discípulo corrió más aprisa que Pedro, y llegó primero al sepulcro. Y bajándose a mirar, vio los lienzos puestos allí, pero no entró. Luego llegó Simón Pedro tras él, y entró en el sepulcro, y vio los lienzos puestos allí, y el sudario, que había estado sobre la cabeza de Jesús, no puesto con los lienzos, sino enrollado en un lugar aparte. Entonces entró también el otro discípulo, que había venido primero al sepulcro; y vio, y creyó (20.2–8).

El pasaje anterior revela algunas características interesantes de Pedro y Juan. Sugiere que Juan fue un aprendiz rápido, de dos maneras. Literalmente, fue un discípulo de pies ligeros; era más rápido que Pedro. Si bien Pedro podría haber sido el apóstol más fuerte,<sup>17</sup> Juan podía correr más rápido. Puede que Pedro también haya sido más asertivo, más audaz y más dispuesto a correr riesgos que Juan. Se nos dice que entró en el sepulcro antes que Juan, a pesar de que Juan llegó allí primero.<sup>18</sup>

En otro sentido, Juan aprendía rápido porque estaba ansioso por decir la verdad sobre el informe de que el sepulcro estaba vacío. Corrió al sepulcro y se agachó para mirar dentro. Además, cuando entró en el sepulcro, «vio, y creyó» (20.8). Inmediatamente evaluó y comprendió la evidencia de que Cristo había resucitado. Este relato del Evangelio nos dice que Juan fue el primero de los apóstoles en creer que Jesús había resucitado de entre los muertos.

¡No es de extrañar que Jesús lo amaba! Como discípulo, puede que haya sido menos autoritario que Pedro, menos líder que Pedro; sin embargo, se apresuraba a aprender y quería saber la verdad. Sobre todo, estaba dispuesto a aceptar y creer la verdad cuando había visto la evidencia.

En esos aspectos, tenemos que ser como Juan. Puede que no seamos tan rápidos de aprender como él, sin embargo, podemos estar tan ansiosos de aprender como él. Debemos desear saber la verdad tanto que, en efecto, estaríamos dispuestos a correr para aprenderla. Tenemos que desear saber la verdad tanto que estemos dispuestos a correr riesgos para obtenerla. Es arriesgado exponerse

<sup>17</sup> En el siguiente capítulo, Pedro fue fundamental para tirar de una red llena de 153 peces grandes (21.11). También parece haber sido un nadador fuerte, ya que nadó casi cien metros desde el barco en el mar de Galilea hasta la orilla (21.7, 8).

<sup>18</sup> Del mismo modo, Pedro tomó la iniciativa en el viaje de pesca descrito en Juan 21.2, 3.

a nuevos conocimientos. Para ello, tenemos que admitir que estamos desinformados. Podríamos descubrir que nuestra forma de pensar ha estado equivocada durante muchos años. Quien desee aprender está dispuesto a correr ese riesgo. Para ser discípulos como Juan —que ama a Jesús como nosotros somos amados por Él— tenemos que estar ansiosos por aprender la verdad.

*Un observador cuidadoso.* La siguiente vez que Juan se refirió a sí mismo como el discípulo a quien Jesús amaba se encuentra en el capítulo 21. Allí leemos que siete discípulos, dirigidos por Pedro, fueron a pescar. Pescaron toda la noche, sin embargo, no atraparon nada. Por la mañana, Jesús apareció y les dijo que lanzaran su red a la derecha de la barca. Cuando lo hicieron, capturaron una «gran cantidad de peces» (21.6). Entonces leemos: «Entonces aquel discípulo a quien Jesús amaba dijo a Pedro: ¡Es el Señor!» (21.7). Pedro saltó al agua y nadó «doscientos codos» hasta la playa (21.8). Juan y los demás discípulos llevaron la barca y los peces a la orilla.

Tal vez sea significativo que Juan fue el primero de los discípulos en reconocer a Jesús. Tal vez sabía que era Jesús de pie en la orilla porque podía ver mejor; sería difícil reconocer a un individuo desde casi cien metros de distancia. Lo más probable es que estuviera tan familiarizado con Jesús que el sonido de la voz de Jesús y el resultado del consejo de Jesús le llevaron a la certera conclusión que le anunció a Pedro: «Es el Señor». Su relación especial con Jesús le permitió reconocer al Señor en circunstancias inusuales, aun cuando no esperaba que el Señor estuviera presente.

El anuncio de Juan sugiere una lección para nosotros: Si estamos cerca de Cristo, si tenemos una relación especial con Él, entonces es más probable que podamos ver Su participación en nuestro diario vivir que de otra manera no podríamos. Cuando nuestras vidas tomen giros inesperados, aún podríamos ver al Señor, por así decirlo, de pie en la orilla, corrigiendo y dirigiendo nuestra vida. El Señor siempre ha trabajado providencialmente en la vida de Su pueblo. Si amamos al Señor y dejamos que Él nos ame como amó a Juan, podemos creer que todo lo que nos suceda de alguna manera nos ayudará para bien (vea Ro 8.28).

*Un seguidor perseverante.* Finalmente, volvemos a la conversación de Jesús con Pedro en 21.18–22. Después de desayunar con Sus discípulos, Jesús confrontó a Pedro y pidió tres veces que el apóstol confesara su amor por Él. Después de eso, Jesús

anunció que Pedro algún día sufriría la muerte de un mártir.

Entonces leemos: «Volviéndose Pedro, vio que les seguía el discípulo a quien amaba Jesús» (21.20). Cuando Pedro preguntó: «Señor, ¿y qué de éste? Jesús le dijo: Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti? Sígueme tú» (21.21, 22). En efecto, Jesús le estaba diciendo a Pedro que no se preocupara por el futuro de Juan. Dijo que si Él le permitía a Juan permanecer vivo hasta Su regreso, eso no tendría nada que ver con Pedro. Al escribir este relato de la conversación, Juan señaló que Jesús no había prometido que el apóstol viviría hasta la segunda venida de Cristo.

¿Cuál era la importancia de esta referencia a Juan como «el discípulo a quien Jesús amaba»? A pesar de que parece que Jesús estaba teniendo una conversación privada con Pedro, Juan no estaba lejos. En algún momento, «Volviéndose Pedro, vio que les seguía el discípulo a quien amaba Jesús» (21.20). «Sígueme tú», le dijo Jesús a Pedro en 21.22; sin embargo, Juan ya lo estaba siguiendo.

Juan estaba siguiendo fielmente a Jesús en ese momento, y continuó siguiendo fielmente a Jesús. Fue uno de los apóstoles, y se convirtió en uno de los líderes de la iglesia primitiva. Además, fue el autor no sólo del Evangelio de Juan, sino también de las tres Epístolas de Juan y del Libro de Apocalipsis. Lo último que leemos sobre él en el Nuevo Testamento es que fue prisionero de Cristo en la isla de Patmos; sin embargo, la tradición dice que eventualmente tuvo una muerte natural a una edad avanzada, un fiel seguidor hasta el final, uno que perseveró. Una vez más, podemos ver por qué fue tan amado por Jesús.

Para que podamos ser el tipo de discípulo que fue Juan, debemos seguir fielmente a Jesús hasta el fin. Son los fieles «hasta la muerte» los que recibirán la corona de la vida (Ap 2.10).

*Conclusión.* Juan era «el discípulo a quien Jesús amaba», un compañero cercano y un intercesor dispuesto; un amigo digno de confianza; un alumno rápido, ansioso por conocer la verdad y dispuesto a creerla; alguien capaz de ver a Jesús en circunstancias difíciles; y Su seguidor constante y perseverante.

Juan, por supuesto, no era perfecto. Al menos al principio del ministerio de Jesús, merecía ser conocido como uno de los «Hijos del trueno» (Mr 3.17). Más tarde, a pesar de que él (junto con Pedro y Jacobo) fue uno de los del círculo especial de Jesús de tres discípulos cercanos, él y los demás

le fallaron a Jesús. Mientras Jesús oraba en Getsemaní, se durmieron, demasiado cansados para permanecer despiertos para consolar y alentar a su atribulado Maestro. Sin embargo, al igual que Pedro, fue convertido por la resurrección de Jesús. Fue uno de los que eligieron, junto con Pedro, «obedecer a Dios antes que a los hombres» (Hch 5.29), para seguir predicando a Cristo a pesar de que su vida fue amenazada por hacerlo.

La transformación de Juan debería alentarnos a todos. Todos somos débiles. Podríamos fracasar; podríamos caer. Sin embargo, si lo hacemos, podemos regresar y ser reinstalados y volver a ser el tipo de discípulo que Juan era: un «discípulo a quien Jesús amaba».

Coy Roper

---

(Viene de la página 19)

con el capítulo 6. Sin embargo, la relación dista mucho de ser establecida (vea comentarios sobre 6.10, 11, 51, 53, 54). En el arte cristiano primitivo, se muestran peces junto con el pan en relación con la Cena; sin embargo, fue pan y el fruto de la vida lo que Jesús dio para representar Su cuerpo y Su sangre, no pan y pescado (Mt 26.26–29). Además, nada en el texto indica que los discípulos entendieran la comida ofrecida por Jesús de alguna manera simbólica.

**Versículo 14.** La declaración **Esta era ya la tercera vez que Jesús se manifestaba a sus discípulos** debe entenderse como una referencia exclusiva a los Doce, pero no a todos ellos. Judas había muerto, Tomás estuvo ausente en una ocasión, y esta comida incluía sólo a siete discípulos. (La aparición de Jesús a María Magdalena no se cuenta porque no fue una aparición «a sus discípulos».) La primera aparición, registrada en 20.19–23, fue el día de Su resurrección. La segunda, registrada en 20.24–29, fue una semana después, cuando Tomás estuvo presente. Por lo tanto, esta era «la tercera» vez. Es prácticamente imposible organizar todas las apariciones después de la resurrección en el Nuevo Testamento en orden cronológico, sin embargo, la secuencia de estas tres es clara.

La importante verdad es que «Jesús se [manifestó] a sus discípulos». El verbo ἐφανερώθη (*ephanerōthē*, «se manifestó») es una forma pasiva del mismo verbo en 21.1. Hace hincapié en una revelación concreta de la identidad de Jesús y es una palabra mucho más fuerte que la palabra «aparecido» más común (ὄφθη, *ōphthē*), que ocurre en Lucas 24.34; Hechos 13.31 y 1ª Corintios 15.5–8.

---

# La confirmación que hace Juan de su relato del Evangelio

(21.24, 25)

**<sup>24</sup>Este es el discípulo que da testimonio de estas cosas, y escribió estas cosas; y sabemos que su testimonio es verdadero.**

**<sup>25</sup>Y hay también otras muchas cosas que hizo Jesús, las cuales si se escribieran una por una, pienso que ni aun en el mundo cabrían los libros que se habrían de escribir. Amén.**

**Versículo 24.** Algunos eruditos consideran que 21.24, 25 es parte integral del relato del Evangelio, mientras que otros no. A primera vista, estos dos últimos versículos parecen ser un apéndice que fue añadido más tarde, después de que el testigo había muerto, de una fuente con poca relación con el Evangelio de Juan en su conjunto. Otros, como D. A. Carson,<sup>1</sup> han sostenido que los dos versículos finales de Juan, especialmente 21.24, deben leerse en contexto y no de forma aislada. Este versículo es parte importante de la respuesta a la pregunta de Pedro en 21.21: «Señor, ¿y qué de este?». Todos los discípulos estaban bajo la comisión de 20.21, sin embargo, se hicieron algunas distinciones. Pedro tendría una función importante cuidando del rebaño de Dios y glorificando a Dios en su martirio. El discípulo amado, al permanecer vivo en lugar de sufrir el martirio como lo haría Pedro, había de servir siguiendo a Jesús a lo largo de su vida y siendo **el discípulo que da testimonio de estas cosas, y escribió estas cosas**. El versículo 20 establece que este discípulo fue el discípulo amado que apareció a lo largo del libro. El versículo 24, entonces, debe leerse en relación con los versículos 20 al 23. Del mismo modo, «estas cosas» (ταῦτα, *tauta*), de las que el discípulo dio testimonio, incluían más que el contenido del capítulo 21. El discípulo amado no sólo había participado como testigo ocular en las acciones del capítulo 21, sino que también había participado en los acontecimientos descritos en los capítulos anteriores. Si pudo ser testigo de

---

<sup>1</sup>D. A. Carson, *The Gospel According to John (El Evangelio según Juan)*, The Pillar New Testament Commentary (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1991), 683.

la conversación registrada en 21.20–23, entonces es razonable que también diera testimonio de las demás escenas en las que apareció.

Si el discípulo amado era el que estaba «[dando] testimonio de estas cosas», queda la duda en cuanto al significado de «escribió estas cosas». El debate depende de si se entiende el significado del autor como 1) «escribir» o 2) «hacer escribir», es decir, emplear un amanuense, o escriba. Por ejemplo, J. H. Bernard dijo que la declaración en 19.19 que dice «Escribió también Pilato un título, que puso sobre la cruz» quiere decir que «Pilato fue responsable de la redacción» de la inscripción en la cruz, no que efectivamente escribiera las palabras él mismo.<sup>2</sup> De manera similar, el discípulo fue el testigo que hizo que se escribiera el relato del Evangelio, pero tal vez no lo escribió él mismo. Incluso si el discípulo amado empleó un amanuense para la escritura, él seguía siendo el autor. Del mismo modo, Pablo escribió con atrevimiento a los romanos (Ro 15.15), con Tercio como su escriba (Ro 16.22).

El uso de un amanuense no constituiría evidencia de que 21.24, 25 fuera un apéndice añadido a un testimonio anterior, tal vez después de la muerte del discípulo. «El significado más natural de estas palabras, y por lo tanto el significado a ser adoptado a menos que se presenten razones muy fuertes en su contra, es que el discípulo mismo no sólo dio testimonio, sino que también escribió ταῦτα [“estas cosas”]». <sup>3</sup> Si es cierto que el discípulo amado fue el apóstol Juan y que el que escribió estas cosas fue el discípulo amado (21.20, 24), entonces el autor del relato del Evangelio fue el mismo apóstol Juan.

No podemos determinar con certeza la identidad de la persona o personas que agregaron: ... y

---

<sup>2</sup>J. H. Bernard, *A Critical and Exegetical Commentary on the Gospel According to St. John (Comentario crítico y exegético del Evangelio según san Juan)*, The International Critical Commentary (Edinburgh: T. & T. Clark, 1928), 2:713.

<sup>3</sup>C. K. Barrett, *The Gospel According to St. John (El Evangelio según San Juan)*, 2ª ed. (Philadelphia: Westminster Press, 1978), 587.

**sabemos que su testimonio es verdadero.** Las diversas interpretaciones se resumen a continuación:

1. El sujeto de «sabemos» podría estar refiriéndose a aquellos con quienes el discípulo amado estuvo estrechamente asociado. George R. Beasley-Murray enumeró como una posibilidad el hecho de que incluía «al escritor y otros estrechamente vinculados a él».<sup>4</sup> B. F. Westcott creía que el sujeto de «sabemos» se refería a los ancianos de Éfeso porque agregaron esta sección al libro.<sup>5</sup> La opinión de Rudolf Bultmann era que el sujeto de «sabemos» representaba a los de la congregación a la que pertenecía Juan.<sup>6</sup> Este punto de vista, en todas sus variaciones, entiende el sujeto de «sabemos» con toda su fuerza, reconociendo que otros además del discípulo amado dieron testimonio de la autenticidad del Evangelio. C. K. Barrett dijo: «El sujeto de “sabemos” debe tomarse con toda seriedad; existe una iglesia apostólica cuya existencia misma es la confirmación y afirmación del testimonio apostólico».<sup>7</sup> Sin embargo, este punto de vista es inaceptable. ¿Cómo podrían otras personas de la iglesia haber conocido los detalles registrados por un testigo ocular o dar testimonio en representación de un apóstol?

2. Algunos eruditos han sostenido que «sabemos» es una palabra indefinida, al igual que la expresión «como es bien sabido». Es decir, la verdad del testimonio de Juan era considerada una cuestión de conocimiento común. Aunque es posible, según Carson, «es una expresión extremadamente extraña para un autor utilizar en justificación de su *propia* veracidad».<sup>8</sup>

3. La forma como se conjuga «sabemos» podría utilizarse como un «nosotros» editorial, refiriéndose al autor mismo, como lo hizo en otra parte de este relato del Evangelio (1.14) y en otras partes del Nuevo Testamento, asumiendo que él escribió las Epístolas de Juan (vea 1ª Jn 1.2, 4-7; 3ª Jn 12). Cualquiera que sostenga que esta era una manera extraña para que el autor atestiguara su propio tes-

timonio debe considerar que Pablo, al describir sus visiones y revelaciones en el Señor, dijo: «Conozco a un hombre en Cristo» (2ª Co 12.2). Usó la tercera persona en 2ª Corintios 12.3-5, sin embargo, usó la primera persona en el mismo contexto. De manera similar, Juan combinó su uso del singular en tercera persona («aquel discípulo»; 21.23), plural en primera persona («sabemos»; 21.24) y singular en primera persona («pienso»; 21.25).

**Versículo 25.** Después de su «sabemos» editorial, Juan hizo una referencia a sí mismo con **pienso**. Ir de «sabemos» a «pienso» es simplemente un dispositivo estilístico empleado por el discípulo, una característica prominente en 1ª Juan. El epílogo del relato del Evangelio llega a una conclusión formal con palabras similares (sin embargo, más inclusivas que) la declaración de propósito del autor en 20.30, 31. Mientras que 20.30 menciona muchas otras señales que hizo Jesús y que no fueron registradas por el discípulo, 21.25 dice: **Y hay también otras muchas cosas que hizo Jesús.** Las «muchas otras cosas que hizo Jesús» eran tan numerosas que, si todas pudieran ser escritas, **ni aun en el mundo cabrían [χωρέω, *chōreō*] los libros que se habrían de escribir.** El discípulo amado, por medio del tipo de hipérbole a menudo utilizado por los escritores antiguos, llamó a la atención de sus lectores de que mucho más podía haber sido escrito sobre Jesús de lo que había registrado en este relato del Evangelio.

En el Prólogo de Juan, el escritor del Evangelio hizo hincapié en la Persona de Jesús y expuso la tesis de que el Verbo se había hecho carne y había revelado al Padre para que las personas pudieran llegar a ser hijos de Dios por la fe. En el epílogo, acentuó las obras de Jesús y enfatizó que, si bien se podía saber mucho acerca de esas obras, el conocimiento todavía sería muy limitado. La grandeza de la revelación de Dios por medio del Verbo (Jesús) es aún mayor que «el mundo» creado por Él (vea 1.10). En el Prólogo, el discípulo dijo: «(y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad» (1.14). Se refirió al relato de Jesús de tal manera que, así como él y sus compañeros vieron la gloria de Jesús, los lectores del relato en cualquier época pueden ver esa misma gloria. La gloria de Jesús se mostró principalmente en Su sufrimiento, muerte, resurrección y exaltación a Su Padre. El Hijo logró todo lo que el Padre le había enviado hacer para que las personas hoy pudieran llegar a ser y vivir como discípulos a quien Jesús ama.

<sup>4</sup> George R. Beasley-Murray, *John (Juan)*, Word Biblical Commentary, vol. 36 (Waco, Tex.: Word Books, 1987), 413.

<sup>5</sup> B. F. Westcott, *The Gospel According to St. John (El Evangelio según San Juan)* (Cambridge: University Press, 1881; reimp., Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1950), 306.

<sup>6</sup> Rudolf Bultmann, *The Gospel of John: A Commentary (El Evangelio de Juan: un comentario)*, trad. G. R. Beasley-Murray, R. W. N. Hoare, y J. K. Riches (Philadelphia: Westminster Press, 1971), 717-18.

<sup>7</sup> Barrett, 588.

<sup>8</sup> Carson, 684.

## Proclamar la gracia de Dios mediante el servicio

**Texto:** 1ª Pedro 4.10, 11.

Las Escrituras más conocidas tienen que ser leídas más detenidamente. Este hecho es evidente en nuestra lectura de 1ª Pedro 4.10, 11. Muchos de nosotros estamos familiarizados con la primera parte del versículo 11 en la Reina-Valera: Las palabras «Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios» se consolidan en nuestras mentes. Con esta frase, hemos enseñado continuamente la responsabilidad del púlpito. Esto no constituye un abuso de las Escrituras, porque un predicador tiene que admitir que su obra es a la vez impresionante y aterradora en sus dimensiones. Cuando un hombre se pone delante de una clase, un amigo o una iglesia y dice: «Tengo la Palabra de Dios para ustedes», el encargo de transmitir la voz de Dios a los demás recae sobre él.

Estas palabras de Pedro confrontan a los siervos de Dios con una comisión solemne. Dicen, en efecto, «Cuando un hombre sale como predicador del Evangelio o como alguien que está tratando de traer a otra persona a Cristo, que ese hombre hable de acuerdo a las palabras de Dios». Como hemos enfatizado tan a menudo, esa es la pesada obligación de predicar y enseñar.

Sin embargo, hay otro mensaje en este pasaje. El problema con nuestro enfoque del pasaje es que dejamos de citarlo o leerlo demasiado pronto. El versículo 11 no se cumple en sí mismo. Pedro continuó diciendo, en esencia, «Cada uno en la banca tiene una responsabilidad igual a la del predicador». El predicador tiene que estar preparado, y los miembros también tienen que estar preparados. Las palabras de Dios tienen que ser predicadas, buscadas y vividas por la iglesia.

Cuando se lee la totalidad del pasaje, está claro que Pedro estaba presentándonos un equipo o

conjunto de siervos que han de funcionar como los siervos de Dios en el mundo. Las congregaciones, en general, alcanzan cierto nivel de crecimiento; y luego dejan de crecer. ¿Por qué sucede esto? ¿Por qué no seguimos creciendo?

La respuesta a estas preguntas se encuentra en nuestra imposibilidad de ver la iglesia como un cuerpo de siervos. Hasta que tengamos esta idea arraigada en nuestras mentes y reflejada en nuestros actos, seguiremos luchando con un crecimiento mínimo. Algunos de los desafíos que surgen de este concepto de un cuerpo de siervos serán positivos, y puede que algunos sean negativos; sin embargo, tenemos que enfrentar, considerar y ser impulsados tanto por los positivos como por los negativos.

### CADA MIEMBRO —SIRVIENDO

La primera verdad en la amonestación de Pedro, tal vez la idea central, es que cada miembro del cuerpo ha de ser un siervo de Cristo. Pedro escribió: «Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros...» (1ª P 4.10).

La mayor parte del tiempo, los predicadores hacen el trabajo de los ancianos, los ancianos hacen el trabajo de los diáconos, los diáconos hacen el trabajo de los miembros, y los miembros son espectadores que están sentados en las bancas. Puede que nos hayamos dado cuenta de esto, sin embargo, ¿qué hemos hecho al respecto?

¿Recordamos que todo el mundo es alguien en el cuerpo de Cristo? Alguien podría decir: «No soy mucho, y no puedo hacer mucho». No podemos resistirnos a decirle: «¿Cree que usted no es importante para Jesús, Aquel que murió por usted? ¿No es alguien en la iglesia del Señor? Cuando piense en ello, llegará a la conclusión de

que usted es muy importante». El hombre que dice que no puede hacer mucho tiene que estar usando esa declaración como excusa para no estar ocupado en el reino.

Todo miembro es indispensable para el buen funcionamiento del cuerpo de Cristo. Puede que tengamos diferentes funciones, sin embargo, somos invaluable para ayudarle al cuerpo a convertirse en lo que Cristo ha deseado que sea en el mundo.

¿Cuántos padres tienen hijos que sean prescindibles? ¿Cuántos abuelos tienen nietos que no sean necesarios, pequeños de quienes estén dispuestos a renunciar?

Tengo un dedo meñique derecho que se me quebró. Ha estado torcido durante unos quince años. Supongo que no me importa lo suficiente como para arreglarlo, sin embargo, le sorprenderá saber cuánto me estorba ese dedo meñique. Necesito ese dedo meñique. Ni siquiera puedo usar el teclado correctamente sin él.

Primera de Corintios 12.14–27 ilustra que el menor miembro del cuerpo humano puede ser un miembro muy importante de ese cuerpo. Cualquier persona que no lo crea debería pensar en ir a un médico y dejar que le extirpen alguna parte de su cuerpo por medios quirúrgicos. ¿Sin qué parte querría acostumbrarse a vivir? No importa lo pequeña que sea esa parte, es indispensable.

Se ha dicho que el 80 por ciento de los nuevos miembros de la iglesia abandonan la comunión de la iglesia en un plazo de seis meses. Puede que traigamos cinco a la puerta principal mientras perdemos cuatro por la puerta trasera.

Podemos hacer algunas cosas buenas cada semana en la obra de la iglesia. Podemos ayudar a mucha gente, abstenernos de predicar el error y enseñar de una manera que haga que la mayoría de nosotros crezca. Sin embargo, no podemos seguir perdiendo el 80 por ciento de nuestros conversos. Un rancho no puede perder el 80 por ciento de su ganado recién nacido. Un hospital no puede dejar que el 80 por ciento de los bebés mueran en la sala de partos o en la guardería. ¿Tenemos que hacer algo al respecto!

¿Cómo podemos cambiarlo? El primer paso es guiar a cada miembro de la iglesia a convertirse en un miembro que sirve.

### **CADA MIEMBRO —SIRVIENDO SEGÚN EL DON QUE RECIBIÓ**

Pedro estaba instándoles a «Cada uno» a servir de acuerdo con su propio «don especial»

(1ª P 4.10a). Puede que se haya estado refiriendo a dones milagrosos del Espíritu que los apóstoles impartieron a los cristianos en el siglo primero. Es cierto que no tenemos esos dones, sin embargo, tenemos dones naturales, talentos especiales y habilidades adquiridas. Podemos aplicar las palabras de Pedro a estas habilidades que tenemos. Sea lo que tengamos, debe ser utilizado para el crecimiento y el beneficio del cuerpo de Cristo.

Dios nos ha dado un don a cada uno de nosotros. Puede que no haya dado a todos dones múltiples, sin embargo, cada uno tiene un don. Durante años, he estado tratando de apartar nuestro enfoque del tamaño del edificio de la iglesia, del número de personas en las clases y asambleas, y de los presupuestos de la iglesia. Nos distraemos con nuestras evaluaciones humanas. Decimos: «Este hombre tiene muchos talentos, es muy instruido, y muy capaz». Que Dios bendiga a este hombre, sin embargo, recordemos que cuando Dios hizo algo de Pablo, tuvo que quitar de en medio a *Pablo* antes de poder ayudarle.

Un talento podría mejorarme, sin embargo, un don glorifica a Dios. Si Dios le dio a usted un don, ¿quién recibe la gloria? Dios debería recibirla. Un don no es un adorno; es un don para el servicio. A veces pensamos, «Dios realmente ha pulido a esa gente». No, Dios les ha dado dones para que le glorifiquen. Creo que, en cualquier entorno, Dios dará a los miembros los dones que son necesarios para el servicio.

Pablo dijo, en efecto, «¿Quién soy yo? ¿Quién es Apolos? No somos más que servidores». Él escribió: «Yo planté, Apolos regó, pero el crecimiento lo ha dado Dios» (1ª Co 3.5, 6). ¿Quién es Pablo? No es nada. ¿Quién es Apolos? No es nadie. ¿Quién es Dios? Lo es todo. Quiere decir que si se me ha dado un don, estoy obligado a usarlo para Su gloria. Ese don no es para mí.

Cada parte del cuerpo de un hombre es para el bien total del cuerpo. Un dedo no es un dedo para la gloria del dedo. Una boca no es una boca para la gloria de la boca. Esas cosas son para el cuerpo y para la gloria de Aquel que creó el cuerpo. Pablo dijo que sólo somos «vasos de barro» (2ª Co 4.7).

### **CADA MIEMBRO —SIRVIÉNDOSE UNOS A OTROS**

Las palabras de Pedro también nos instan a servirnos los unos a los otros. En cuanto al don especial de cada uno, escribió, «... minístrelo a los otros...» (1ª P 4.10b). Somos parte el uno del otro.



Cada parte de mi cuerpo cuida y sirve a todos los demás miembros de mi cuerpo. Mi cuerpo funciona como una unidad, no como una monstruosidad desorganizada. La iglesia tiene que aprender a funcionar de manera similar.

Cada iglesia tiene mucho más trabajo del que cualquier miembro o incluso unos pocos miembros pueden hacer. ¿Por qué no involucramos más miembros en el trabajo?

Una iglesia de quinientos miembros podría tener sólo setenta y cinco miembros a los que se les han asignado trabajos. Si es así, ¿quiere decir eso que todo lo que realmente necesitan son esos setenta y cinco miembros? ¿Por qué hay miembros que no se involucran en el trabajo?

Siempre hemos dicho que el 15 por ciento de los miembros de la iglesia hacen el 85 por ciento de la obra. En algunos casos, tenemos algunos miembros que están haciendo quince trabajos cada uno. En otras palabras, tenemos un hombre con quince trabajos y quince hombres que sólo tienen un trabajo cada uno. ¿Planea la iglesia que cada miembro tenga un trabajo?

Un predicador le dijo a una congregación que debían amar al Señor y servir mejor al Señor. Al final del sermón, dijo: «Cualquiera de ustedes que quisiera trabajar en esta iglesia, venga al frente». Cuando setenta y cinco hombres caminaron al frente, el predicador se desmayó. Entonces, cuando despertó, dijo: «¿Qué vamos a hacer con setenta y más hombres que desean servir en la Cena del Señor?».

En nuestras mentes, ¿creemos que todo lo que podemos hacer como cristianos es dirigir el canto, servir en la Cena del Señor o enseñar una clase de Biblia? Mientras sólo tengamos cuatro o cinco labores que la gente pueda realizar, entre el 80 y el 85 por ciento seguirá diciendo: «No puedo hacer ninguna de esas cosas». Obviamente, algunos no pueden dirigir los cantos, otros no están calificados para enseñar. A algunos hombres les cuesta estar frente a una congregación. Sin embargo, Pablo dijo que incluso el que parece ser el miembro menos importante es en realidad un miembro muy importante. Tendemos a pensar que quien está al frente o se sienta al frente es el más importante, sin embargo, puede que no lo sea.

Cualquier persona que haya sido bautizada en el cuerpo del Señor tiene una historia importante. Si podemos mirar al comienzo del andar a Cristo de esa persona, podemos descubrir que comenzó su estudio de la Palabra de Dios debido a una

sonrisa o un apretón de manos de un cristiano o porque vivía al lado de una familia cristiana amistosa. Tenemos que recordar que hay muchas maneras en las que se puede ser un miembro eficaz y poderoso de la iglesia.

### **CADA MIEMBRO —SIRVIENDO COMO BUENOS ADMINISTRADORES DE LA GRACIA DE DIOS**

Pedro también habló de ser «... buenos administradores de la multiforme gracia de Dios» (1ª P 4.10b). Es decir, hemos de servir con, mediante y por la gracia de Dios. Todo lo que hacemos es manifestar la gracia de Dios. Su gracia ha de ser nuestra fortaleza, nuestro propósito y nuestro canto.

Pablo escribió:

Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo (Ef 4.11, 12).

La palabra «perfeccionar» (καταρτισμός, *katartismos*) es en realidad un término médico. Quiere decir reparar un hueso.<sup>1</sup> Cuando una persona se rompe un brazo o se desgarran un ligamento, necesita repararlo para que el brazo vuelva a funcionar correctamente. El trabajo de los líderes de la iglesia es hacer que todo el cuerpo trabaje de manera apropiada juntos. El cuerpo tiene que trabajar bien juntos para cumplir el ministerio de Cristo.

Edificar es alentar el cuerpo de Cristo. No vamos a la iglesia sólo para cantar, sentarnos y escuchar. Vamos a alabar a Dios y a alentarnos unos a otros. Alguien podría querer decirles a los que le rodean: «He venido aquí a adorar a Dios. No me molestes. Quiero concentrarme en la adoración». Por supuesto, asistimos a los servicios de la iglesia para alabar a Dios; sin embargo, cualquier espiritualidad que alaba a Dios y dice: «Déjeme en paz», no está a la altura del plan de Dios. Todos necesitamos un estímulo común y mutuo. Tenemos que ir a la iglesia para alentarnos y apoyarnos unos a otros.

En 1ª Corintios 12 Pablo usó la palabra «cuerpo» dieciocho veces. No hay huérfanos en la familia de Dios. Si usted está en una familia, entonces no

---

<sup>1</sup> Walter Bauer, *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature* (Léxico griego-inglés del Nuevo Testamento y demás literatura cristiana primitiva), 3ª ed., rev. y ed. Frederick William Danker (Chicago: University of Chicago Press, 2000), 526.

es un huérfano.

A menudo estamos demasiado ocupados siendo espectadores para dar el aliento que es necesario que demos. Nos preocupa el horario, la calidad de la dirección de los cantos, o si otros nos saludaron o no cuando llegamos. Nos convertimos en espectadores críticos en lugar de adoradores. Deberíamos estar en la asamblea para participar. Nos reunimos como la iglesia del Señor para cantar, enseñar y reunirnos alrededor de la mesa de comunión. Cuando se hace con el espíritu correcto, ¿qué sucede? Nos edificamos unos a otros.

Cada uno de nosotros es parte de una sinfonía, no de un solo. He ido a escuchar una orquesta sinfónica; y cuando encontré mi asiento, cada persona en la sinfonía estaba practicando en su instrumento. Tal vez doscientas personas estaban tocando cuarenta tipos diferentes de instrumentos. Todos estaban tocando música diferente durante su tiempo de calentamiento. Esa no debe ser la forma en como opera la iglesia. Cuando los músicos de una orquesta están afinando sus instrumentos de forma independiente al mismo tiempo, el sonido disonante es catastrófico. Una vez que todos los miembros de la sinfonía están trabajando juntos, producen música hermosa. Así es como debería ser la iglesia. Se trata de un trabajo en equipo.

#### **CADA MIEMBRO —SIRVIENDO CONFORME AL PODER DE DIOS**

Pedro habló de prestar nuestro servicio conforme al poder del Señor. Se asevera claramente: «si alguno ministra, ministre conforme al poder que Dios da, para que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo, a quien pertenecen la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén» (1ª P 4.11b, c).

¿Qué clase de poder es éste? Es el poder de Dios con el que podemos hacer todas las cosas y por el que se suplen todas nuestras necesidades (Fil 4.13, 19). Hemos de hacer nuestra obra mediante el poder de Dios para que Él reciba la gloria.

Tenemos la tendencia a degradar nuestros propios talentos. Alguien podría decir, «Oh, tengo uno o dos pequeños talentos, sin embargo, la iglesia realmente no me necesita». Cualquiera que piense que no es necesario ni vital en la iglesia jamás madurará ni crecerá en Cristo. Incluso en el trabajo secular, el empleado que no se siente necesario se siente fuera de lugar. Una persona que no se siente deseada en casa no es feliz en casa. Como muestra 1ª Corintios 12.14–27, cada cristiano es indispensable en el cuerpo. El cuerpo

no puede permitirse perder a ningún miembro.

También degradamos a los demás. Pablo miró ese problema en 1ª Corintios 12, diciendo:

Si todo el cuerpo fuese ojo, ¿dónde estaría el oído? Si todo fuese oído, ¿dónde estaría el olfato? Mas ahora Dios ha colocado los miembros cada uno de ellos en el cuerpo, como él quiso (1ª Co 12.17, 18).

Nos preocupan nuestros ojos, oídos y bocas; sin embargo, se pronuncian pocas oraciones por los dedos pequeños. Degradar mis talentos o dones, o degradar el suyo, ni siquiera se acerca a pensar en armonía con la voluntad de Dios. ¿Dónde está alguna referencia al poder de Dios en esta conversación? Tenemos que recordar que esta es la obra de Dios, quien está a cargo de ella; y Él es Aquel que está proporcionando el poder, los suministros y el éxito de la misma.

#### **CADA MIEMBRO —SIRVIENDO PARA LA GLORIA DE DIOS**

Pedro dijo que hemos de servir para la gloria de Dios. En cuanto al propósito de nuestro servicio, escribió: «... para que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo, a quien pertenecen la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén» (1ª P 4.11c). El cuerpo de Cristo no sirve para la gloria del cuerpo, sino para la gloria de la Cabeza del cuerpo, Jesucristo.

Podemos decirle a cada nuevo miembro de la iglesia: «Hay lugar en este cuerpo para usted». Cuando traemos a alguien al cuerpo de Cristo, ¿realmente lo hacemos sentir bienvenido? ¿Le ayudamos a entender que es parte de la familia? ¿Lo hacemos sentir querido y aceptado mostrándole cómo usar sus talentos? ¿Le animamos a decir, «He encontrado un hogar»?

Necesitamos que los cristianos más adultos asuman alguna responsabilidad en traer a nuevos cristianos. No necesitan hacerse a un lado o colocarse en un estante. Han llegado a un momento en que realmente pueden servir. Tienen tiempo y conocimiento para ello. Deberían decir: «Gracias, Señor, por esta nueva gente. Por favor, envía más». Tenemos que salir y traerlos; y cuando los tengamos entre nosotros, tenemos que aceptarlos, amarlos, entrenarlos y hacerlos parte de la familia.

Un conserje una vez pintó sobre cada puerta del edificio de la iglesia las palabras «Entrada de siervos». Quiso decir que entramos a adorar a Dios, y salimos a servirle. Somos siervos. Cada

iglesia debe tener una mentalidad de siervo. Cuando salimos del edificio de la iglesia, salimos a servirle al mundo.

Hemos sido salvos para adorar y trabajar. Tenemos la idea de que lo que necesitamos es un excelente predicador o una persona excepcional para hacer la obra de la iglesia. Lo que realmente necesitamos es que cada miembro se involucre en esa área especial para la cual Dios le ha equipado a él o ella. El valor de la vida en la iglesia se encuentra en el ministerio que Dios ha asignado a cada siervo. Consigamos que el 100 por ciento de la familia de la iglesia participe al 100 por ciento en el 100 por ciento de la obra de la iglesia.

### **CADA MIEMBRO —SIRVIENDO COMO EL CUERPO DE CRISTO**

En el análisis de Pedro sobre el cuerpo de Cristo, el concepto de unidad está claramente implícito: «... si alguno ministra, ministro [...] para que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo» (1ª P 4.11b, c). ¿No es esa una descripción de todos los que buscan hacer su parte? La iglesia local es el único campo de entrenamiento en la tierra para el ministerio cristiano. No debemos minimizar la importancia de la iglesia. La iglesia local es un lugar en el que ejercemos los dones que Dios nos dio.

Cuando Cristo fue predicado en el Libro de los Hechos, fue evidente un resultado: La iglesia local saltó a la vida. Si un proyecto no ayuda a una iglesia local, entonces no es de Dios. Dios nos ha llamado a venir y vivir y florecer en las comunidades, los cuerpos locales de la iglesia de Cristo. Ser una congregación de Su iglesia produce una comunidad cristiana.

En el pasado, parece que la iglesia ha tenido la idea de que los predicadores, ancianos y hombres de gran visión se reúnen en un cuarto trasero y crean un programa para la iglesia. Luego se ponen de pie frente a la iglesia el domingo y dicen: «Esto es lo que la iglesia va a hacer». Es como si los miembros de la iglesia en general no tuvieran un sentido, ni ambición, ni visión.

No estoy en contra de predicadores y ancianos que piensan con visión. Sin embargo, debemos recordar que el liderazgo de la iglesia no es una jerarquía que va de arriba a abajo. La fortaleza, el liderazgo y la exhortación pueden venir de cualquier parte entre los hermanos.

¿Quién entiende lo que está sucediendo en

la iglesia? El padre en el hogar de una familia cristiana, el hombre que trabaja en un campo o una fábrica, el hombre que enseña en la escuela, el hombre que conduce un autobús, y el hombre que está trabajando a tiempo completo entre los miembros: Lo probable es que las personas tengan un buen sentido de la dirección sobre la iglesia y la comunidad. Saben más sobre lo que está pasando fuera del edificio de la iglesia que cualquier grupo que se limite a reunirse en una sala trasera.

Se les debe decir a esos miembros fieles: «Usted es un buen hombre, y tiene un buen sentido. Queremos saber qué piensa usted en cuanto a cómo puede realizarse el trabajo de la iglesia».

Si deseamos aumentar la actividad en la iglesia, tenemos que situar a las personas en lugares en los que se sientan cómodas y competentes. Entonces traerán un liderazgo fuerte y sensato a esa área de servicio. Cuando ayudamos a las personas a encontrar lugares donde Dios pueda usarlos, y estén felices de estar allí, lograrán cosas buenas.

### **CONCLUSIÓN**

No soy muy bueno en la carpintería. Cuando trato de trabajar con madera, me aplasto el pulgar con mi martillo. Le doy al clavo equivocado. ¿Qué pasa cuando usted se golpea el pulgar con el martillo? La otra mano siempre actuará para sostener el pulgar. Su boca se involucra, acercándose abierta para chupar o besar el pulgar lesionado. Sus piernas también se involucrarán. De repente, está saltando de arriba abajo.

Cualquiera de nosotros que haya tenido esta experiencia podría decir: «Amo tanto mi pulgar que el otro día cuando lo golpeé con un martillo, todo mi cuerpo se quedó despierto toda la noche sufriendo con él». Si un miembro del cuerpo duele, todo el cuerpo se duele con él.

La unidad del cuerpo es descrita de esta manera en Romanos 12.4–13 y 1ª Corintios 12.14–27. Lloramos cuando otros miembros del cuerpo lloran; nos regocijamos cuando otros miembros se regocian.

Este es nuestro desafío: ¿Cómo llevamos a cabo la unidad de 1ª Pedro 4.10, 11? La respuesta es la siguiente: Tenemos que funcionar como un cuerpo de siervos. Tenemos que cuidarnos el uno al otro en amor. Cuando nosotros, como siervos, usemos nuestros dones en una sinfonía de la obra de Dios, recibiremos aliento y satisfacción, y Dios recibirá la gloria.

# Una iglesia sierva

**Texto:** Mateo 20.25–28.

Ninguna iglesia puede crecer a menos que sea una iglesia que sirve. Dios desea que Su familia esté formada por siervos. El cuerpo de Cristo está diseñado para ser un cuerpo que presta servicio. Los miembros que conforman la iglesia deben ser, por naturaleza, familias que sirven. Los hijos en nuestros hogares deben procurar ser siervos, no ocupar posiciones glorificadas de influencia y prestigio. Deben procurar una educación que los prepare para servir a las personas. Los padres cristianos deben estar a la cabeza en el tema de servir dando ejemplos de servicio delante de los hijos. En efecto, el llamado a ser siervos se extiende a lo largo de todo el cristianismo.

### UN PULPITO DE SERVICIO

La disposición a servir comienza con el púlpito de la iglesia, es decir, con el mensaje que predica la iglesia en su conjunto. A menudo, los miembros de la iglesia le dicen a su ministro: «Hermano, necesitas hacer visitas en el hospital, y necesitas dar sangre. Tienes que estar disponible para aconsejar a los miembros necesitados, y debes consolar a las familias afligidas». Tienen razón. El predicador debe hacer todo esto. Sin embargo, estas actividades no definen el púlpito de la iglesia.

En 2<sup>a</sup> Timoteo 4.5 Pablo proporcionó una mejor imagen de un ministro: «Pero tú sé sobrio en todo, soporta las aflicciones, haz obra de evangelista, cumple tu ministerio». En otras palabras, el predicador debe tener una mentalidad de siervo. Debe ser un siervo en su obra, y debe ser un siervo en el cumplimiento de su ministerio. Debería estar donde está la gente, profundamente involucrado en vivir para ellos. Debe estar cumpliendo un ministerio que involucra el amar y ayudar a los demás.

Profundicemos en esta disposición a servir. El «púlpito» de la iglesia implica mucho más que el predicador de púlpito. El mensaje que la iglesia enseña a la comunidad involucra la voz unida de la congregación local. ¿Qué tipo de mensaje estamos enviando? ¿No podríamos decir que hay más en nuestro mensaje que la exactitud doctrinal? Debemos tener siempre mucho cuidado con lo que la iglesia está diciendo. Es algo que me preocupa mucho. También tenemos que entender que hay más en nuestra predicación que tener razón con los hechos o asegurarnos de que se predique la doctrina bíblica. Tenemos que predicar la verdad con fuerza y de una manera directa. También tenemos que tener la actitud correcta para vivir la verdad y permanecer en la verdad.

Pablo escribió: «sino que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo» (Ef 4.15). La verdad está aquí para salvar a las personas. No se nos necesita para salvar la verdad. Un púlpito que sirve no es sólo un sermón de algún tipo en el servicio de adoración. Una iglesia sierva refleja la actitud de la cruz. El contenido de nuestro mensaje es siempre la cruz. Su presentación gotea con la sangre de la cruz. La congregación del pueblo de Dios tiene la cruz en su corazón. La cruz no es sólo el contenido del mensaje; es la actitud y el estilo de vida de la iglesia.

Queremos buscar la verdad, sin embargo, también queremos buscar la actitud cristiana adecuada en la verdad que presentamos. El mensaje eterno del cielo es la cruz, la humildad, la entrega y el sacrificio, con Dios entregándose a nosotros y por nosotros.

La iglesia no puede ser inconsistente en el mensaje que transmitimos. No podemos predicarlo

arrogante o egoístamente, como si tuviéramos el poder de golpear a la gente con la cruz de Jesucristo. Una actitud así contradice la enseñanza. El mensaje de la cruz tiene que ser presentado con el corazón que tuvo Jesús cuando fue a la cruz. Un mensaje de servicio es humilde, cariñoso, delicado y lleno de oración. Personifica el mensaje del amor de Dios mismo.

El dogmatismo élite y público no es predicación del evangelio. No podemos dar la impresión de ser personas que lo saben todo. Un púlpito siervo es abierto. No es sólo una boca que habla, sino también un oído que escucha. ¡Una iglesia sierva es una iglesia que se mantiene aprendiendo! Tiene que estar tan dispuesta a aprender como las personas a las que se dirige.

El púlpito lleva a la gente a estudiar la Biblia de rodillas. Es decir, lleva a la gente a estudiar la Biblia con oración. Si hemos de estudiar la Biblia de rodillas, ¿no deberíamos predicar de esa manera? Cuando un hombre enseña o predica el evangelio, ¿no debería tener la misma actitud al hablarlo que tuvo al buscarlo? La actitud con la que estudiamos debe ser la misma actitud con la que enseñamos. El púlpito no es un trono. Es un conjunto de alumnos de la Palabra enseñándoles a los demás.

El púlpito está aquí para servirles a las personas. Está aquí para glorificar a Dios, no al predicador. No está aquí por el ego, vanidad o el poder del hombre. Cualquier hombre que sepa lo que es la predicación sabe que el predicador ha de ser sacrificado por el oyente. Jesucristo fue sacrificado por nosotros, y nosotros hemos de ser sacrificados por los miembros de la iglesia. Un púlpito siervo respeta la integridad y los sentimientos de las personas. El predicador no sermonea a las personas, ni es paternalista. Les sirve y las ama.

Hace varios años un hombre en una conferencia en una de nuestras universidades cristianas dijo que la iglesia debería reservar cinco segundos en la televisión. Quería conseguir un locutor que pudiera hablar rápidamente y hacer estallar el mensaje en la cara de los oyentes. Sugirió que podríamos hacerle decir: «El que crea y es bautizado será salvo». De esa manera la gente en casa no tendría tiempo para apagar el televisor; en esos pocos segundos, escucharían al menos una pequeña parte del evangelio. Todo el mundo se rio de la idea; sin embargo, disgustó a algunos por pensar en cómo algo así abarataría el evangelio, cortándolo a unas pocas palabras en la televisión, como un comercial.

La cruz nunca se aprovecha de los demás. Si la cruz es la ofrenda voluntaria de Jesucristo, ¿cómo podemos presentar el evangelio a las personas de manera arrogante? El predicador tiene que tener la misma actitud que tuvo Cristo cuando murió en la cruz. El predicador del evangelio debe ser como el Cristo del evangelio.

Un púlpito siervo es aquel que demuestra el mensaje que está predicando. El evangelio es una vida y un mensaje. El evangelio es un espíritu, así como una verdad. Exigimos que la verdad sea verdad, y debemos hacerlo. Sin embargo, debemos dejar que el espíritu del púlpito sea el espíritu de Cristo. Predicamos a Cristo muriendo en una cruz, y respetamos los derechos de todos. Ese es un púlpito siervo; ese es el mensaje de la iglesia.

### UNA COMUNIÓN QUE SIRVE

También debemos tener una comunión que sirve. La iglesia que no sangra no puede bendecir. La iglesia que no sirve no puede salvar a los demás de las garras del pecado. La iglesia que no sufre no puede redimir a los demás. La iglesia que no muere por los demás no puede realmente vivir por los demás. Esto es lo que quiero decir con una comunión que sirve.

En la mayoría de las congregaciones no hay falta de información. Las Biblias están por todas partes. En Estados Unidos, no conozco a nadie que no tenga acceso a una Biblia. Tenemos tratados bíblicos, publicaciones cristianas y literatura evangélica. Al menos aquí, no hay falta de información. Sin embargo, falta algo. El vivir el mensaje de la Biblia es lo que falta. ¿Resiente el visitante nuestro mensaje? Es probable que no lo resienta. Entonces, ¿qué lo resiente? ¿Tiene que ser nosotros! ¿Hemos pensado en esa verdad? Cuando nuestra predicación es arrogante, desconsiderada y egoísta, el oyente no considera nuestro mensaje. Si la congregación no es una congregación de siervos, entonces contradice su sermón a las personas.

Hace poco vi una encuesta que me alarmó. La encuesta decía que en los Estados Unidos, más personas están leyendo la Biblia que nunca, sin embargo, dijo que están leyendo la Biblia fuera de la iglesia. ¿Qué quiere decir eso? Quiere decir que la Biblia se lee fuera de la religión organizada. Más gente está leyendo la Biblia que nunca, sin embargo, están cansados de la religión organizada. No están leyendo la Biblia por religión, sino sin religión.

Tenemos que reconocer dos aspectos de lo reve-

lado por esa encuesta. La primera revelación es que el púlpito no ha sido un púlpito siervo. El mundo está cansado de púlpitos egoístas. Segundo, dice que el mundo no ha visto una comunión que sirve. Puede que seamos mucho mejor predicándoles a las personas y corrigiendo a la gente que sirviéndoles. Además, cuando les servimos, el servicio viene con malas connotaciones. Cuando servimos, falta la parte servicial de nuestro servicio. No, no hay falta de información, sin embargo, falta algo más. Falta una verdadera disposición a servir.

Aquí hay una pregunta para nosotros. ¿Cómo podemos enseñarles a los que ya lo saben? ¿Cómo podemos predicarles a los que ya han oído? El apóstol Pablo dijo que no deseaba «edificar sobre fundamento ajeno» (vea Ro 15.20). Quiso ir a un nuevo territorio. Por lo tanto, fue a Europa, Asia Menor y otros lugares en sus viajes misioneros. Tuvo días emocionantes. Fue golpeado repetidamente y fue apedreado una o dos veces. Naufragó tres veces. Pasó muchos días y noches en la cárcel (vea 2ª Co 11.24–27). A veces preguntamos: «¿Por qué no estamos haciendo lo que hizo Pablo en Éfeso o Tesalónica?». Detengámonos y analicemos esta pregunta.

Jesús y Pablo tuvieron audiencias muy diferentes a las que tenemos hoy. Pablo salió a personas que nunca habían oído hablar de Dios o de Jesús, el Mesías. Donde vivimos puede que no sea como donde predicó Pablo. Donde vivimos puede ser más como donde Jesús predicó. ¿Adónde fue Jesús? No fue a los paganos; fue a las ovejas perdidas de Israel. Trató de enseñar a personas que eran muy religiosas. Tenían tantas reglas que tenían reglas para interpretar las reglas; incluso estaban debatiendo sobre las reglas en cuanto al mantenimiento de las reglas. Tenían rabinos y más rabinos. En casi todos los lugares que predicó Jesús, las personas que le rodeaban tenían una educación religiosa. Muchos de nosotros estamos en ese tipo de situación. ¿Cuánto tiempo llevan las Biblias en su área? ¿Cuánto tiempo lleva la iglesia allí? ¿Cuánto tiempo hemos estado yendo a personas que poseen Biblias y han oído hablar de Cristo?

Veamos cómo les enseñó Jesús a las personas que le rodeaban. La palabra es «parábola», ¿no? Mateo 13 nos habla de Sus primeras parábolas. Jesús no tenía un gran púlpito en el centro de Jerusalén ni dijo: «Voy a gritar tan fuerte como pueda. Tal vez vaya por toda Palestina. Voy a bombardear a las personas con Mi mensaje». No, Jesús no anduvo

con Su enseñanza de esa manera.

Usó una estrategia que yo llamo «escuchar el Evangelio de manera indirecta». Jesús rara vez confrontó directamente a las personas. No se acercó a ellos con religión. ¿Qué hizo? A veces veía que estaban equivocados y los corrigió, sin embargo, hizo Su enseñanza como un maestro siervo.

A veces un intérprete de la ley religioso, un fariseo u otro crítico atacaría a Jesús; y, en esas ocasiones, Él les haría algunas declaraciones directas y difíciles. Sin embargo, no fue como primordialmente se acercó Jesús a ellos.

¿Por qué enseñó en parábolas? Quería guiar a Sus oyentes suavemente y hacerles pensar en lo que tenían que hacer. «Oigan, tomen asiento». Se sentaban, y Él decía: «Gente, un sembrador salió a sembrar». Si a usted alguna vez le ha dado por la narración, entonces ha aprendido a hablar en tercera persona. Habla de otras personas en lugar de hablar directamente con la gente que tiene al frente. Presenta un relato que las personas pueden comprender y aplicarse a sí mismas. El relato hace que el oyente se olvide del orador. Comienza a pensar con usted. Ordena los detalles de su propia vida. Cuando el maestro llega al final del relato, el oyente reconoce donde está en ese relato y aplica la conclusión a sí mismo.

Jesús no invade nuestra privacidad. No nos intimida. No nos hace concluir que es un genio lógico. La realidad es que nos permite, a nuestro propio ritmo, reconocer la lección del relato. Esto es evangelismo indirecto. Es permitirle a una persona encontrar a Jesucristo al pie de la cruz. Un púlpito siervo y una comunión de servicio imparten ese tipo de enseñanza.

¿Cuándo son los cristianos la sal de la tierra y la luz del mundo? Cuando buscan las necesidades de las personas en una comunidad y responden a esas necesidades. El evangelismo siervo les permite a los pecadores escuchar el mensaje de la cruz en toda su gloria. Sienten que su propia presentación está bañada en el espíritu de la cruz. Verán el cristianismo en nosotros mientras hacemos alguna fila, mientras caminamos por la calle, y mientras vivimos en nuestros hogares. Las personas se verán constreñidas por lo que han oído y visto, y lo desearán. Se sentirán atraídos por ello y lo recibirán con los brazos abiertos. Nunca convertiremos a las personas en nuestra comunidad predicándoles en sus caras, hablándoles condescendentemente o despreciándolas. Sólo convertiremos a los demás cuando prediquemos el evangelio completo siendo

presentado con la cruz como su centro y en la luz pura de un ejemplo cristiano honesto.

### MAESTROS SIERVOS

En 1ª Pedro 3.15 se nos dice: «... sino santificad a Dios el Señor en vuestros corazones, y estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros». ¿Qué está diciendo Pedro en ese versículo? Puede que él haya ministrado más con Jesús que con Pablo. ¿No era el apóstol de los judíos, el pueblo que estaba impregnado de religión? Sabría más acerca de cómo entender nuestras comunidades de hoy que Pablo. Si no hubiera recibido instrucciones específicas de parte de Dios en una visión, no habría ido a la casa de Cornelio debido a sus propias tradiciones religiosas (vea Hch 10.9–20).

¿Cómo dijo Pedro que hemos de predicar? Primero, nos instó a «[santificar] a Dios el Señor» en nuestros corazones. Es la actitud que tiene que tener un siervo. Cuando se está detrás del púlpito, es necesario santificar a Dios el Señor en el corazón. Predicar implica tener un corazón de siervo. El predicador ha de tener el espíritu que tuvo Cristo cuando fue a la cruz. El mandamiento de Pablo era el siguiente: «Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús» (Fil 2.5). También dijo: «Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo» (Fil 2.3).

En segundo lugar, debemos «estar siempre preparados para dar una respuesta». Alguien podría decir, «Me gustan los debates. Normalmente puedo ganarlos. La próxima vez que hable de religión con alguien, le forzaré la Biblia en su cara». Esa persona no ha leído muy de cerca Filipenses 2.3, ¿verdad? No se nos pide que demos cuenta de nuestras creencias doctrinales ni de nuestro dogmatismo, sino que estamos llamados a dar una respuesta de «la esperanza» que hay en nosotros. No debemos salir como aquellos que tienen todas las respuestas, sino como aquellos que tienen la esperanza de la cruz en nuestros corazones. Nuestro deseo es poner al Señor Jesús en el corazón de una persona. Ese tipo de predicación se encargará de nuestra actitud y la suya. Queremos compartir nuestra esperanza.

Los economistas hablan de una «tasa de desempleo», el porcentaje de personas que desean estar trabajando pero no pueden encontrar trabajo. La iglesia de Cristo tiene alrededor de un 95 por ciento

de tasa de desempleo. ¡Tenemos que eliminar eso! Nunca evangelizaremos el mundo con sólo el 5 por ciento de los miembros trabajando. No podemos hacer el trabajo de Dios con una pequeña banda de soldados. Esta increíble necesidad requiere de una comunión sierva. El problema no es que el mundo no pueda ser evangelizado. El hecho es que la iglesia no les está siendo de servicio. Cuando tengamos siervos al 100 por ciento en cada congregación, entonces realmente estaremos haciendo lo que Dios nos ha pedido que hagamos.

### CONCLUSIÓN

Cada miembro de la iglesia es un ministro. Ese tiene que ser nuestro sueño. Cada miembro debe tener una tarea asignada, y debe saber cuál es su parte. En un equipo deportivo, cada jugador en el campo tiene una posición. Cada uno debe saber qué papel debe desempeñar. Hasta que la membresía de una iglesia pueda llegar a ser más que un grupo de espectadores y un grupo de asistentes, no podremos llevar a cabo la labor que tenemos por delante. Sin embargo, cuando tenemos un púlpito amoroso y siervo, una comunión que sirve y maestros siervos, sucederá algo muy bueno.

En 1ª Corintios 8.12 Pablo dijo que debemos respetar las conciencias de los demás y tener cuidado de no herirlas. Pablo también dijo que los fuertes deben cuidar de los débiles (vea Ro 15.1) y que todos debemos aceptar a los demás como Cristo nos ha aceptado (Ro 15.1, 7). Escribió: «Me he hecho débil a los débiles, para ganar a los débiles; a todos me he hecho de todo, para que de todos modos salve a algunos» (1ª Co 9.22). Eso es una comunión que sirve. ¡Cristo murió por mí, y yo debo estar dispuesto a morir por usted! Hasta que lleguemos a ese punto, estamos haciendo mucho ruido. Las personas poco entusiastas no pueden predicar el verdadero evangelio; sólo siervos completamente desarrollados pueden hacerlo.

En resumen, se deben hacer dos preguntas. Primero, tengo que preguntarme: «¿Soy un predicador siervo?». Es decir, ¿refleja mi actitud la actitud de Jesucristo en la cruz? Segundo, tenemos que preguntar: «¿Es la iglesia local una iglesia sierva?». Tenemos que considerar si estamos dispuestos a servir o no, dispuestos a pagar el precio para ser verdaderos siervos. Hemos estado predicando la cruz, sin embargo, ahora es el momento de que prediquemos la cruz viviendo la cruz. El mensaje tiene que ser el correcto, sin embargo, la actitud correcta tiene que ratificar ese mensaje.

# Cuando vamos la segunda milla

**Texto:** Mateo 5.39–42.

Los niños siempre nos han intrigado y capturado nuestros corazones. Nunca sabemos lo que van a decir. En una clase de Biblia en inglés, a un niño pequeño se le preguntó: «¿Cuál es el nombre de Dios?». Respondió: «Howard». El maestro dijo: «¿Dónde aprendiste eso?», a lo que dijo, en inglés: «*Our Father who is in heaven, "Howard" be your name* [“Howard” sea tu nombre]». Había interpretado mal la palabra «*hallowed* [“santificado”]». No podemos ofendernos por algo tan pequeño como eso. El niño estaba tratando de entender.

Una mujer estaba enseñando la Biblia a su clase de niños pequeños. Les estaba hablando de cómo debemos «ir la segunda milla». La maestra le preguntó a su clase: «¿Cómo vamos dos millas?». Un niño levantó la mano y dijo: «Vamos con Jesús en tren». ¿De dónde aprendió eso? El niño debe haber estado escuchando a medias durante un servicio de adoración cuando el predicador citó Mateo 5.41 de la versión en inglés King James: «*And whosoever shall compel thee to go a mile, go with him twain* [la palabra “*twain*”, que quiere decir “dos” en inglés antiguo, suena a “*train*”, esto es “tren”]». El niño evidentemente concluyó que la segunda milla era una especie de viaje en tren. El concepto escapaba a la comprensión de este pequeño, sin embargo, al menos estaba escuchando.

### LA VIDA ES DEBER Y GRACIA

Pensemos en el mandamiento de la segunda milla. Cuando pensamos en ello, la vida de un discípulo se reduce a dos responsabilidades: deber y gracia. Para decirlo de otra manera, incluye la prueba de dos millas. A algunos nos va bastante bien con el deber, sin embargo, fracasamos en cuanto a la gracia. A algunos nos va bastante bien

con la gracia, sin embargo, no cumplimos con nuestro deber. La vida no es una carrera de una milla; no es sólo un deber. No, es una carrera de dos millas; implica el deber y la gracia. Cada día, dondequiera que estemos, la vida está hecha de deber y gracia. El juicio de Dios también se basará en el deber y la gracia.

Tenemos que aprender esta lección de la segunda milla. Es por eso que necesitamos tener a mano un diccionario bíblico o una enciclopedia bíblica. Tenemos que entender las circunstancias y las dificultades del contexto para entender la enseñanza. Jesús dijo: «... y a cualquiera que te obligue a llevar carga por una milla, ve con él dos» (Mt 5.41). Nadie me ha hecho ir una milla. Es por eso que necesito estudiar los antecedentes y las circunstancias de lo que Jesús dijo a Sus discípulos.

En los días de Cristo, el Imperio Romano señoreaba, y ese imperio tenía soldados a pie. Los soldados llevaban mochilas que pesaban tal vez dieciocho, veintitrés o veintisiete kilos. No sé exactamente cómo era la vida bajo ese imperio, sin embargo, sí sé que los judíos creían que estaban fuertemente oprimidos. Un judío promedio repudiaba vivir bajo la tiranía de Roma. Le enfurecía. Vivía amargado por ello.

El Imperio Romano le daba al soldado a pie lo que llamamos «el poder de reclutamiento». El soldado podía decirle a un varón judío: «Ven conmigo y lleva mi mochila». El judío le frustraba mucho ese tipo de reclutamiento. El soldado romano podía hacer que ese hombre judío llevara su mochila por una milla. Podemos estar seguros de que el judío resentía cada paso que diera mientras avanzaba esa milla. Tenía la mano doblada en un puño. Sus uñas penetraban la mochila. Con los dientes apretados, hacía ese viaje. Cuando había caminado la milla,



acababa, ¡acababa completamente! Lanzaba la mochila al suelo, daba la vuelta y se alejaba. Quería que ese soldado romano se sintiera miserable por lo que le había hecho hacer.

Jesús sorprendió a las personas diciendo, en efecto, «Si alguien te ordena ir una milla, ve con él dos». El hombre judío que estaba buscando al Mesías quería oír a Jesús decir: «No tiene que ir la primera milla. Si un soldado romano le ordena que lleve su pesada carga, dígame educadamente que lo deje en paz, que se vaya y moleste a otra persona». Sin embargo, Jesús dijo: «No sólo les digo que lleven la mochila de ese soldado una milla. No, de hecho, les pido que manifiesten la gracia y la lleven dos millas». El judío estaba abrumado y desconcertado por este mandamiento. Usted y yo también, ¿no?

En verdad, este es todo el punto crucial de la vida: deber y gracia, responsabilidad y bondad. Pensemos en esta poderosa verdad que nos ha dado Jesús. Grandes lecciones de vida saltan de ella y desafían nuestra forma de vivir. Creo que podemos encontrar una nueva forma de vivir en lo que dijo Jesús.

### LA PRIMERA MILLA SIN LA SEGUNDA MILLA

La primera verdad a observar es la siguiente: *Algunos irán la primera milla, mas no la segunda.* Esta actitud colorea el panorama del mundo.

Algunos cristianos no darán, ni irán a visitar a otros. Es cierto porque se han trazado un pequeño círculo religioso y dicen: «Haré eso y no más». Eso es deber. Es reducir la vida y el cristianismo a leyes, reglas, códigos y regulaciones. Es seguir la letra y no el Espíritu. Cuando se les da mandamiento a algunas personas, éstas harán lo que se les dice que hagan. Harán eso y no más. El mínimo es siempre el enemigo del máximo. Trágicamente, demasiados de nosotros estamos contentos con lo mínimo.

Pensemos en bodas. ¿Tiene el novio que besar a la novia? ¿Alguna vez ha estado usted en una boda donde los dos no se besaron? Cuando estoy celebrando una ceremonia de boda, le guste o no a la pareja, voy a hacer que se besen al final. Es parte de mi tradición. La pareja entra, y el novio se estremece y tiembla. La novia está emocionada. Es su gran día. Por fin llega el momento para que el predicador le diga al novio: «Puedes besar a la novia». ¿Y si él dijera: «¿Tengo que hacerlo?» y yo dijera: «Sí»? Ciertamente él no diría, «¿Quieres decir que todos los días por el resto de nuestra

vida de casados, tengo que besar a esta mujer?». Sería una forma terrible de estar casado, ¿no? Los discípulos vienen a mí y me dicen: «¿A cuántos servicios tengo que asistir? ¿Cuánto tengo que dar?».

El hombre que irá la primera milla y no más será un hombre miserable. El legalismo vuelve a las personas miserables. Usted puede oírlos decir, «Estoy casado, pero no amo a mi cónyuge. Soy miembro de la iglesia, pero no quiero ir a adorar». El legalismo destruye el gozo.

Podemos imaginar a ese hombre judío. Escucha las palabras «Pon esa mochila sobre tu espalda». Se la pone y lucha por dar cada paso laborioso. Está enojado y miserable, y esa es la milla más larga que ha caminado. Está cumpliendo un deber que no quiere cumplir, y eso lo hace miserable.

Algunas personas simplemente no quieren cantar. «No me importa cantar, Charlie. No voy a cantar», dicen; y no cantan. Se reúnen con los santos que están alabando y dando gracias a Dios, sin embargo, desean estar en otro lugar. ¿Sabe usted qué es eso? Eso es caminar la primera milla, mas no la segunda.

### LA SEGUNDA MILLA SIN LA PRIMERA MILLA

Aquí está la otra cara de la moneda: *Algunos tratan de caminar la segunda milla sin caminar la primera milla.*

Alguien dice, «Hermano Hodge, quiero subir la montaña. Quiero hacer algo muy grande por Dios». Yo digo: «¿Qué hay de leer tu Biblia todos los días, orar todos los días, visitar a los enfermos y necesitados todos los días, y vivir para Dios todos los días?»

Otro dice, «Quiero ser espectacular, como David, que mató a Goliat. Quiero derribar las paredes de Jericó». Muchos de nosotros queremos saltarnos el deber e ir por una gran manifestación de gracia. Eso no funcionará. El deber sin gracia es legalismo. La gracia sin deber es licencia. Lógicamente, no podemos ir la segunda milla hasta que terminemos la primera.

Un cristiano nuevo dice, «Hermano Hodge, quiero enseñarle el evangelio a alguien». Yo digo, «Tienes que estudiar primero». «Ojalá algún día pudiera dar un millón de dólares a la iglesia». Yo digo, «Primero tienes que aprender a dar una cantidad liberal todos los domingos». Un hombre dice, «Hermano Hodge, quiero ser un gigante espiritual». Yo digo, «Tienes que comprometerte con el crecimiento diario». Él cree que eso es de-

masiado simple y lento.

Algunos quieren comenzar inmediatamente en la segunda milla. Jesús dijo que no tenemos la opción de la segunda milla hasta que hayamos cumplido con éxito el compromiso de la primera milla. En Lucas 17.10 Jesús enseñó una pequeña parábola de servicio. Dijo, «... cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido ordenado, decid: Siervos inútiles somos, pues lo que debíamos hacer, hicimos».

Padres, tenemos que enseñarles el deber a nuestros hijos. Hay que hacer algunas cosas en la vida. El gozo de la segunda milla se construye sobre la obediencia de la primera milla. No a todo el mundo le gusta preparar comida, sin embargo, tenemos que comer, queramos o no. La vida tiene algunos deberes que deben hacerse.

Alfred Tennyson escribió: «El camino del deber [es] el camino a la gloria».<sup>1</sup> Tenemos que aprender a hacer nuestro deber, y eso viene de ser responsables y fieles sobre la base de la voluntad de Dios.

### LA PRIMERA MILLA CON LA PRIMERA MILLA NUEVAMENTE

*Algunas personas caminan la primera milla dos veces.* Esto es trágico. La primera milla es el deber, y la segunda milla es gracia. Sin embargo, algunos convierten la segunda milla, la milla de gracia, en una milla de ley.

Realmente no sabemos qué hacer con la gracia, ¿verdad? Leí un artículo de boletín que me desconcertó. Después de leerlo, me quedé estupefacto. Un hombre escribió dos páginas sobre el tema de la gracia. Empezó: «Algunos dicen que nosotros como hermandad no creemos en la gracia, y quiero decir que sí». Luego, después de esa primera línea, pasó el resto de su espacio, dos páginas, demostrando que tenemos que llegar a ser dignos de la gracia. Dijo que tenemos que ganárnosla o merecerla. Esto no puede ser; porque si uno se la gana, entonces ya no es gracia.

Sí, es posible convertir la gracia en deber. La primera milla es el deber; la segunda milla debe ser la gracia. La segunda milla es una hermosa expresión de la gracia de Dios dentro de nosotros. Nosotros, que estamos bajo la gracia, no debemos volver a la ley. Recordemos las palabras de Pablo:

---

<sup>1</sup> Alfred Lord Tennyson, «Ode on the Death of the Duke of Wellington» («Oda a la muerte del duque de Wellington»), *Poems of Alfred Lord Tennyson, 1830–1865 (Poems de Alfred Lord Tennyson, 1830–1865)*, nueva ed. (New York: Oxford University Press, 1910), 197.

«... no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia» (Ro 6.14).

¿Cuál es la clave para ir la segunda milla? Parte de esa clave es el gozo. Este gozo surge de hacer lo que no se tiene que hacer. Imaginémos el siguiente escenario. Un soldado romano grita: «¡Oye, ven aquí judío!». El hombre se acerca. El soldado dice, «Recoge mi mochila». El hombre dice, «Estaré encantado de ayudarle, señor». Se agacha y se pone la mochila en la espalda, y comienza a caminar, tarareando mientras camina rápidamente hacia adelante. Mientras caminan, con este judío llevando la carga gravosa, comienza una conversación con el soldado. «Señor Soldado, ¿cómo se llama? ¿De dónde eres? Nos alegra tenerte en Palestina. Gracias por lo que estás haciendo por nosotros». Van la primera milla de esa manera, y el soldado dice, «Bien, acabó la milla. Baja la mochila». El hombre judío dice, «Señor, puedo llevarla otra milla. Me encantaría hacer eso por ti. Probablemente esté muy cansado de su viaje. ¡Ese soldado será un soldado impactado!

¿No es eso lo que Jesús está enseñando? No hemos de hacer de la vida una carga. Debemos convertir la vida en una bendición. Podemos incluso tomar las partes de la vida que no nos agradan, esas partes que no queremos hacer, y convertirlas en algo hermoso. En esto yace nuestra elección. No tenemos elección en la primera milla. Es un mandamiento. Sin embargo, tenemos una opción en cuanto a la segunda milla. Nos ofrecemos como voluntarios para ello, y decimos, «Señor, me encantaría llevar su bolsa. ¿Me dará el privilegio de hacerlo?». ¿No es eso hermoso?

No debemos convertir la segunda milla en algo como la primera milla. Hagamos de la segunda milla una hermosa expresión de la gracia de Dios en nuestras vidas.

### LA PRIMERA MILLA CON LA SEGUNDA MILLA

*Algunos caminan la primera milla y luego caminan la segunda milla.* El deber es el significado de la primera milla. Es un mandamiento. La gracia es el significado de la segunda milla. Es el espíritu de «y luego más», de hacer algo extra por gracia. Yo le llamo a la segunda milla «la majestuosa segunda milla de la elección llena de gracia».

He aquí algo más para que recordemos: Si tenemos la actitud correcta para con la segunda milla, incluso nos traerá gozo mientras andamos la primera milla. Si no gozamos de la segunda milla,

entonces ciertamente no gozaremos de la primera milla. La promesa de la segunda milla quita la carga de la primera milla. Al final de la primera milla, yo, por elección, llegaré a ser el amo de mis circunstancias al ofrecirme como voluntario para manifestar la gracia que Dios me ha extendido. La segunda milla es entonces más fácil y una experiencia mucho más feliz que la primera. Tomemos la segunda milla con gozo.

En Hebreos 12.2b el escritor dijo que Jesús, «el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio». ¿Qué era la cruz? Fue la mochila más grande de segundas millas que el mundo haya visto. Por el gran gozo de saber que Su segunda milla traería salvación a muchos, caminó cien mil de ellas. Eligió recorrer la distancia con dignidad y gracia. Encontró gozo en esas segundas millas debido a la salvación que traerían.

### CONCLUSIÓN

Quiero que otra verdad nos llegue al corazón. En estas dos millas, nuestra reputación no está en juego. No, nuestra reputación no es la preocupación. Lo importante es la reputación de Jesús. Nunca sabemos quién está ahí fuera, sin embargo, la gente nos está mirando a usted y a mí. Nos vigilarán esta semana, y querrán ver lo que hacemos sobre el deber. También dirán: «Me pregunto cómo reaccionarán cuando llegue el momento de mani-

festar gracia». Cuando evalúen nuestra vida a la luz del deber y la gracia, ¿qué dirán? Si no ven el deber y la gracia en nosotros, dirán que Jesucristo no es un buen Salvador y Señor. Sí, en la medida como los discípulos de Jesús vivan ante los demás, es Su reputación la que está bajo escrutinio. Toda persona que dice ser Su discípulo tiene la reputación de Jesús en sus manos.

Jesús fue la segunda milla. Dios es el Dios de la segunda milla. Jesús les dijo a Sus discípulos: «Así es como quiero que manejen la vida: “Quienquiera que los obliguen a recorrer una milla, vayan con él dos”».

No podemos ir la segunda milla de gracia hasta que hayamos ido primero la milla del deber. Aquellos de nosotros que hemos enseñado y sabemos cómo responder a Jesús también debemos entender que la respuesta se reduce, al principio, a cumplir con nuestro deber. Entonces, como discípulos de Jesús, podemos continuar siguiéndole. Debido al gran gozo de servirle y a la maravillosa gracia de Dios perdurando en nosotros, podemos ir la segunda milla a Su servicio y al servicio de los demás. Dios ha puesto Su gracia en nosotros; y podemos manifestarla a los demás en el servicio voluntario y feliz que prestamos. A medida que vivamos de esa manera, estaremos mostrándoles a los demás la belleza de Jesús. El resultado final será maravilloso y hermoso: Glorificarán a Dios por causa de nosotros (vea Gá 1.24).

# La persona «sierva»

**Texto:** Marcos 10.42–45.

Cuando planteamos las preguntas equivocadas, no podemos obtener las respuestas correctas que estamos buscando. Los cristianos preguntan: «¿Por qué la gente no regresa el miércoles por la noche para clases bíblicas y adoración?». Tenemos que decir, «Esa no es la pregunta correcta». La pregunta correcta es: «¿Por qué acudieron el domingo por la mañana a los servicios de adoración?». Si pudiéramos hacer que se hagan presentes por la razón correcta el domingo por la mañana, entonces no tendríamos que suplicarles que vengan el miércoles por la noche. No queremos preguntar: «¿Por qué más diáconos no se hacen ancianos?». Queremos preguntar, «¿Por qué más diáconos no se hacen diáconos?» Los diáconos que en realidad son diáconos se convertirán naturalmente en ancianos. En otras palabras, es muy probable que los diáconos siervos se conviertan en ancianos siervos. Si malinterpretan su trabajo como diáconos, entonces no entenderán su papel como ancianos.

La obra de la iglesia no es sólo lo que sucede en el púlpito o lo que hacen los ancianos. La gran obra de la iglesia es obra de diáconos. La escasez de ancianos comienza con una escasez de diáconos. Algunos que son hechos diáconos lo ven como una especie de recompensa o reconocimiento honorífico. Tal vez lo acepten porque piensan que la posición los hace un poco más religiosos que el cristiano promedio. La verdad es que ser diácono quiere decir estar en una posición para servirle al hombre y glorificar a Dios. Si no hacemos del hombre equivocado un diácono, entonces lo más probable es que jamás tengamos que preocuparnos por el hombre equivocado que sirve como anciano. Los diáconos siervos generalmente se convierten

en ancianos siervos.

### SE IDENTIFICA AL SIERVO

Vemos el lavado de pies en Juan 13. Era común que en los días del Nuevo Testamento el hombre más bajo de la sociedad lavara los pies de todos los demás. Los Doce se miraron uno al otro y dijeron: «No tenemos sirvientes aquí, ¿verdad?». La verdadera pregunta era: «¿Quién de nosotros nos lavará los pies?». En este punto, Jesús tomó una toalla y un lebrillo de agua y comenzó a lavar los pies de los apóstoles. Este acto fue Su última lección práctica durante Su ministerio terrenal. Con Su actitud de siervo, dijo: «Esto es lo que edificará la iglesia que voy a crear». Las mentes orgullosas siempre pasan por alto los pies sucios sin lavarlos.

Cuando nos reunimos, ¿alguno de nosotros hará las tareas subalternas? ¿Alguno de nosotros se ofrecerá como siervo? ¡La gente orgullosa no puede construir una iglesia fuerte! ¿Es usted un siervo? ¿Es la congregación local una iglesia sierva? Jacobo y Juan dijeron: «¡Señor, quiero un trono!». Jesús dijo: «No te daré un trono, sino toallas». ¿Sabemos qué hacer con toallas? El siguiente poema lo dice claramente:

Soy como Jacobo y Juan, Señor.  
Dimensiono a otras personas en términos de lo que pueden hacer por mí.  
Cómo pueden promover mi programa, alimentar mi ego, satisfacer mis necesidades y darme una ventaja estratégica.  
Digo que exploto a las personas para Ti, sin embargo, las estoy explotando para mí.  
Señor, me dirijo a Ti para que me des la ventaja, una lista de favores especiales,  
Su dirección para mis planes, Su poder para mis proyectos, Tu aprobación para mis ambiciones, y Tu cheque en blanco para lo que quiera.  
Soy como Jacobo y Juan.

Cámbiame, Señor.  
Hazme un hombre que te pregunte a Ti y a los demás: «¿Qué puedo hacer por ti? ¿Qué puedo darte?».  
En lugar de, «¿Qué puedo conseguir para mí?».

Jesús dijo: «Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido» (Lc 19.10). También dijo: «Mas yo estoy entre vosotros como el que sirve» (Lc 22.27c). Si un hombre está perdido, ¿cómo entonces podemos servirle? Le servimos salvándole, compartiendo el mensaje del evangelio con él. Si llamamos a la puerta de un pecador como algo que no sea siervos, entonces nos será difícil llevarlo a Cristo. No estamos llamando a su puerta para decirle que está equivocado; estamos llamando a su puerta para servirle. La iglesia fue creada para servirle al mundo. Cuando empecemos a servirle al mundo, entonces tendremos oportunidades de salvar el mundo.

Puede que un hermano que se me acerque tenga una gran necesidad. Necesita ser edificado, pero, ¿cómo le sirvo? Necesito enseñarle. Sin embargo, debo ir a él con un espíritu humilde. Cuando acudo a la Palabra del Señor, tengo que estar orando: «Señor, ayúdanos a aprender lo que quieres que aprendamos de esta Escritura». Con ese tipo de espíritu, puedo estar seguro de que ambos aprenderemos.

Un hombre necesitado viene a mí. No debo condescenderle y decirle: «Tengo dinero. Toma este dinero porque no lo necesitaré». No, tengo que llorar con él antes de compartir con él. Dios sólo puede usar siervos. Jesucristo, el Hijo de Dios, fue y es un siervo. Si no somos siervos, entonces no tenemos el espíritu de Cristo.

Me gusta preguntarles a los niños, «¿Quieres ser un predicador? ¿Quieres ser un anciano?». Sin embargo, cuando pienso en ello, puede que no sea la mejor manera de alentarlos. Puede que Dios no quiera que ese niño predique. Lo que debemos hacer es criar a nuestros hijos para que sean siervos. Si Dios quiere que prediquen, predicarán. Si Dios quiere que lustren zapatos, lustrarán zapatos. El punto es que debemos hacer siervos de ellos. Ante todo, Dios desea que seamos siervos. Debemos decir, «“Florezca donde usted ha sido plantado”».<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Este aforismo ha sido atribuido a San Francisco de Sales, obispo de Ginebra (1567–1622). Fue popularizado en los últimos años por la autora y artista estadounidense Mary Engelbreit. (Tom Langford, «JustPieces»; consultado el 23 de mayo de 2018; <https://tomlangford.wordpress.com/2010/01/03/bloom-where-youre-planted/>.)

No trate de ser una sensación. Sólo busque ser un siervo».

En Juan 13, cuando miramos a Jesús, vemos a un verdadero siervo. Era el que estaba lavándoles los pies a los discípulos. Una persona podría decir: «Voy a salir a ganar un debate con mi prójimo. Ese lavado de pies del que estás hablando no es un mandamiento en la iglesia. No necesito hacer eso». Sí, queremos ganar el debate, sin embargo, lo que realmente queremos hacer es ganar el corazón de las personas.

¿Cuándo fue la última vez que usted vio a alguien lavando los pies de otra persona? Jesús dijo: «Toma esta toalla y lava pies». (Vea Jn 13.14, 15.) «¿Quién?, ¿Yo?», preguntamos. Jesús estaba demostrando que tenemos una actitud orgullosa que nos hace decir: «No voy a lavar pies. Soy demasiado bueno para hacer eso. Mi religión no requiere el lavado de pies». Jesús dio a entender que si tenemos ese tipo de actitud, entonces no tenemos el espíritu del corazón de Dios. No creo que el lavado de pies sea parte de la adoración, sin embargo, sí creo que el concepto de lavado de pies está en el plan del Señor para nosotros. Creo en el lavado de pies, es decir, servir a los demás, porque es lo que los siervos hacen de manera natural.

### EL SIERVO ES EJEMPLIFICADO

Pablo dijo: «Pablo y Timoteo, siervos de Jesucristo, a todos los santos en Cristo Jesús que están en Filipos, con los obispos y diáconos» (Fil 1.1). Ahora, notemos esta verdad con mucho cuidado. La iglesia es dirigida por ancianos y diáconos. Tenemos a grandes líderes y a pequeños líderes, ¿no? Cualquier hombre que sea demasiado grande para ser diácono es demasiado pequeño para ser anciano.

Pensemos en esta pregunta: ¿Por qué no tenemos más diáconos haciéndose ancianos? ¿No es cierto, según 1ª Timoteo 3.1–13, que cualquier hombre que pueda calificar bíblicamente como diácono, puede, en la dirección natural de su crecimiento, calificar antes de mucho tiempo para ser anciano? ¿Podemos imaginarnos a un predicador o a un anciano hablándoles a dos diáconos y diciéndole a uno: «Puedes algún día ser un anciano», y luego, dirigiéndose inmediatamente al otro, diciendo: «Nunca puedes convertirte en un anciano»? Cualquier hombre que califique para ser diácono, bajo un crecimiento normal, debe calificar para ser un anciano.

Los predicadores también deben considerar lo

siguiente. Algunos de nosotros queremos envejecer, retirarnos y que se nos asigne como ancianos. Sin embargo, nunca he visto a un predicador que venga a mí y me diga: «La meta en mi vida es algún día ser diácono en la iglesia». ¿No deberíamos dar un paso atrás y revisar nuestros objetivos? Está bien que un hombre quiera ser anciano (1ª Ti 3.1), sin embargo, ¿por qué alguien querrá ser anciano sin querer ser diácono? Cuando un hombre aprende a servir como siervo y hace lo que Dios quiere que se haga, entonces ese hombre puede (y debería) recibir mayores responsabilidades. Está listo para servir de una manera mayor. Reconozcamos que los ancianos, diáconos, maestros, padres y miembros son siervos. Todos somos siervos. Cuando olvidamos eso, perdemos nuestro propósito.

Jesús dijo: «Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos» (Mt 5.16). Hagamos una observación muy importante. Algunos tratan de *actuar como* siervos, sin embargo, la Biblia nos dice que *seamos* siervos. ¿Vemos la diferencia? Actuar como siervo quiere decir que elegimos servir, sin embargo, controlamos las maneras como serviremos. Sin embargo, el verdadero siervo renuncia al derecho a elegir. Simplemente va donde es enviado y hace lo que se necesita hacer. Jesús no dijo: «Ve y haz brillar tu luz». Dijo: «Así alumbre vuestra luz». Eso quiere decir que hemos de *ser* luz. No debemos hacer cosas porque sean impresionantes. Hacemos lo que se necesita porque es lo correcto. Lo hacemos debido a quienes somos. Estamos viviendo nuestra naturaleza, estilo de vida y actitud de la manera como lo hizo Jesús. Jesús tuvo que morir en la cruz. Fue un siervo. Ciertamente se deduce que Su iglesia tiene que ser una iglesia sierva.

### EL SIERVO ES DESCRITO

Tenemos que ser como Felipe. Si lo que deseamos es ser buenas personas, entonces deberíamos ser como Felipe. En Hechos 6.1–3, habían surgido problemas en la iglesia de Jerusalén. ¿Quién solucionó los problemas de la iglesia? Los siervos los solucionaron. Los apóstoles dijeron, en efecto, «Tenemos una dificultad que debe ser resuelta». ¿Qué estaba mal? Necesitaban más siervos. Los apóstoles dijeron a la congregación: «Hermanos, escojan a siete siervos». La congregación escogió a siete hombres, uno de los cuales era Felipe. Era un siervo. Al darse cuenta de ese hecho, la congregación lo eligió. Entonces, ¿dónde encontramos

a Felipe? Cuando lo localizamos, tiene una toalla en sus manos. Está sirviendo a la iglesia. La Biblia dice: «Y crecía la palabra del Señor, y el número de los discípulos se multiplicaba grandemente en Jerusalén; también muchos de los sacerdotes obedecían a la fe» (Hch 6.7). La elección de siervos ayudó a lograr este crecimiento.

Pensemos en tres hombres: Saulo, Esteban y Felipe. Leemos que «Y Saulo consentía en su muerte [la de Esteban]» (Hch 8.1). La Biblia dice: «Y hombres piadosos llevaron a enterrar a Esteban, e hicieron gran llanto sobre él» (Hch 8.2). Surgió una persecución y los cristianos fueron esparcidos (Hch 8.3, 4). Luego leemos: «Entonces Felipe, descendiendo a la ciudad de Samaria, les predicaba a Cristo» (Hch 8.5).

¿Quién realizó la primera misión en Hechos? ¿Fue Pedro o uno de los otros apóstoles? No, fue Felipe, un siervo, quien lo hizo. Observe que este siervo no tenía prejuicios. Si un predicador dice: «No puedo ir a predicarles a esas personas en esa ciudad porque son demasiado diferentes a mí», entonces no es un siervo. Es un Jonás. Felipe creía en la Gran Comisión, y salió a predicar el evangelio a otras regiones. Puede que haya dicho: «Realmente no me gustan los samaritanos, sin embargo, son personas por las que murió Jesús». Felipe no estaba buscando un púlpito grande con un gran salario. Hasta donde sabemos, era un hombre que sólo buscaba hacer la voluntad de Dios.

En Juan 4.4–42, vemos a Jesús sirviéndole a una mujer samaritana, incluso a una mujer caída. Los judíos rechazaban a los samaritanos. Les llamaban «perros» a los samaritanos; sin embargo, Felipe, siendo un siervo, fue a Samaria y les predicó. Después de que la iglesia comenzó en esa ciudad, la Biblia dice: «enviaron allá a Pedro y a Juan» (Hch 8.14b). Los apóstoles eran necesarios para equipar la iglesia con dones espirituales para su crecimiento continuo. ¿Qué hizo Felipe? Podría haber dicho: «¿Dónde estaban ustedes cuando comencé esta labor en esta ciudad?». Felipe estaba realizando la mayor campaña para ganar almas desde Pentecostés. Cuando los apóstoles fueron enviados, Felipe se regocijó en su venida y los recibió y reconoció que podían ayudar a estos nuevos cristianos de maneras que él no podía. En otras palabras, cuando llegaron los apóstoles, Felipe estaba diciendo que su venida era la voluntad de Dios y que quería ser parte de ella. Los cristianos samaritanos se convirtieron en miembros totales del cuerpo de  
(Continúa en la página 50)

# «Tu no me lavarás los pies»

**Texto:** Juan 13.5–11.

Cuando estuve predicando utilizando el Evangelio de Juan, me costaba salir de Juan 13. Las escenas y enseñanzas de este capítulo son tan ricas y significativas para nosotros que se necesita algo de tiempo para verlas todas. Necesitamos recordatorios constantes de lo que en realidad constituye un verdadero siervo, ¿no?

Comencemos en Juan 13.5: «Luego puso agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjuagarlos con la toalla con que estaba ceñido». En ese lavado de los pies de los apóstoles, Jesús vino a Simón Pedro. Este apóstol le dijo: «Señor, ¿tú me lavas los pies?» (13.6). Jesús le respondió: «Lo que yo hago, tu no lo comprendes ahora; mas lo entenderás después» (13.7). Para nuestro asombro, Pedro le dijo: «No me lavarás los pies jamás». Respondiendo a su declaración, Jesús dijo: «Si no te lavare, no tendrás parte conmigo». Simón Pedro respondió: «Señor, no sólo mis pies, sino también las manos y la cabeza». Jesús respondió, en efecto, «El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio; y vosotros limpios estáis, aunque no todos». Dijo: «No estáis limpios todos» porque sabía que Judas estaba a punto de traicionarle. (Vea Jn 13.8–11.)

Después de que Jesús lavó los pies de los discípulos, volvió a ponerse Sus vestiduras y se reclinó en la mesa con ellos, y les dijo:

¿Sabéis lo que os he hecho? Vosotros me llamáis Maestro, y Señor; y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros. Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis. De cierto, de cierto os digo: El siervo no es mayor que su señor, ni el enviado es mayor que el que le envió. Si

sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicieréis (Jn 13.12b–17).

He estado enseñando desde hace muchos años sobre la necesidad de que seamos siervos. Mi estudio de lo que quiere decir ser un siervo sigue creciendo y creciendo. He usado la imagen de una toalla para transmitir el servicio. La mayoría de las personas que conozco en la hermandad saben que, no importa qué tema me asignen, voy a traer una toalla conmigo. No estoy fuera de lugar con hacer eso porque la toalla sugiere la actitud detrás de todo lo que hacemos. Los maestros, los ancianos, los diáconos, los predicadores y los miembros necesitan la actitud de la disposición a servir a los demás. En este pasaje, somos desafiados por tres observaciones que surgen de Jesús, Pedro y la toalla.

### DE LOS HECHOS AL ENTENDIMIENTO

Podemos pasar una prueba religiosa y aún así no entender lo que Jesús desea que seamos. Tenemos la idea de que el juicio será un interrogatorio religioso, un juicio de conocimiento. Es decir, tendemos a pensar que seremos salvos por lo que sabemos, y no por la fe. No estoy disminuyendo ni desalentando el logro del conocimiento, sin embargo, estoy señalando la diferencia entre el conocimiento factual y la fe que entiende. Pedro nunca tuvo ningún problema con saber que Jesús era el Jesús sobrenatural. Se metió esa verdad en la cabeza.

La Biblia ilustra esta escena al tiempo que Jesús llamó a Sus discípulos: «Y les dijo: Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres. Ellos entonces, dejando al instante las redes, le siguieron» (Mt 4.19, 20). El compromiso que hicieron ese día, a medida que comenzaba el ministerio de Jesús,

fue una determinación total. Pedro fue quien más adelante, al final del ministerio de Jesús, sacaría una espada y cortaría la oreja de Malco.

Pedro podría haber pasado una prueba religiosa. Recordemos Mateo 16. La Biblia dice, «El [Jesús] les dijo: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente» (Mt 16.15, 16). ¿No fue la mejor confesión que ha oído usted? Sí, Pedro tuvo un puntaje de 100 en esa confesión. Lo sabemos porque Jesús la honró. Dijo: «Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos» (Mt 16.17).

Sin embargo, este mismo capítulo dice:

Desde entonces comenzó Jesús a declarar a sus discípulos que le era necesario ir a Jerusalén y padecer mucho de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas; y ser muerto, y resucitar al tercer día. Entonces Pedro, tomándolo aparte, comenzó a reconvenirle, diciendo: Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca. Pero él, volviéndose, dijo a Pedro: ¡Quítate de delante de mí, Satanás!; me eres tropezado, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres (Mt 16.21–23).

Jesús estaba siendo reprendido por Pedro, el mismo Pedro que acababa de confesarle como el Cristo.

¿Entendemos realmente la declaración que Jesús le hizo a Pedro? Si Jesús viniera a mí y me dijera: «Charles Hodge, has estado predicando durante muchos años. Quítate de delante de mí, Satanás», ¿qué pensaría yo? Jesús no estaba bromeando, ni estaba siendo infame. No estaba manifestando venganza ni ira. No estaba siendo negativo ni estaba irritado. Si algún hombre pudiera ciertamente quedar devastado, sería un predicador del evangelio al que Jesús está llamando «Satanás» y pidiéndole que se quite de delante de Él.

Cuando Pedro dijo: «Tú eres el Hijo de Dios, el Mesías», tuvo razón en lo que dijo. Sabía que Jesús era el Cristo. Sin embargo, no sabía qué clase de Cristo era Jesús. Pedro tenía al Jesús equivocado en mente. No basta con tener a Dios. Tenemos que tener al Dios correcto. No es suficiente tener los hechos; tenemos que llegar a la conclusión correcta con esos hechos.

Este apóstol tenía razón; sin embargo, en el fondo, se equivocó. Por eso debemos pasar de la leche a la carne. No basta con decir que Jesús es el Cristo y aún así nunca llegar a saber quién es realmente Cristo. Pedro tuvo que aprender, y podemos

dar gracias a Dios que él aprendió. Escribió el Libro de 1ª Pedro, que nos dice que fuimos redimidos con sangre preciosa. Esta redención no se logró con plata, oro o piedras preciosas, sino con la preciosa sangre del Cordero (1ª P 1.18, 19). Tenemos que recordar que podemos tener los hechos correctos y todavía no ser lo que Jesús desea que seamos.

Puede que deseemos preguntarle a Pedro: «¿Cuál fue su duda acerca de Jesucristo siendo el Hijo de Dios?». «No había duda», diría. Entonces, ¿por qué le estaba diciendo a Jesús que estaba cometiendo un error? La verdad es que no había aprendido la lección de Mateo 16. Tenía los hechos, mas no el entendimiento.

El escenario de la reprimenda de Pedro nos recuerda nuestras propias deficiencias. Creemos en Jesús, sin embargo, tendemos a querer cambiarlo a Él y Sus enseñanzas. Tratamos de convertir Su iglesia en el tipo de iglesia que nosotros queremos. Deseamos poder hacer lo que queramos hacer, incluso en nuestro seguimiento de Jesús. Al igual que los judíos que querían un Mesías militante, tratamos de convertir a Jesús en quien queremos que sea.

Pedro estaba diciendo: «Jesús, no quiero que cuelgues de una cruz. Tampoco quiero que se arrodille lavando pies sucios. No, quiero que seas el Cristo que he imaginado en mi mente». En otras palabras, se atrevió a decirle a Jesús lo que quería que fuera. Tenemos que pasar de los hechos a una fe comprensiva.

## DE UNA IGLESIA EXITOSA A UNA IGLESIA DE SIERVOS

De manera similar, con demasiada frecuencia intentamos cultivar una iglesia exitosa en lugar de una iglesia sierva. Es un privilegio para nosotros adorar juntos cada domingo, y es un privilegio para mí predicar. Demasiados no reconocen este gran privilegio y abandonan la asamblea. Cuando hace mal tiempo, algunos dicen: «No hay necesidad de traer a nuestras mujeres y niños en estas condiciones; que se queden en casa».

¡El hecho de que Jesús se ciñera con la insignia del esclavo más bajo de la tierra horrorizó a Pedro! Éste quería que Jesús los guiara. Quería que Jesús fuera alguien que no era. Jesús fue espiritual; sin embargo, desde el punto de vista del hombre, no tuvo un éxito monumental. Era una persona desconocida de un lugar desconocido, un hombre que nunca fue a ninguna parte y jamás tuvo nada más que una túnica. Pedro quería que se levantara



y fuera el poderoso conquistador. Jesús tenía otro plan. Dijo, en efecto, «Pedro, usted está queriendo una iglesia de “éxito”, sin embargo, no es lo que voy a edificar».

¿No tenemos el mismo problema? Jesús no está repartiendo tronos, sino que tiene un suministro interminable de toallas. Si quiero tomar una toalla, tendrá una nueva para que la use en cualquier momento. ¿Qué les dijo a Sus apóstoles? Dijo:

Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros. Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis (Jn 13.14, 15).

Tenemos que recordarnos a nosotros mismos que la única manera en que edificaremos la iglesia de Dios es estando de rodillas sirviendo a los demás. Tendremos que meternos en el negocio de las toallas. Nuestra imagen de la vida cristiana podría no figurar en la primera página del periódico, y puede que las celebridades no vengán a vernos. Puede que ni siquiera tengamos una placa de agradecimiento por nuestro servicio para colgar en la pared. La última lección objetiva de Jesús a Sus apóstoles fue recoger una toalla y comenzar a servirles. Está bien desear ser grande, sin embargo, Jesús dijo que en Su reino la grandeza se logra viviendo como siervo.

Los dos mandamientos más difíciles de cumplir en el cristianismo son orar y servir. Ambos tienen que realizarse de rodillas. Además, ambos tienen que realizarse con un corazón que ha hecho una declaración de dependencia. Jesús básicamente estaba diciendo: «Pedro, Mi deseo no es la gloria y el éxito según el hombre. No me interesa un estilo egoísta de vida. Tienes que recordar que vine a servirles a los demás, no a ser servido por los demás». El problema con nosotros es que estamos tratando de hacer la obra de Dios con un puñado de métodos humanos. Los métodos humanos no completarán ni cumplirán la obra de Dios. Juegan un papel, sin embargo, el camino de Dios y el poder de Dios siempre jugarán el papel principal.

### **DE DIOS SIRVIÉNDOLE A USTED A USTED SIRVIÉNDOLE A DIOS**

Siempre nos hemos enseñado unos a otros a tomar la toalla y servir a los demás, sin embargo, puede que no hayamos enseñado el meollo del asunto en cuanto a tomar la toalla. Pedro se negó a permitir que el Señor le lavara los pies. En cambio, debería haber estado lavando los pies del Señor.

Necesitaba aprender la verdadera lección.

He predicado la necesidad de que los cristianos sean siervos durante muchos años, y finalmente he llegado a leer más de cerca de esta conocida Escritura. Si Jesús hubiera dicho: «¿Quién lavará mis pies?», los apóstoles se habrían tropezado unos con otros para hacerlo. Sin embargo, cuando Jesús se puso de rodillas para lavarle los pies, Pedro le dijo: «¡Nunca me lavarás los pies!». La respuesta de Jesús a él fue, en efecto, «Entonces no eres parte de lo que estoy haciendo».

Jesús le estaba diciendo a Pedro que el poder de la iglesia no se encuentra en números, habilidades, dinero, edificios o cualquiera de las demás cosas físicas que tenemos ante nosotros. Jesús dijo: «Pedro, no puedes servir a Dios hasta que Éste te sirva». Queremos hacer cosas espectaculares por Dios, sin embargo, Jesús detuvo a Pedro y le dijo que Dios necesitaba servirle a él antes de que él pudiera servirle a Dios.

Imaginémonos yendo a una casa donde nuestros pies serán lavados. Sí, el anfitrión nos va a lavar los pies. ¿Qué haremos antes de ir a esa reunión? Sin duda nos lavaremos los pies dos o tres veces antes de ir al lugar de reunión. Todos en la reunión probablemente llegarán con los pies limpios.

Ahora supongamos que llegamos a una casa sin estar preparados, sin saber que está a punto de tener lugar un lavado de pies. El anfitrión se levanta y se quita nuestros zapatos inesperadamente. Puede que nuestros calcetines estén gastados, de modo que un dedo se asoma y todo el mundo en la habitación lo ve. Entonces el anfitrión nos quita los calcetines, y nuestros pies están muy sucios. ¿No sería una experiencia humilde hacer que el anfitrión nos lave los pies públicamente cuando en realidad estaban sucios?

¿Qué estaba diciéndole Jesús a Pedro? Dijo: «No estás listo para predicar». ¿Qué le pasó a Pedro? Se arrepintió y dejó que Jesús le lavara los pies. Es por eso que pudo ponerse de pie en Pentecostés y ver a tres mil personas venir a bautizarse. ¿Dónde está el poder? Está en Dios. Jesús dijo: «Yo no lavo pies limpios. No lavo pies orgullosos. Extiende tus pies y déjame lavarlos». Pedro dijo: «Pero están sucios, Señor». En este momento de enseñanza, Jesús insinuó: «Hasta que puedas humillarte, confiar en Mí, entregarte a Mí, y déjame hacerte blanco como la nieve, no puedo usarte».

¿Qué quiere Jesús en los ancianos y predicadores? Primero, quiere ancianos y predicadores que le permitan lavar los pies. Todos estamos sucios.

Jesús quiere hombres cristianos que digan: «Estoy necesitado. Soy indefenso y dependiente. Estoy muerto para mi orgullo y mi independencia, y te necesito. Segundo, quiere ancianos y predicadores que se arrodillen y le laven los pies a cualquiera. Ninguna iglesia puede hacer ningún trabajo o servicio sin experimentar y compartir el lavado de pies de Dios.

### CONCLUSIÓN

Dejemos de decirle a Jesús quién debe ser, y recibamos a Jesús tal como es. Además, dejemos de tratar de que se vea bien y exitoso según el mundo. No tenemos el poder de hacer eso. Además, dejemos de intentar lavarnos y perfumarnos los pies. Dejemos de ponernos calcetines y zapatos nuevos antes de permitirle a Jesús lavar nuestros pies.

La salvación depende primero de que Dios nos sirva. Dos preguntas simples vienen a nuestras mentes. Primero, ¿dejaremos que Jesús nos lave los pies? Segundo, ¿podemos lavar los pies sucios de los demás?

Donde no hay esperanza para el futuro, no hay poder para el presente. Los hermanos se frotan las manos de preocupación y tienen una perspectiva tibia. Esto se debe a que somos impulsados por nuestras propias mentes, energías y habilidades. El glorioso futuro de la iglesia está en el hecho de que tenemos un Dios y un Salvador que están de rodillas lavando nuestros pies. Mientras Jesús nos perdona, nos capacita, y realmente sea el Señor de nuestra vida, entonces —y sólo entonces— realmente podremos ser el pueblo de Dios. Sólo entonces podremos ser una iglesia que sirve.

---

(Viene de la página 46)

Cristo. No eran miembros secundarios; eran iguales a cualquiera en Cristo. Felipe podría haberle dicho a Pedro y a Juan, «Yo hice todo el trabajo y ustedes no van a llevarse toda la gloria». En lugar de ello, Felipe dijo, «He llevado a estos cristianos tan lejos como he podido, y ahora se los estoy entregando a Pedro y a Juan. Ellos son apóstoles de Dios. ¡Qué prediquen ellos!».

¿Qué más pasó? La predicación de Felipe en Samaria iba bien. Entonces el Espíritu Santo le dijo: «Te necesito en otro lugar». Felipe tal vez deseó decir, «Pensé que tenía mucho más trabajo que

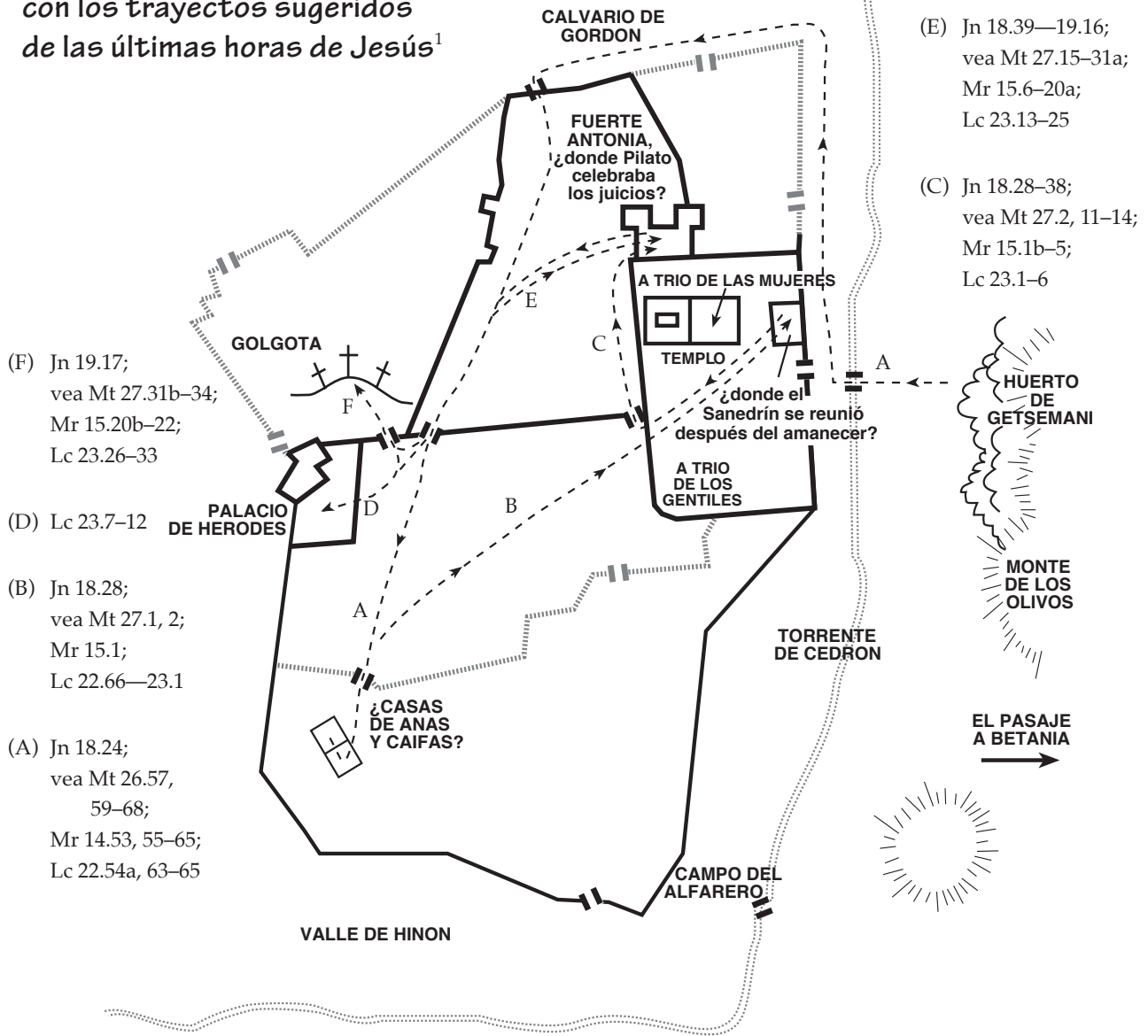
hacer aquí». El Espíritu Santo dijo: «Tu parte está terminada. Te necesito en otros lugares». Felipe dijo: «Sí, Señor, soy tu siervo». El Espíritu Santo entonces le instruyó a Felipe que fuera a Gaza. Tomemos nota de la geografía. Gaza es un lugar muy alejado de Samaria. Felipe comenzó a caminar hacia Gaza. ¿Qué hacía mientras caminaba? Probablemente estaba cantando: «¡Oh, cuánto amo a Cristo!». ¿Cómo pudo hacer eso después de cerrar una gran reunión y tener que salir en medio de la nada? ¿Cómo podría ser feliz en esta situación? La respuesta es que los siervos son felices cuando están donde Dios desea que estén.

Pasemos a Hechos 21. Allí nos encontramos con Felipe nuevamente. La Biblia dice: «Al otro día, saliendo Pablo y los que con él estábamos, fuimos a Cesarea; y entrando en casa de Felipe el evangelista, que era uno de los siete, posamos con él» (Hch 21.8). Pablo había participado en el martirio del mejor amigo de Felipe. ¿Cómo nos sentiríamos en esta situación? ¿Y si el hombre que sostenía la ropa de los que mataron a su mejor amigo llamara a su puerta y quisiera quedarse en su casa? Pablo era un siervo, y Felipe era un siervo. ¿Qué hicieron ellos? Se abrazaron y lloraron por las tragedias que habían ocurrido. Fue tan difícil para Pablo como lo fue para Felipe. Sólo Jesucristo podía hacer que Pablo y Felipe se abrazaran. Esto es lo que constituye ser siervos. Si un hombre alguna vez tuvo la oportunidad para repudiar a otro hombre, Felipe fue sin duda ese hombre. Sin embargo, era un siervo, y los verdaderos siervos hacen la voluntad de Dios cuando es difícil, inusual e impopular. Jesús dijo: «... y el que de vosotros quiera ser el primero, será siervo de todos» (Mr 10.44).

### CONCLUSIÓN

Tenemos que preguntarnos: «¿Soy yo un siervo?». No estamos preguntando, «¿Actúo como un siervo?» o incluso «¿He servido a los demás a veces?». La pregunta es: «¿Soy, en mi esencia, en mi ser más íntimo, un siervo?». ¿Estamos creciendo en la semejanza del siervo que se muestra en 2ª Corintios 4.5–10? «Porque no nos prediquemos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor» y seamos fieles «siervos por amor de Jesús», perseverando en cada situación y manifestando «la vida de Jesús» en nuestro cuerpo.

# La ciudad de Jerusalén, con los trayectos sugeridos de las últimas horas de Jesús<sup>1</sup>



## Legenda

- ⋯⋯⋯⋯⋯ Torrente de Cedrón
- ▬ Puentes /puertas
- ~ Árboles en el huerto de Getsemaní,  
al pie del monte de los Olivos
- ||| Áreas elevadas de terreno
- Muros de Jerusalén en los días de Jesús
- ⋯⋯⋯⋯⋯ Muros de la antigua ciudad  
de Jerusalén hoy

## Trayectos de viaje de Jesús durante Sus juicios:

- Juicio judío* (A) A las casas de Anás y Caifás  
—donde la mayoría del Sanedrín  
se reunió y Jesús fue condenado
- (B) Al Sanedrín en la Cámara del Concilio  
para la sentencia después del amanecer
- (C) A Pilato en el pretorio
- Juicio romano* (D) A Herodes
- (E) De regreso a Pilato, quien sentenció a Jesús a morir
- (F) Al Gólgota

<sup>1</sup>El presente mapa es una adaptación de David Roper, *The Life of Christ, 2: A Supplement (La vida de Cristo, 2: Un suplemento)*, Truth for Today Commentary series (Searcy, Ark.: Resource Publications, 2003), 664.

---

(Viene de la página 2)

2. La autoridad de Jesús
  3. El amor protector de Jesús
  4. La obediencia completa de Jesús al Padre
  5. La disposición que tuvo Jesús a morir
- B. Algunos pecados que hemos cometido pueden ser imposibles de olvidar; sin embargo, pueden ser perdonados, incluso redimidos (18.17, 25, 27).
- C. Jesús aceptó menos que justicia para Sí mismo para poder ser más que justicia para nosotros (18.22, 30, 31, 40).
- D. El reinado de Jesús no es ni de este mundo ni proviene de este mundo (18.36).
- E. Jesús es el Rey de reyes (18.37).
- F. El reinado de Jesús se caracteriza por la verdad (18.37).
- G. Jesús no sólo tomó el lugar de Barrabás, también tomó nuestro lugar (18.40).
- H. Incluso hoy, a los hombres y a las mujeres se les da una opción: Jesucristo o alguien o algo más (18.40).

#### **Victoria en la muerte (Cap. 19)**

- A. El deseo de auto preservación puede impedir que una persona haga lo que sabe que es correcto (19.4, 6, 16).
- B. Los líderes judíos hablaron mejor de lo que sabían cuando dijeron: «No tenemos más rey que César» (19.15).
- C. Aun cuando colgaba muriendo en una cruz romana, Jesús pensó e hizo provisiones para Su madre (19.26, 27).
- D. «¡Consumado es!» fue el grito de un Vencedor (19.30).
- E. Jesús realmente murió (19.33–35).
- F. Los detalles específicos de lo que sucedió antes y después de la muerte de Jesús fueron anunciados cientos de años antes de que efectivamente ocurrieran (19.24, 28, 36, 37).
- G. Nunca es demasiado tarde para actuar de manera valiente por Jesús (19.38).
- H. Jamás olvide y siempre aprecie lo que Jesús soportó para pagar el castigo por nuestros pecados, tales como, Su flagelación (19.1), burla (19.2, 3), crucifixión (19.18) y sed (19.28).

#### **La realidad de la resurrección (Cap. 20)**

- A. Jesús sigue en control.
- B. El viernes más oscuro de la historia de la humanidad fue seguido por el domingo más brillante de la historia de la humanidad (20.1).
- C. Los ladrones de tumbas no doblan la ropa (20.2, 7, 13, 15).
- D. El hecho de que los cuatro Evangelios informen que Jesús se apareció por primera vez a las mujeres después de Su resurrección apoya la fiabilidad histórica de los Evangelios (20.15–17).
- E. Las ovejas conocen la voz de su pastor (20.16; vea 10.4, 5).
- F. Jesús invita a la inspección (20.20, 27).
- G. Todos tenemos la responsabilidad de llevar a cabo la misión de Jesús en el mundo (20.21–23).
- H. Jesús escucha lo que decimos aunque no esté físicamente presente (20.25–27).
- I. Los escépticos pueden convertirse en verdaderos creyentes (20.28).
- J. Si bien es posible que no hayamos visto a Cristo resucitado con nuestros propios ojos, todavía podemos tener una fe tan fuerte, razonable y bendecida como los que le vieron (20.29).

#### **Restauración (Cap. 21)**

- A. Jesús es un gran proveedor (21.5, 6, 9–13).
- B. Nuestro deseo de estar con el Señor debe coincidir con el deseo de Pedro (21.7).
- C. Jesús desea la reconciliación, no la alienación (21.15a, 16a, 17a).
- D. Jesús, el Buen y Gran Pastor, está seriamente preocupado por Sus ovejas y ha hecho provisiones para ellas (21.15b, 16b, 17b).
- E. La posición y la responsabilidad de cada persona ante el Señor son individuales y no involucran directamente a ninguna otra (21.18–22).
- F. Preste mucha atención a lo que realmente dijo Jesús, no a lo que usted cree que dijo (21.23).
- G. El Evangelio de Juan, para no hablar de toda la Biblia, es selectivo, no exhaustivo (21.25).

---

**«Os saludan todas las iglesias de Cristo» (Romanos 16.16).**